Algunas precisiones en torno al venerable Juan de Palafox

R. Olaechea

Debo empezar precisando que, en rigor, estas líneas deberían ir encabezadas por el siguiente —largo— título: *Algunas precisiones en torno al proceso de beatificación del venerable Juan de Palafox*, porque en estas páginas no voy a referirme —¡Dios me libre!— ni a la persona humana ni a la figura histórica de este ilustre prelado, sino únicamente a ciertos comentarios relacionados con los manejos que algunos hombres del pasado hicieron con la fama póstuma —o sirviéndose de la fama póstuma— del Venerable.

Debo precisar asimismo que este trabajo tiene una doble finalidad. En primer lugar, es como un anticipo o desbroce de camino a un libro mío que saldrá a la luz en breve [1]; y en segundo lugar, este trabajo me sirve para cumplir con un deber de elemental cortesía. Porque cortesía es, a lo que entiendo, responder amigablemente a las objeciones y preguntas que le dirigen a uno ciertas personas cualificadas.

En 1971 publicó el profesor propalafoxista Dr. Francisco Sánchez Castañer un artículo, cuyo título reza así: *El embajador Azara y el proceso de beatificación del Venerable Palafox* [2]. En él me hace su autor unas cuantas amigables objeciones.

Yo había publicado en 1965 una obra, en dos tomos, sobre *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del XVIII*, en la que muy de pasada, como cumple a un estudio de conjunto, toqué *algu-*

SIGLAS: ACC: Archivo del Conde de Campomanes (Alcalá 93, Madrid); AEER: Archivo de la Embajada Española en Roma (Min. Asuntos Ext. Madrid); AGS: Archivo General de Simancas; AHN: Archivo Histórico Nacional de Madrid; AL: Archivo de Loyola. Azpéitia (Guipúzcoa); APJT: Archivo de la Provincia Jesuítica de Toledo (Alcalá de Henares); ARSI: Archivum Romanum Societatis Iesu (Borgo Santo Spirito 5, Roma); BAE: Biblioteca de Autores Españoles. Rivadeneira; BN, Ms: Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos; RTKUA: Rigsarchivet Tyske Kancellis Udenrigske Afdeling (Copenhague, Dinamarca).

1. R. OLAECHEA, *Juan de Palafox. Avatares de una beatificación fallida.* (En prensa).
2. F. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador Azara y el proceso de beatificación del Venerable Palafox.* En Rev. de Indias, t. 31, nº 123-124 (Madrid, 1971) págs. 183-200.

nas de las actividades desplegadas, en Roma, por el Ministro-Agente don Manuel de Roda, en torno al proceso de beatificación de Palafox [3]. En las pocas páginas que dedicaba, en mi libro, a este último punto, se me deslizaron por lo visto "algunos crasos errores", cuyo resumen —aclaración y respuesta— voy a dar a continuación.

OBJECION PRIMERA

El citado profesor propalafoxista escribe en su artículo, que el historiador Pastor, refiriéndose al papa Clemente XIV, afirmó en su monumental obra que este Pontífice, "ya como cardenal Ganganelli, fue postulador o ponente en el proceso de beatificación señalado, y continuó después, como tal, aun siendo Papa". Y añade a continuación que, aferrándome a la "dudosa o más bien falsa opinión del historiador papal Pastor", yo sostuve en mi libro que el ponente Ganganelli, tanto de cardenal como de Papa, "no solamente no dio ningún impulso [a dicha causa], sino que, con gran sorpresa del partido antijesuítico [de Roma] encabezado por el cardenal Spinelli, suscitó tales dificultades, que consiguió estancar definitivamente el proceso".

Insiste el citado profesor propalafoxista en que yo me ratifico "en la misma absurda opinión", cuando sostengo que el cardenal Ganganelli, "a título de promotor empantanó, parece ser que para siempre, la causa del Venerable" [4].

Para dejar bien patente mi equivocación —y la del historiador Pastor—, el susodicho profesor propalafoxista cita la sesión del 12 de setiembre de 1767, propuesta por el cardenal ponente Ganganelli a la Congregación de Ritos, y ratificada por Clemente XIII (y no por Benedicto XIII, como escribe dos veces el referido autor) el día 16 del mismo mes y año, acto "que sin duda fue el paso más importante dado" a favor de la causa de Palafox [5].

Otro mérito del cardenal Ganganelli en pro de la causa palafoxiana fue —a juicio del Dr. Sánchez Castañer— la iniciación del "proceso de virtudes y milagros *in specie*, así como el traslado de los restos del venerable a una nueva sepultura".

Una vez hecho Papa, el cardenal Ganganelli declaró el 9 de diciembre de 1769, que encontraba "legítimamente formado el proceso dio-

---

3. R. OLAECHEA, *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del XVIII: la Agencia de Preces* (2 vols.). (Zaragoza, 1965). En esta parte de la obra toco de pasada la intervención (en la causa palafoxiana) de Roda, y no —como dice el Dr. S-C (*o.c.*, pág. 184)— de Azara, que en aquellos años estaba de covachuelista en la Secretaría de Estado de Madrid.
4. SANCHEZ CASTAÑER, *o.c.* 184-185; OLAECHEA, *Las relaciones... o.c.* I, 282-283, 322.
5. SANCHEZ CASTAÑER, *o.c.* 185. Ignoro las razones que le asisten al Dr. S-C para afirmar, con tanto aplomo y seguridad, que este acto fue, "sin duda", "el paso más importante dado" en dicha causa.

cesano osmense, incoado de nuevo para poder seguir adelante" con el proceso de beatificación de Palafox [6]. Pero sobre todo, Clemente XIV dio a favor de dicho proceso un "trascendental", "contundente y terminante Decreto" el 17 de setiembre de 1771, y presidió personalmente ese mismo día la sesión antepreparatoria de la Congregación de Ritos en el palacio del Quirinal.

Después de haber acumulado todos estos datos para dejar mi opinión convicta de absurda, el citado profesor propalafoxista, como pidiendo la aprobación y el aplauso por algo que resulta tan —aparentemente— evidente, exclama: "¡Qué más cabe pedir a un Pontífice, que por entonces estaba enfrascado en [...] la disolución de la Compañía de Jesús, y que moría en setiembre de 1774!" [7].

Da la impresión de que el citado profesor propalafoxista, después de jugar esta baza de datos, cree haber dejado bien patente "la falsedad o error" de mis "absurdos" juicios sobre la inoperancia del cardenal Ganganelli en la causa de Palafox. Pero, atención, porque no para ahí la cosa. Resulta que esos "absurdos" juicios míos están motivados, según dicho autor, quizá no tanto por mi desconocimiento del tema, cuanto —¡y aquí está lo peregrino de su razonamiento!— porque yo no acierto a desposeerme, "en lo referente a Palafox, de los prejuicios partidistas de la Orden religiosa a que" estoy jurídicamente vinculado [8].

Decía lord Acton que, en un historiador, "la precisión es un deber, no una virtud". Pues bien, al hilo de esta frase quiero responder a la primera objeción del ilustre profesor propalafoxista.

Ante todo, el historiador Pastor no dice en ninguna parte de su obra que Ganganelli, ya de cardenal, fuera "postulador o ponente en el proceso de beatificación señalado" [9]. No lo dice, en primer lugar, porque Pastor hubiera distinguido, sin duda, la diferencia que hay entre ser "postulador" y ser "ponente" de *una misma causa* de beatificación, cosa que parece ignorar el citado autor propalafoxista, puesto que identifica dichos cargos, cuyas funciones eran muy distintas; y en segundo lugar, porque Pastor escribe textualmente —basta copiar con precisión— lo siguiente: "Después de Passionei fue encargado del proceso de Palafox el cardenal Galli, y, muerto éste, Gan-

6. *Ibidem*. La presentación fue hecha por el secretario de memoriales, monseñor Vicente Macedonio. Véase nota nº 29. Como veremos más adelante (vide notas nº 51 y 52), en este párrafo hay, a mi juicio, una serie de inexactitudes. Pero mi tarea se limita de momento (y ya es bastante) a justificar mis "craSos errores", y no a refutar opiniones propalafoxistas.
7. *Ibidem*, 185-186. Para dar el "trascendental" decreto del 17 de setiembre de 1771, el Papa se apoyaba en otros decretos pontificios anteriores promulgados —suponemos otra vez— por Clemente XIII (y no por Benedicto XIII, como repite el citado autor) el 9 de diciembre de 1760, el 27 de agosto de 1766, y el 21 de febrero de 1767.
8. *Ibidem*, 187. "Posiblemente un eslabón más en la animadversión jesuítica señalada. ¿Cuándo será el último?".
9. *Ibidem*, 184.

ganelli, de quien se esperaba una pronta y favorable solución. Ganganelli se reservó la dirección de la causa aun después de ser elevado al solio pontificio" [10]. Y este juicio de Pastor (al que vuelvo a adherirme plenamente), no es una opinión "dudosa o más bien falsa", como apunta el citado autor, sino un dato histórico objetivo.

En tercer lugar, no acabo de entender el mecanismo de las razones que le han asistido al referido profesor propalafoxista para afirmar, paladinamente, que yo, partiendo de este juicio objetivo de Pastor, he sacado como conclusión la inoperancia del cardenal Ganganelli en la causa de Palafox.

Evidentemente, mi conclusión acerca de tal "inoperancia" no puede provenir de una premisa —la de Pastor— que, en todo caso no es dudosa ni falsa, sino verdadera, pero que nada tiene que ver con un juicio de valor (como el que yo daba), ya que no hay ningún *transfert* lógico entre ambos extremos. Mi conclusión sobre la inoperancia del cardenal Ganganelli en la causa palafoxiana procedía de otras fuentes, lo cual significa, de rechazo, que tal aserto no era una invención propia.

No es difícil comprender que en una obra de conjunto, como la mía, muchos puntos de menor entidad respecto al tema principal suelen tratarse de un modo meramente indicativo, y como de pasada, sin volcar sobre cada detalle todo el material recogido. Es cuestión de metodología.

Tal me sucedió a mí entonces, con respecto a la causa de Palafox, asunto que no tenía con "la Agencia de Preces" otra conexión sino la de que el agente Roda estaba muy interesado y comprometido en el avance de dicho proceso; y por eso, apoyándome implícitamente en una serie de testimonios, casi todos inéditos (y que no tenía por qué utilizarlos allí, porque no escribía una monografía sobre el proceso de beatificación del Venerable), pude emitir entonces un juicio de valor sobre la "inoperancia" del cardenal Ganganelli en la causa de Palafox; juicio que no parece gustar al ilustre profesor propalafoxista, el cual, apoyándose en los datos que apronta en su artículo, defiende la "operancia" de Ganganelli en dicha causa.

Para que no quede ningún resquicio de duda, quiero dejar bien sentado desde ahora, que si yo procedí entonces de la manera que aquí explico, fue por exigencias metodológicas, y no porque me sintiera —ni me sienta ahora— tiznado por los prejuicios antipalafoxistas —*risum teneas!*— de la Orden en que trabajo.

Creo que casi todos los jesuitas de España —al menos los de mi generación— han llegado a tener las primeras noticias sobre el obispo Palafox y sus ruidosos pleitos con algunos jesuitas de México, a través de Astráin (autor del que el citado profesor propalafoxista hace mucho caudal), el cual afirma que "un pleito entre el Obispo de Puebla y los jesuitas de aquella ciudad, sobre si éstos tenían o no

10. L. PASTOR, *Historia de los Papas*. Barcelona (1937), t. 36, pág. 648.

tenían licencias para confesar y predicar; un pleito que hubiera podido resolverse en pocas horas, con sólo examinar unos cuantos papeles", no hubiera alcanzado tal resonancia de no haber sido "por *imprudencia* de los jesuitas y por la *mucha pasión* de Palafox" [11].

Aseveración tanto más valiosa cuanto que Astráin, perito en el arte de ocultar que oculta algunas cosas, tenía cierta proclividad sospechosa a dejar siempre mejor parados a los jesuitas "superiores" que a los simples "súbditos". Y —por más que lo niegue Cuevas [12]— como fue precisamente con algunos "superiores" jesuitas de México, y no con los "súbditos" (éstos no hubieran podido ni rechistar sin la venia de aquéllos), con quienes tuvo que enfrentarse el obispo de Puebla en el pleito de las licencias, cualquiera que haya leído esta parte de la obra de Astráin, con mediana sindéresis, sabe a qué atenerse sobre el particular, y —sin prejuicios, ni compadrazgos— procura dar a cada bando la parte de razón que pudo tener en tan engorroso asunto.

Una vez aquí, fijémonos por un momento en el carácter de Ganganelli, que, según el embajador veneciano en Roma Nicolás Erizzo, era, tanto de cardenal como de Papa, "un misterio para todo el mundo". Cuantos le trataron y escribieron sobre él, coinciden en pintarlo como un ser sinuoso, disimulado, doblado, desconfiado, excelente *ragiratore*, y hombre de una política acomodaticia y versátil [13]. Baudrillart insinúa que en su política había mucho de Pilatos [14], y el maldiciente ministro Tanucci, en uno de sus desfogos, le deseaba la suerte del P. Malagrida —ser quemado vivo a fuego lento—, por jugar a dos barajas [15]. El agente Azara, que vigilaba hasta los últimos movimientos de "*fra* Lorenzo", lo tenía por un "mentiroso", "bueno para enredar y pretender, y calabaza para gobernar"; y no dudaba en afirmar que su "cabeza chica, llena de enredos", no conocía "más medios buenos que los ruines" para actuar [16]. En un *Plan* que Azara envió al ministro Grimaldi, en 1766, para caso de elección de un nuevo Papa, decía el agente: "Fray Lorenzo Ganganelli es puro escolástico y docto en esta materia, pero intrigante y ambicioso con habilidad. Después de recibir el capelo [cardenalicio] en 1759, ha

---

11. A. ASTRAIN, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (7 vols.). Madrid (1916) V, 356-57. Los subrayados son míos.
12. M. CUEVAS, *Historia de la Iglesia en México* (5 vols.). El Paso (1928) III, 286.
13. PASTOR, *o.c.*, t. 37, págs. 54, 75 y 171, nº 6; Azara a Roda. Roma, 1º junio 1769. Apud. *El espíritu de D. José Nicolás de Azara, descubierto en su correspondencia epistolar con D. Manuel de Roda* (3 vols.). Madrid (1846), I, 288. En adelante, siempre que me refiera a esta obra la citaré simplemente por *El espíritu*.
14. A. BAUDRILLART, pág. IV de la Introducción al *Règne de Charles III d'Espagne* (2 vols.), de F. ROUSSEAU, París, Plon (1907). "Il y a du Pilate, et beaucoup, dans sa conduite".
15. Tanucci a Bottari. Nápoles, 24 de octubre 1761. AGS, *Estado*, legº 5971. "Ganganelli forse merita altretanto [la sorte de Malagrida] quanto che tiene li piedi sulle due staffe [estribos]".
16. *El espíritu*, I, 307, 314; PASTOR, *o.c.*, t. 37, págs. 77-78, 79 y 80.

perdido mucha parte del concepto que tuvo antes, aun con sus mismos frailes... Afecta ser enemigo de los jesuitas, pero les ha entregado su corazón, y ellos le escogieron para la censura y condenación del famoso *Catecismo,* de Mésenguy" [17].

El jesuita Cordara destaca el lado afable y cautivador de la conversación de Ganganelli, pero el agente austriaco Brunati anotaba por su lado: "Al principio promete cielo y tierra, pero luego pone dificultades y difiere la solución, según costumbre romana, quedando al fin triunfante. De esta suerte, todos terminan por quedar prendidos en sus redes. Se da traza admirable para eludir toda decisión en sus contestaciones a los embajadores; los despide con buenas palabras y halagüeñas esperanzas, que luego no se realizan" [18]. El diarista Luengo, sin conocer el juicio anterior, lo confirmaba, por su parte, con este esbozo:

> "Consta también que a Clemente XIV le era muy familiar el artificio, el disimulo y el engaño; y a decir con franqueza, su principal prenda y talento consistía en ser hombre falso, fingido, disimulado y astuto, y juntando a esto cierto aire de franqueza, de cordialidad y de ternura en sus palabras, ganaba a los que trataba con alguna familiaridad, y los engañaba al mismo tiempo" [19].

Sin desatender, pues, este aspecto de la personalidad del cardenal Ganganelli, examinemos ahora los juicios de algunos coetáneos suyos sobre su "operancia" como ponente en la causa de Palafox.

Roda, que lo conocía muy bien [20], escribiendo a su amigo Azara le decía en agosto de 1770: "Ya voy creyendo que este Pontificado [de Clemente XIV] pasará todo entero, y no se habrá hecho en él otra cosa que dar buenas palabras y cortesías a todo el mundo... cumplimientos, y luego cumplimientos, y siempre cumplimientos" [21]. Al

---

17. Azara a Grimaldi. Roma, 5 de junio 1766. AGS, Estado, legº 5012.
18. PASTOR, *o.c.*, t. 37, págs. 82-83; *El espíritu, o.c.* I, 339.
19. M. LUENGO, *Diario de la expulsión de los jesuitas de España* (46 vols.). AL, t. 8 (1774) 425.
20. OLAECHEA, *Las relaciones... o.c.* I, 322-23; LUENGO, *o.c.* 17 (1783) 174. Llega a Roma la suma de 12 mil escudos, legados por Roda (muerto en 1782) para hacer un mausoleo a Clemente XIV; IDEM, 36 (1802) 19-20. Vuelve a recordar la llegada a Roma de la manda pía dejada por Roda. "Este legado pío del Ministro Roda fue una cosa pública y sabida de todos". Roda a Azara. S. Ildefonso, 25 de julio 1769. APJT, legº 739. "Es cierto que el P. Confesor escribió al Papa [Clemente XIV] la enhorabuena de su exaltación al solio. Yo no he querido escribirle, por más que S.Sd. me ha enviado por todos el aviso de ella, y de la memoria que me conserva".
21. Roda a Azara. S. Ildefonso, 28 de agosto 1770, ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. *Idem* e *idem*. S. Ildefonso, 22 de agosto 1769. *Ibidem*. "Cuando leo lo que Vm me refiere de los regalos del Papa que trae el Patriarca, y entre ellos su retrato para mí, me he acordado de lo que Torrigiani dijo a Mocenigo [embajador de Venecia] cuando llevó al Papa una reliquia de San Barbarigo, ricamente guarnecida y de gran precio: Lei crede che coi santini puoc [sic] inganare al Papa come ai ragazzi?".

año siguiente, Azara se manifestaba a Roda, sobre este mismo punto, de la siguiente manera:

> "Su gran obra [de Clemente XIV] es Palafox, porque lo va dando gota a gota, y con eso entretiene a los niños, sin aventurar un palmo de terreno del cuerpo de la plaza... Ha mandado el Papa que antes de publicar las escrituras de Palafox, las vea confidencialmente el cardenal Marefoschi; no para que haga nada en ellas, sino para que ahí [en España] se vea con cuánta atención mira tan importante causa... Nos admiramos de la tontería de los indios, que se contentaban con abalorios y cuentas de vidrio, dándonos en cambio su oro; y no sé si ellos son los indios, o nosotros" [22].

Roda, volviendo sobre el tema en 1772, escribía al agente desde el Pardo: "El Rey [Carlos III], que desea ver el éxito de la causa de Palafox y su secuela, que ha de ser la extinción de la Compañía de Jesús, según ha prometido el Papa [Clemente XIV], no quiere dar pretexto alguno a Su Santidad para que dilate más el cumplimiento de sus palabras, pues ya está cansado de tantas tranquillas y excusas para dilatarlo, que dos años y medio ha que está ofreciendo continuamente" [23].

No creo que Azara tuviera el más mínimo interés personal por la causa de Palafox, ni por ninguna otra [24]. Si intervenía en ella era por razón de oficio, y cuando se lo mandaban desde el Ministerio de Madrid. Pero puesto que ayudando a esta causa se hacía un especial servicio al rey, no menos que se aniquilaba a los jesuitas [25], deseaba el triunfo de este asunto. Además se terciaba en ello su pundonor y su prestigio profesional. Pero como, a fuer de malicioso, su olfato era muy fino, tenía el remusgo de que todo aquello sonaba a falso, y que Clemente XIV no hacía "juego limpio" en la causa del Venerable [26].

---

22. Azara a Roda. Roma, 4 abril 1771. *El espíritu, o.c.* II, 163.
23. Roda a Azara. Pardo, 7 de enero 1772. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. *Vide infra* nota nº 202.
24. Azara a Roda. San Pastor, 18 de octubre 1776. Apud. *El espíritu, o.c.* III, pág. 49. "A mi me importa un comino ésta ni ninguna otra causa de canonización, y gracias a Dios no estoy encargado de ninguna"; *Ibidem*, III, 174-175. "Yo por mí, comenzaría por cortar todas las causas de canonización de España, que creo pasan de cuarenta; pues así, además de castigar la bolsa [de los curiales], quitaría esta indecencia de España y de la Iglesia de Dios. [La causa de la Madre] Agreda y [la de] Lulio, etc. irían de una vez a pasear".
25. L. A. CARACCIOLI, *Vita di Clemente XIV*. Florencia, Imp. G. Allegrini (1775) 58. El marqués Caraccioli (1721-1803), después de un viaje a Holanda en 1758 actuó en favor del acercamiento de la iglesia cismática de Utrecht con Roma, y mantuvo correspondencia con el jansenista Pietro Tamburini. *Vide* E. DAMMIG, *Il movimento giansenista a Roma nella seconda metà del secolo XVIII*. Vaticano (1945) 415. *Vide infra* nota nº 61.
26. Azara a Roda. Roma, 16 de enero 1772, Apud *El espíritu, o.c.*, II, 253. "...sólo el Papa, después de los jesuitas, tiene interés en que se lleve a la larga esta causa, por las promesas que Ud. sabe hay [de extinguir la Compa-

Carlos III, al felicitar al cardenal Ganganelli por su ascensión al solio pontificio (hecho que el crédulo monarca atribuía a un "visible milagro de san Francisco y del venerable Palafox") [27], le daba "las gracias por haber conservado la ponencia en la causa" del Venerable, y le suplicaba con vehemencia que, "cuanto antes, le pusiera en los altares a la pública veneración" [28]. Las esperanzas del monarca español podían ser bien sólidas y fundadas acerca de este punto, pues se apoyaban nada menos que en un ponente de la causa que, además, era Papa; y para el diarista Luengo, ser ponente significaba "lo mismo que ser Agente, Abogado y Procurador en una pieza, pues el que hace de Ponente en una causa —decía— puede tanto y más que cada uno de éstos, y aun que todos juntos, si tiene celo y devoción en aquella causa" [29].

Ahora bien, ¿tenía Clemente XIV esta devoción y celo por la causa palafoxiana, o trataba más bien de contemporizar, de dar largas, haciendo como que hacía, quizá porque había palpado, como dice su panegirista el marqués Caraccioli, que dicha causa "no estaba bastante madura"? [30].

Algunas personas se hacían entonces estas mismas preguntas, pues corría por la ciudad eterna (Roma fue siempre mala guardadora de secretos) el rumor de que tales titubeos y requilorios sobre una causa que no avanzaba, se debían a que el propio Ganganelli dudaba mucho de la ortodoxia de Palafox, *porque aquello que nos embaraza [para hacer que avance la causa]* —decía— *no es lo que [Palafox] ha escrito contra aquella gente [los jesuitas]; sino que no sé cómo andamos [en materia] de fe*" [31].

Pero oigamos el testimonio de un personaje coetáneo, que tenía muchos años de perspectiva, y por tanto podía hablar con cierto conocimiento de causa. Cuenta Luengo que algunos jesuitas españoles solían acudir, en Roma, a la tertulia de don Antonio de Vargas, Ministro de España cabe el papa Pío VII. Por razón del cargo que ocupaba, y sin pretenderlo por su parte, el rey Carlos IV le había encomendado en 1803 la postulación de la causa de Palafox. Un día,

---

ñía], para cuando se acabe, y por otras mil razones"; M. MIGUELEZ, *Jansenismo y regalismo en España*. Valladolid (1895) 344-46. Tampoco el P. Vázquez, General de los Agustinos y amigo de Roda, confiaba en Clemente XIV, al que calificaba de "jesuita". *Vide supra* nota nº 17.

27. PASTOR, *o.c.* t. 37, pág. 66, nº 7.
28. LUENGO, *o.c.*, 3 (1769), 273.
29. *Ibidem*, 122-123; *Gazeta de Madrid*, 27 de junio de 1769. A poco de subir el cardenal Ganganelli al solio pontificio delegó la ponencia de la causa de Palafox en su secretario de memoriales, monseñor Vicente Macedonio. *Vide supra* nota nº 6.
30. CARACCIOLI, *o.c.* 58.
31. ANONIMO, *Vita di Clemente XIV*. AL, *Pap. Palafox*, legº 56, pág. 15. "E non ostante, che pensaba Ganganelli stesso di Palafox? Dubitava molto della sua ortodossia, perche —diceva— quello che c'imbarazza non è quello che Palafox ha scritto contro quella gente [los jesuitas]; ma non so come stiamo a fede".

al comentar la pena que esta decisión del monarca había producido a los carmelitas descalzos de España, "que tenían poco menos que el monopolio de la postulación de esta causa, desde la muerte del venerable Palafox", el señor embajador añadió:

> "Las dos Cortes de Madrid y Roma no pueden haber estado más propicias para el buen éxito de este negocio de la beatificación de Palafox, y con todo eso *no han dado en ella un paso de importancia,* porque, aun en los tiempos de mayor fanatismo y furor contra la Compañía de Jesús, el difunto Papa Ganganelli, con ser ponente de dicha causa, *dejó correr las cosas,* porque veía que después de cada Congregación la causa quedaba en peor estado que antes" [32].

Este testimonio parece *casi* definitivo en orden a demostrar la inoperancia de Gagnanelli en la causa palafoxiana, pero como tal vez podría argüirse diciendo que su fuerza no es tanta por venir de un jesuita, zanjemos la cuestión aduciendo el juicio de otros dos coetáneos, tan sospechosos de parcialidad como Luengo, pero por el lado contrario. Me refiero, en primer lugar, al agente napolitano Centomani, cuyo anticurialismo sólo era proporcional a su antijesuitismo; y, en segundo lugar, a su amigo el agente Azara, del que tanto caudal hace en su artículo el citado profesor propalafoxista [33].

El agente Centomani, informando desde Roma a su jefe ministerial Tanucci sobre las actividades de Ganganelli, como ponente de la causa de "beatificación del antijesuita Palafox", le decía que, "a pesar de ello, no sólo no dio impulso alguno al asunto, sino que *suscitó tales dificultades de forma que aquél [asunto] quedó estancado*" [34]. Parece, pues, si no interpreto mal estas líneas, que lo que quedó estancado fue, según Centomani, el asunto de la beatificación de Palafox, gracias a los "buenos oficios" del ponente Ganganelli.

Poco después de haber sido nombrado Azara Ministro de España en Roma, el todopoderoso conde de Floridablanca le escribió desde Madrid en 1785 urgiéndole a que activara —una vez más— la causa de beatificación de Palafox, estancada desde 1777, y que procurara

---

32. LUENGO, *o.c.*, 37 (1803) 68. El subrayado es mío. Sobre "la sagacidad maravillosa" de Ganganelli para dar largas, véase también A. FERRER DEL RIO, *Historia del reinado de Carlos III* (4 vols.). Madrid (1856), II, 343; FLORIDABLANCA, *Obras.* Madrid, BAE, t. 59 (1912) pág. X.

33. Roda a Azara. Aranjuez, 16 de junio 1767. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Es hombre muy de bien, y si peca es de poco cauto". Sobre las buenas relaciones de Azara con Centomani, *vide* P. MASSON, *Le cardinal de Bernis depuis son ministère.* Paris (1884), 157.

34. Centomani a Tanucci. Roma, 7 de mayo 1771. Apud PASTOR, *o.c.*, t. 37, p. 79.

mover en este sentido el ánimo del papa Pío VI, aunque sólo fuera por complacer "al mejor Amo de la tierra": S.M. el rey Carlos III [35]. Azara, que conocía como pocos españoles la aguja de marear en Roma, y la inutilidad de tales empeños, le respondió de oficio así:

> "A esto se añaden las desconfianzas regulares [por parte de la Corte de Roma], y más en negocios que se desean evacuar con ansia; y el traherse con este motivo a la memoria las promesas y términos pasados con el Papa anterior [Clemente XIV], que *bajo especie de hacer que hacía en la causa* del Ven. Palafox, *la dexó inmovilizada para siempre,* como VE mismo pudo experimentar durante su estancia en esta Corte, y como lo veo por propia experiencia, pues el [Papa] actual bien se ve que no la quiere resucitar, y aplaza el tratarla con la sólita excusa del *acqua a passare*" [36].

Después de todo lo apuntado se hace quizá más comprensible el que yo pudiera inclinarme a pensar que tal vez tenía algún motivo —documental—, para haberme atrevido, con cierta razón y sin temeridad, a poner en duda la "operancia" de Clemente XIV en la causa de Palafox. No niego que diera algunos pasos en favor de ella (los que tremola y peralta el citado profesor propalafoxista) durante el lapso de unos pocos años, pero aun así y todo, prefiero seguir apoyándome no en mi opinión —que indudablemente sería "absurda" y "errónea"—, sino en el juicio global que les merecía a ciertos coetáneos,

---

35. Floridablanca a Azara. S. Lorenzo, 1º de noviembre 1785. ARSI, *Hist. Soc.*, libº 234, II. "Vamos a una nueva mortificación para Vm. De oficio se envía a Vm. una carta del Rey al Papa, acompañada de centenares de cartas de Obispos, Cabildos, Universidades y ciudades de voto en Cortes, renovando las instancias en favor de la causa de Palafox. ¿No pudiera S.Sd. *siquiera por dar gusto al mejor Amo de la tierra*, y por demostrar que no calla por estar acollonado de los fanáticos, o de parcial en favor de ellos, nombrar una Congregación particular de cardenales, prelados y teólogos que no estuviesen manchados con nota de jesuitismo, que viesen éstos y los demás papelones, y aun todos los que se quisieran añadir por nosotros y el promotor de la fe, y le propusiesen su dictamen? ¿No pudiera con esta novedad mandarse que se volviese a ver en Ritus, con asistencia plena de todos los miembros y consultores de la Congregación? ¿En fin, no pudiera haber algún medio equivalente para que no triunfase la iniquidad de haber querido que Palafox no sólo no sea santo, sino que se le deshonre como un hereje? Póngame Vm. a los pies del Papa, y añada a los ruegos del Rey, tan dignos de atención, los de esta pobre hormiga". Subrayado mío.
Sobre lo que el propio Azara pensaba de este encargo, véase Azara a Aranda. Roma, 18 de enero 1786. AHN, *Estado*, legº 2847. "Yo aquí voy a embestir de nuevo con [la causa de] Palafox, con órdenes que exceden mi pequeña cabeza. Llego a dudar que estamos en enero de 1786"; LUENGO, *o.c.*, 19 (1785) 230-231. Registra la instancia de la Corte de España en favor de la causa palafoxiana. *Vide infra* nota nº 187.

36. Azara a Floridablanca. Roma, 23 de noviembre de 1785. AI., *Pap. Palafox*, legº 54. El subrayado es mío. Se refiere Azara a la costumbre romana de aprovechar las vacaciones otoñales para tomar aguas medicinales. *Vide El espíritu, o.c.* II, 318 y 319.

de filiación heterogénea, la eficacia "operativa" de Clemente XIV en esta causa, a la que, según el propio Azara, "dejó inmovilizada para siempre".

OBJECION SEGUNDA

También parece que mi *fides graeca* contra Palafox se manifiesta en ciertas afirmaciones "tendenciosas" e "inexactas" que hago en mi libro, las cuales, "sin una precisa explicación", le resultan intolerables al citado profesor propalafoxista. Una de estas afirmaciones es: "que la causa de Palafox, que acabaría por extinguirse, fue introducida como bandera contra los jesuitas" [37].

Esta frase contiene dos conceptos que deben ser tenidos en cuenta y debidamente aclarados para que las cosas queden en su sitio. Uno de ellos se refiere al punto concreto de la *introducción* oficial de la causa palafoxiana; y el otro alude al matiz de *bandera* que adquirió dicha causa sobre todo a mediados del siglo XVIII, época a que se refiere mi libro [38]. Comencemos por el primero.

Las causas de beatificación pueden —y suelen— resolverse de dos modos: por vía extraordinaria, a título de excepción (y no es éste nuestro caso); y por vía ordinaria, llamada "de non cultu", que suele ser la más común. Para la beatificación de un siervo de Dios, por vía ordinaria, son necesarios y suficientes estos dos requisitos: que se verifique en la Congregación de Ritos la excelencia de sus virtudes —teologales y cardinales— en grado heroico; y se constate la autenticidad de los milagros realizados por mediación del siervo después

37. OLAECHEA, *Las relaciones... o.c.*, I, 280; SANCHEZ CASTAÑER, *o.c.*, 187. Al recoger yo en mi libro la impresión de muchas personas coetáneas, de que Palafox fue "un enemigo acérrimo de *los* jesuitas" (*Vide* nota nº 68) parece que va implícito, tanto en el plano gramatical como en el sentido común, que no fue enemigo de todos y cada uno de los jesuitas, ni pleiteó con todos y cada uno de ellos. Nadie duda que en un principio tuvo con ellos buenas relaciones oficiales, y que se sirvió (incluso estando en Osma) de la colaboración de algunos de ellos para ciertas obras apostólicas. Esto no obstante, en mi libro señalo documentalmente cuál era la "filiación" de los contados jesuitas con quienes se relacionaba el prelado al final de su estancia en México; y sigo paso a paso los servicios de espionaje que le prestó clandestinamente el P. la Canal, jesuita criollo, residente en Ciudad de México, resentido porque no era elegido Superior, cargo que, a su juicio, sólo se confería a los jesuitas españoles peninsulares. Más tarde, ya no se preocupó —por así decirlo— de los jesuitas particulares: de la anécdota pasó a la categoría, y para saber qué es lo que pensaba de la reforma, e incluso de la supresión de la Compañía como Instituto religioso, basta asomarse a cualquier Historia de la Iglesia o de la Espiritualidad en el siglo XVII español. *Vide infra* nota nº 68.

38. C. ARTEAGA, *Ante el tercer centenario del Venerable Palafox*. Sevilla 27. "Se precisaría un libro entero para reflejar los incidentes de esta causa, nacida bajo un signo de contradicción, en la que las partes contrarias [...] se servían del nombre de Palafox, mucho más allá de lo que el célebre obispo pensara, *como de un estandarte de combate*". Subrayado mío.

de su muerte [39]. Y todo ello de tal suerte, que ni las virtudes heroicas son suficientes sin los milagros, ni éstos sin aquéllas.

Ahora bien, ¿cuál era la marcha que se seguía de *ordinario,* en el siglo XVIII, para establecer estos requisitos con la mayor garantía? Tal marcha solía venir impuesta, en general, por la sustanciación y aprobación de dos órdenes de procesos: los *informativos* diocesanos, hechos bajo la autoridad del obispo Ordinario; y los *apostólicos,* llamados también *ne pereant,* formados por la Silla Apostólica.

Cuando un cristiano moría en "olor de santidad", la Iglesia no solía ocuparse inmediatamente de su beatificación. Se contentaba con ser una expectadora silenciosa, y dejaba pasar un tiempo durante el cual permitía simplemente que se recogieran deposiciones de testigos, previendo que podrían ser útiles algún día. Las primeras instrucciones se hacían en la diócesis —o en las diócesis—, y por medio del obispo Ordinario —u Ordinarios— del lugar —o lugares— donde el siervo de Dios había vivido y muerto.

El proceso informativo diocesano, llevado a cabo por el obispo Ordinario de la diócesis donde había muerto el "siervo de Dios" era, en primera instancia, una condición indispensable para que la Congregación de Ritos consintiera ocuparse de una causa de beatificación, y, salvo que hubiera una dispensa del Papa, no solía hacerlo hasta después de transcurridos diez años de la presentación de la causa —o *propositio causae*—, esto es, hasta después de pasado un decenio a partir del día en que había llegado a la Congregación de Ritos el proceso informativo diocesano, formado por el Ordinario y enviado a Roma por él [40].

Por lo que respecta al venerable Palafox, se hicieron dos procesos informativos diocesanos: uno en Osma y otro en Puebla de los Angeles; y por *dispensa* pontificia, la Congregación de Ritos accedió a ocuparse de ellos antes de haber transcurrido el decenio requerido. Pero el promotor de la fe Mons. Erskine encontró en el proceso de Osma una gran laguna, pues no contenía ninguna información sobre la "santidad" del Venerable durante los cuatro años que vivió en Madrid al tornar de México. A la excusa del postulador (de que era superfluo hacer otro proceso para este período de Madrid), replicaba "el abogado del diablo" diciendo que los defensores de la causa de Palafox se contentaban con alegar superficialmente que

> "quien fue héroe en Puebla y en Osma, lo fue igualmente en el tiempo intermedio de Madrid. ¡Docta y aguda respuesta, según la cual —decía Erskine— quien enfermó en enero y diciembre

39. F. L. FERRARIS, *Biblioteca jurídica, moral, teológica* (3 vols.). Roma (1886), II, col. 817.

40. *Ibidem,* col. 814. El original del proceso informativo diocesano se archivaba en la curia episcopal, y se enviaba a Roma sólo una copia manuscrita, legitimada y autenticada, sin que pudieran hacerse, ni valieran más copias.

estuvo enfermo todo el año; y quien estuvo sano en esos dos meses, lo estuvo también durante todo el año! Es indecoroso tomar a broma una causa tan seria como ésta, pero ¿cómo puede esperarse que yo tome en serio tales inepcias?" [41].

Todos estos pasos constituían lo que técnicamente se conoce con el nombre de "presentación o proposición de la causa", fase anterior (a veces muy anterior) y distinta de la "introducción" propiamente dicha, aunque en general se suele aplicar *erróneamente* esta denominación al mero acto de presentar o proponer una causa en la Congregación de Ritos.

Una vez hecha la presentación, la puesta en marcha del proceso de beatificación solía iniciarse en Roma con la apertura del proceso informativo diocesano, y con la aprobación de la doctrina contenida en los escritos del siervo de Dios.

La apertura del proceso informativo diocesano se hacía en presencia del cardenal prefecto de la Congregación de Ritos; y, caso de que el Papa no se reservara para sí mismo el oficio de *ponente* de la causa, solía nombrar un cardenal ponente o relator [42], y unos intérpretes destinados a traducir los documentos del proceso informativo diocesano, si las piezas contenidas en él estaban redactadas en otros idiomas que no fueran el latín o el italiano.

La aprobación del proceso informativo diocesano (si tal ocurría) no significaba que la causa del siervo de Dios estuviera oficialmente introducida, ya que a continuación se abría un nuevo proceso. Este consistía en el examen de los escritos dejados por el siervo de Dios: libros, cartas, memorias, meditaciones, apuntes. Si en tales escritos se encontraba alguna doctrina heterodoxa, que hiciera sospechosa la fe de dicho siervo de Dios, su causa de beatificación se suspendía para siempre. Por eso, el examen y la aprobación de la doctrina contenida en los escritos de los candidatos a la beatificación solía ser de lo más severo y minucioso.

Cuando la Congregación de Ritos daba su dictamen aprobando la doctrina contenida en tales escritos, el Papa solía firmar el "decreto de introducción de la causa" [43]. Pero *debe advertirse* que tanto la aprobación de los procesos informativos diocesanos, como el examen y la aprobación de la ortodoxia de los escritos de un siervo de Dios, no menos que el decreto pontificio "procedi posse ad ulteriora" (facultando la continuación del proceso de beatificación), debían hacerse —y así ocurría de ordinario— antes de la llamada *signatura*

41. C. ERSKINE, *Oxomen*. Romae (1788), 9.
42. Sobre el influjo del ponente en una causa, *vide supra* nota nº 29.
43. *Lexikon für Theologie und Kirche*. Friburgo de Brisgovia (1964), t. 9, col. 643. "Bei der SC Ritus wird das Schrisfttum geprüft, ob es nichts gegen Glauben und gute Sitte enthält. Bei günstigen Entscheid unterzeichnet der Papst das "Decretum Introductionis Causae".

de la Comisión Apostólica[44]. Según el papa Benedicto XIV, peritísimo en estas materias,

> "la signatura de la Comisión no era otra cosa sino una súplica dirigida por los postuladores al Papa (y admitida y firmada por éste), mediante la cual el Sumo Pontífice concedía a la Congregación de Ritos proceder adelante y hacerse cargo *oficialmente* de la causa de beatificación de un siervo de Dios. Y no se podía decir que la Silla Apostólica tomaba a su cargo una causa de beatificación por el mero hecho de haberse solicitado la signatura de la Comisión. Sólo cuando ésta había sido firmada por el Papa es cuando se iniciaba la formación de los procesos apostólicos, lo cual suponía que para entonces estaban ya aprobados los escritos del siervo de Dios"[45].

Debe distinguirse, pues, entre la instancia elevada pidiendo la "signatura de la Comisión", y la firma de ésta por el Sumo Pontífice. La *petición* de la firma sólo podía hacerse después de pasado un decenio desde la presentación de los procesos informativos diocesanos en la Congregación de Ritos, *a no ser que* una dispensa del Papa abreviara este plazo, como ocurrió con la causa de Palafox[46]. En cambio la *firma* de la signatura significaba que la causa del siervo de Dios pasaba enteramente a manos de la Congregación de Ritos, que entendía exclusivamente de la causa en cuestión, y en lo sucesivo carecía de valor todo lo que el Ordinario pudiera hacer por su cuenta en favor de la causa.

Según Benedicto XIV, el uso ordinario de la Congregación de Ritos era que la aprobación de los escritos del siervo de Dios precediera a la firma de la signatura, a no ser que, por una excepción, el Sumo Pontífice dispusiera otra cosa[47]. Tal ocurrió con la causa de Palafox, pues aunque el postulador solicitó la signatura de la Comisión el 26 de abril de 1692, ésta no fue firmada hasta 1726 (por especial dispensa de Benedicto XIII), y la aprobación de parte de los escritos del Venerable sólo tuvo lugar en diciembre de 1760. Tal alteración del orden establecido se hizo para que pudieran instruirse cuanto antes los procesos *apostólicos*, y no se malograra la causa del Venerable[48]. Pero Benedicto XIII, al firmar la signatura de la Comisión ordenó que, aunque se sustanciaran dichos procesos apos-

---

44. BENEDICTO XIV, *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (4 vols.). Padua, Imp. Manfré (1743), II, fols. 159 ss.
45. IDEM, II, 257-258.
46. IDEM, II, cap. 36, nº 4, pág. 262. Sequitur usus recentior Sacrae Congregationis, quo attento, *Operum revisio praecedere debet Signaturam Commissionis...* ad evitandum imminens periculum deperditionis probationum". Subrayado mío.
47. IDEM, II, 215-16.
48. *Ibidem*. "Postquam actum est de iudicio super non cultu, rectus rerum ordo exposcit ut agatur de revisione Operum servi Dei, siquidem revisio ipsa atque approbatio eorum, de more, Signaturam Commissionis praecedere debent, *nisi* S. Pontifex dispensaverit, ne, dum Opera revidentur, pereant probationes".

tólicos, no se pasara adelante en la causa sin que antes fueran aprobados los escritos de Palafox.

La firma de la signatura era, pues, una consecuencia del decreto pontificio aprobatorio tanto de los procesos informativos diocesanos como de los escritos del siervo de Dios [49], y con ello se daba por concluida la presentación o proposición de la causa, fase primera de todo proceso de beatificación, durante la cual la causa de Palafox se apartó del camino común y ordinario, y, como ha podido verse, comenzó a distinguirse acumulando dispensas, indultos y exenciones.

Sólo a partir de este momento, es decir, una vez que se habían cumplido (en el orden que fuera) estos dos requisitos indispensables: la aprobación de los escritos del siervo de Dios, y la firma de la signatura de la Comisión, *sólo entonces* —repetimos— es cuando *propia y oficialmente quedaba introducida* la causa de beatificación en la Congregación de Ritos, y cuando el siervo de Dios podía recibir, en su acepción más rigurosa, el título de *venerable* [50]. A partir de entonces era, también, cuando la Congregación de Ritos se hacía cargo de la causa del —ya oficialmente— venerable, y bajo su autoridad iniciaba la sustanciación de varios procesos llamados *apostólicos*, los más importantes de los cuales eran: el proceso apostólico de virtudes y milagros *in genere*, y a continuación el proceso apostólico de virtudes y milagros *in specie*.

Si a moción del ponente Ganganelli, la Congregación de Ritos inició en 1768 el proceso apostólico de virtudes y milagros *in specie*, así como el del traslado de los restos del venerable "a nueva sepultura", mal pudo declarar Clemente XIV en 1769 que estaba "legítimamente formado el proceso diocesano osmense, incoado de nuevo para seguir adelante" [51]. El decreto pontificio del 9 de diciembre de 1769 no fue dado para aprobar ningún "proceso diocesano" —como dice erróneamente el citado profesor propalafoxista—, pues hacía ya muchos años que en Osma no se instruían procesos informativos diocesanos; dicho decreto fue dado para legitimar, por medio de una drástica "sanatio in radice", el proceso apostólico de la visita al sepulcro de Palafox, conocido vulgarmente con el nombre de *procesillo* [52], de cuyos cómicos avatares me ocupo largamente en el libro que voy a publicar.

---

49. IDEM, II, cap. 25, págs. 206, 214-15.
50. Llámase *venerable*, en sentido estricto, a aquella persona cuya causa de beatificación ha sido oficialmente introducida, o cuyo martirio ha sido aprobado por la Congregación de Ritos en asamblea general ante el Papa. En sentido menos riguroso se denomina también a ciertos siervos de Dios, con presunta fama de santidad (de ahí el dictamen "de non cultu"), a quienes se les instruye simplemente el proceso de beatificación. Tal es el caso de don Juan de Palafox, a quien, ya en el siglo XVII, se le aplicó devotamente el calificativo de "venerable".
51. SANCHEZ CASTAÑER, *o.c.*, 185. *Vide supra* nota nº 6.
52. *Ibidem*.

Aún había que dar otros pasos más para llegar al fin de un proceso de beatificación, pero no necesitamos ocuparnos de ellos. Lo dicho hasta aquí basta para mi propósito: consistente en responder al citado profesor propalafoxista, que me tacha de "inexacto" y de "tendencioso" por haber escrito yo que la causa de Palafox "fue *introducida* como bandera contra los jesuitas".

Creo que, sin clamar al cielo, también yo podría tildar, al menos de "inexacto", al citado profesor propalafoxista [53]. Porque, puestos a ser exactos (y de eso se trata), y a usar tecnicismos en sentido estricto (y es lo que se me exige), debo decir, apoyándome en la autoridad del papa Benedicto XIV, que una cosa es la presentación o proposición de la causa de beatificación, y otra muy distinta su introducción en la Congregación de Ritos. Ahora bien, la *introducción* de una causa (sin excluir —no sé por qué ha de excluirse— la de Palafox) no tenía lugar, técnicamente hablando, hasta después de haber sido aprobada la doctrina de los escritos del siervo de Dios, y de haber firmado el Papa la signatura de la Comisión.

Si aplicamos estos principios generales a la causa de Palafox encontramos que, aprobados los procesos informativos diocesanos de Osma y Puebla, y alterando el uso común —como dijimos—, sólo en 1726 fue firmada "sub conditione" la signatura de la Comisión por Benedicto XIII, y el 9 de diciembre de 1760 se aprobó en Roma la doctrina de algunos escritos del Venerable. Sólo a partir de entonces, es decir, una vez introducida oficialmente su causa, es cunado empezaron a tratarse en la Congregación de Ritos los procesos apostólicos *ne pereant*.

Resulta, pues, después de lo dicho, que la causa de Palafox no fue oficialmente introducida en la Congregación de Ritos (seamos exactos) sino a fines de 1760, y ya sabemos la violencia con que soplaban en aquellas fechas las corrientes antijesuíticas. Por eso no veo (aunque sí entiendo) por qué pude ser yo tildado de "inexacto" y de "tendencioso" por el citado profesor propalafoxista, cuando al hablar del ministerio de Roda en la ciudad eterna (1759-65), escribí que "la causa de Palafox, que acabaría por extinguirse, fue *introducida* como bandera contra los jesuitas", ya que en mi libro no quise decir que fue incoada, ni presentada, ni propuesta, sino que quise decir justamente eso: que —por fin— fue introducida.

* * *

53. Sólo digo "inexacto", y no añado lo de "tendencioso", porque cualquier bienpensante diría que nunca puede ser tachado de tal, sino alabado como "piadoso", quien tiene una manifiesta "devoción" por un siervo de Dios. También el piadoso monarca Carlos III sentía mucha "devoción" hacia el hermanito Sebastián, cuya causa estuvo propuesta en Roma, por sus empeños, durante muchos años, y no por eso se puede tachar a este monarca de "tendencioso". *Vide* J. BLANCO WHITE, *Cartas de España*. Madrid (1972) 337-40; M. MENENDEZ PELAYO. *Historia de los heterodoxos españoles* (3 vols.). Madrid (1881), III, 130.

Apuntaba al iniciar esta Objeción, que el otro concepto implicado en mi "inexacta" y "tendenciosa" frase aludía al matiz de *bandera* contra los jesuitas, que adquirió la causa de Palafox a mediados del siglo XVIII.

Estoy de acuerdo en que el venerable prelado no fue responsable de las banderías que se formarían, en el setecientos, en torno al proceso de su beatificación; pero tampoco es menos cierto que la causa palafoxiana había pasado "por fases de letargo, y aun de muerte aparente", y que fue durante la embajada de Roda en la ciudad eterna cuando volvió a resurgir con un signo concentradamente antijesuítico [54]. A este tiempo y a este período de la causa palafoxiana me refería únicamente —y muy de pasada— en mi libro; y sin meterme a hablar una palabra de la persona del Venerable, ni de su fama póstuma, me limitaba a estudiar algunas de las actividades propalafoxiano-antijesuíticas de don Manuel de Roda.

Y en este contexto, los testimonios no sólo son abrumadores, sino que se diría que este fragor encarnizado entre los bandos, es casi lo único que han recogido muchos coetáneos a los hechos, y más tarde los historiadores.

Escribe Vicente Lafuente que "se acusó a los jesuitas de oponerse a la beatificación del venerable Palafox. En verdad —añade— que poco les importaba a los Ministros de Carlos III que hubiera en los altares un Santo más o menos... pero se valieron de aquellos expedientes como de armas de partido". Puesto que entre los enemigos de los jesuitas se contaba a Palafox, su beatificación "se consideraba como un triunfo contra" la Compañía de Jesús. Y en la página siguiente apunta el mismo historiador que "este furor mismo indica[ba] a las claras los motivos nada cristianos por que se anhelaba la beatificación; no como vindicación del virtuoso Prelado, sino como triunfo del filosofismo sobre los Jesuitas" [55].

Menéndez Pelayo, en un juicio "nada despectivo para la santa memoria de Palafox", sostiene que éste fue "más célebre por las reñidas y escandalosas cuestiones que en América tuvo con los jesuitas", que "por sus escritos ascéticos y por la austeridad de su vida".

> "De ahí —continúa— que su nombre *haya servido y sirva de bandera a los enemigos de la Compañía* [de Jesús], y que sobre su proceso de beatificación se hayan reñido bravísimas batallas, dándose en el siglo pasado el caso, no poco chistoso, de ser volterianos y libres pensadores los que más vociferaban y más empeño ponían en la famosa canonización" [56].

---

54. LUENGO, *o.c.*, 3 (1769), 123; Roda a Azara. Madrid, 15 de diciembre 1778. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234.
55. V. LAFUENTE, *Historia Eclesiástica de España* (6 vols.). Madrid (1875), VI, 72 y 73.
56. MENENDEZ PELAYO, *o.c.* III, 131. El subrayado es mío. Recuérdese que don Marcelino escribía estas líneas en 1881.

El P. Silverio de Santa Teresa escribe en su voluminosa obra sobre los carmelitas descalzos las siguientes líneas: "Es sabido que el docto y piadoso obispo oxomense [Palafox] tuvo algunos pleitos con ciertos Padres de la Compañía de México, y *por eso* los enemigos de ésta pusieron mucho empeño en sacar a flote la causa del Venerable prelado, y lo que hicieron fue hundirla para siempre" [57]. Más modernamente, el concienzudo historiador francés Saugnieux apunta: "Las persecuciones de que Palafox fue objeto, fueron aireadas ("étalées au grand jour") con fines políticos, a la hora de la expulsión de los jesuitas de España. Los enemigos de la Compañía de Jesús pidieron clamorosamente su canonización, e hicieron de él una especie de mártir. Palafox se convirtió así, a pesar de él mismo, en un héroe del jansenismo" [58].

Si de los historiadores (podrían citarse muchos más) pasamos a los coetáneos de los hechos, esta misma parece que fue la impresión más común entre ellos. El conde de Rosemberg, embajador austríaco en Madrid, informando al canciller Kaunitz le decía cómo Carlos III había escrito una carta al papa Clemente XIII, en la cual le pedía oficialmente que

> "el proceso de beatificación del obispo Palafox, que se dio a conocer por sus cartas contra la Orden jesuítica, no se detuviera, sino que, con arreglo a la justicia, fuera llevado hasta el fin. Recientemente se ha enviado a Roma este escrito real, que manifiesta la aversión de este Ministerio contra los Jesuitas, y a causa de esto se han mandado hacer bajo mano diversas pesquisas secretas, por si se hubieran impreso falsificaciones de dicho escrito real a Su Santidad" [59].

Ya para 1761, el P. Ricci, General de la Compañía de Jesús, tenía la convicción de que el paso dado por Carlos III, de pasar abiertamente de solicitador de la causa de Palafox, a "promotor y fautor de la misma", significaba un grave peligro para la Compañía, y temía por ello que ésta fuera "condenada en España, y de alguna manera también en Roma" [60]. Y no le faltaba razón al pensar así, porque el mismo marqués Caraccioli, personaje nada sospechoso en este particular, escribía al respecto: "España, siempre ocupada en el negocio de la destrucción de los jesuitas, solicitaba fuertemente la beatificación del señor Palafox, su más formidable antagonista. Se pensaba que, colocando en el número de los santos a este Prela-

57. SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América.* Burgos (1944) t. XII, 445.
58. J. SAUGNIEUX, *Un prélat éclairé: Don Antonio Tavira y Almazán.* Toulouse (1970), 153; E. APPOLIS, *Les jansénistes espagnols.* Burdeos (1966), 130, nº 91; BLANCO WHITE, *o.c.*, 335-340.
59. Rosemberg a Kaunitz. Madrid, 13 de octubre de 1760. Apud *Berichte der österreichischen Vertreter in Spanien.* Madrid, C.S.I.C. (1969), I, 218.
60. J. M. MARCH, *El beato José Pignatelli y su tiempo* (2 vols.). Barcelona (1935-36), I, 154; PASTOR, *o.c.*, t. 37, pág. 79.

do, que los pintó a Inocencio X con tan negros colores, los jesuitas recibirían el golpe más terrible que podía dárseles" [61].

En 1771 anotaba Luengo en su *Diario:* "En canonizar a Palafox sólo se tiene por finalidad el infamar a los jesuitas" [62]; y cuatro años después volvía a escribir las siguientes líneas:

> "El mérito y santidad de Palafox consiste principalmente en haberse hecho moda, razón de Estado; y a juicio de muchos, especialmente frailes, se ha convertido en virtud, y en cosa buena y loable, hacer mal a los Jesuitas, infamarlos y oprimirlos.
>
> Y así, el primer paso importante en esta causa se dio en Madrid, cuando se entró en aquella Corte en el proyecto de abatir y echar por tierra a los jesuitas. Y *expresamente para salir con estos intentos se tomó como medio la causa del Sr. Palafox,* queriendo persuadir al mundo, y persuadiendo verisímilmente al Rey, que los Jesuitas se oponían injustamente a la canonización de un hombre que era dignísimo de ser colocado en los altares.
>
> Al paso que se fue viendo el abatimiento de la Compañía, se fue haciendo más conocido, más famoso, más grande y más santo este Obispo, y su causa se fue adelantando con precipitación. Esta celebridad de Palafox y su pretendida santidad, tan ponderada, sirvieron para que se llegara a lograr la extinción de la Compañía, o por lo menos, para que arruinada ésta, su misma ruina y opresión fuera, por muchos títulos, un medio eficacísimo de hacer santo a Palafox" [63].

Otros contemporáneos, que no eran precisamente jesuitas, tenían una impresión análoga sobre este particular. Así por ejemplo, José Agustín de Llano, covachuelista conspicuo, confidente del ministro de Estado don Ricardo Wall (Coxe le llama "la pluma de Wall"), y no demasiado amigo de los jesuitas, escribiendo por entonces a su amigo y colega Azara le decía: "Lo del venerable Palafox, como se va enredando, es otra que tal. Fue famoso pensamiento el de unir la extinción de la Compañía de Jesús a la exaltación del Vene-

---

61. CARACCIOLI, *o.c.*, 58-59. *Vide supra* nota nº 25. La obra del marqués de Caraccioli tuvo 5 ediciones en francés, 3 en italiano y una en español, siendo el periodista Nipho el autor de la versión. Escribe el diarista LUENGO (*o.c.* 10 (1776) 265) que esta obra del marqués fue puesta en el índice romano de libros prohibidos, por decreto del 22 de abril de 1776.
62. LUENGO, *o.c.* 5 (1771) 215.
63. IDEM, 9 (1775) 440-41; IDEM, 3 (1769) 124: "El odio de Palafox, su rabia y su furor contra la Compañía de Jesús, es una virtud heroica y singular en juicio de los Carmelitas Descalzos, en el del presente ministerio de Madrid, y de muchas gentes de Roma". El subrayado es mío.

rable. Muchos conocimos el fin, y que era el medio de no hacer ni [lo] uno, ni [lo] otro" [64].

Y como colofón de esta serie de testimonios coetáneos, no podía faltar el del insigne Azara, el cual estaba persuadido, y así lo decía en sus *Reflexiones* —informe apasionado y zafio que incluso el citado profesor propalafoxista juzga "imprudente" [65]—, que la beatificación de Palafox no era una simple causa, de esas en las que todo se dirime en que haya "un santo de más o de menos. Es —afirmaba— la Causa de la Iglesia, de la supresión de la Compañía... [y] Roma no puede llegar a tener un negocio que le importe tanto sostener y decidir, como éste de la extinción de la Compañía y canonización de Palafox. *Esta justifica y confirma aquélla*" [66].

Pero una cosa es la atmósfera antijesuítica en que se debatía la contienda, y otra el por qué la causa palafoxiana encontraba en Roma tantas dificultades para progresar y llegar a feliz término, siendo así que contaba con tan poderosos medios y valedores. En un escrito anónimo, pero cuyo autor se sabe que fue el jesuita italiano Benvenuti, se leen estas líneas escritas desde el lado opuesto al del agente Azara, y en ellas radica, tal vez, la clave de la cuestión.

> "Si la causa de Palafox —declara Benvenuti— la hubieran promovido sus fautores por estima y devoción a las pretendidas virtudes de aquel Prelado, hubieran separado seguramente su causa de la causa de los Jesuitas. El expediente era fácil, y así se les sugirió. Pero habiéndolo rechazado, dieron a conocer que con la exaltación de aquel Prelado lo único que pretendían hacer era desacreditar y oprimir a los jesuitas.
>
> Muchos de éstos, que en el primer caso se hubieran callado, se vieron precisados a descubrir las máculas [magagne] de aquella causa, y redujeron las cosas a tal estado, que Roma, sin evidente peligro de desacreditar sus decisiones en un punto de tanta importancia, no puede canonizar a este Prelado" [67].

---

64. J. A. de Llano a Azara. Parma, 26 de enero 1722. AEER, legº 434; W. COXE, *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon* (6 vols.). París (1827), IV, 429; C. EGUIA RUIZ, *Los jesuitas y el motín de Esquilache*. Madrid (1947) 284-285.

65. F. SANCHEZ CASTAÑER, *Don Juan de Palafox, Virrey de Nueva España*. Zaragoza (1964) 157, nota nº 307. *Vide infra* nota nº 220.

66. IDEM, *El embajador... o.c.* 196. El subrayado es mío.

67. A. BENVENUTI, *Irreflexiones del autor de un folleto intitulado Reflexiones de las Cortes Borbónicas sobre el jesuitismo*. AL, Ms. 3-3-18, pág. 243. El P. Benvenuti era un livornés que, en sus tiempos de estudiante, tuvo que ser defendido (a causa de su "tibieza" hacia el aristotelismo) por Benedicto XIV ante el General P. Visconti. Como autor de las "Irreflexiones" fue perseguido por el embajador de España en Roma, Moñino, y tuvo que escaparse, no deteniéndose hasta Polonia. *Vide* MARCH, *o.c.* I, 107; PASTOR, *o.c.* t. 35, pág. 329; LUENGO, *o.c.* 7 (1773), II, 226; E. ROSA, *I Gesuiti*. Roma (1930) 370-371.

Como sería engorroso añadir más variaciones sobre el mismo tema, parece que, con lo expuesto, queda suficientemente justificado, y no resulta desquiciado el que yo sostuviera en mi libro que, durante la embajada de Roda en la ciudad eterna, tirios y troyanos tenían la idea de que el obispo Palafox había sido un enemigo irreconciliable de los jesuitas [68]. Acaso por esta fama (que no me la invento yo), se le utilizó como paladín del antijesuitismo; y acaso por lo mismo su causa de beatificación fue promovida *entonces* —lo dice el mismo Menéndez Pelayo— como *bandera* contra los jesuitas, por un grupo —o bando— de gentes, cuyos medios y fines para extinguir a éstos, valiéndose del nombre de Palafox, no dejan de ser interesantes, e históricamente instructivos.

Por lo que a mí respecta, espero y deseo que, después de esta explicación, le resulte más tolerable al citado profesor propalafoxista la "inexacta" y "tendenciosa" afirmación que hice cuando escribí que "la causa de Palafox, que acabaría por extinguirse, llegó a introducirse como *bandera* contra los jesuitas", a mediados del siglo XVIII.

OBJECION TERCERA

El mencionado profesor confiesa que ignora saber cuáles son las "verdaderas intenciones" que me mueven a recoger en mi libro algunas "opiniones no ciertamente propalafoxianas", y a manifestar otras "no menos tendenciosas", como la siguiente: "El obispo de Puebla [Palafox] había sido un enemigo acérrimo de los jesuitas, con los cuales había tenido en el siglo XVII un ruidoso pleito que fue sancionado por la Santa Sede a favor del prelado [69]. Palafox era un paladín del antijesuitismo, y en Madrid se le estimaba como uno de los protectores del real patronato en las Indias" [70].

Parece que al citado profesor le resulta intolerable cualquier opinión que no sea "ciertamente propalafoxiana", y exige precisiones y aclaraciones cuando se le antoja que —a su juicio— no queda tersa y sin mácula no ya la persona del Venerable (que por definición es *untouchable),* pero aun lo que ciertos hombres hicieron en el siglo XVIII con la —ilibada— fama póstuma de dicho prelado. Creo que en la Objeción anterior he dado alguna explicación rema-

68. P. SAINZ RODRIGUEZ, *Espiritualidad española.* Madrid, Rialp (1961), 231. "De entre tantos enemigos como en ella [en la historia de la Compañía de Jesús] se nos presentan, sólo Pascal y Palafox pueden disputar a [el dominico Melchor] Cano la palma de la pasión contra la gloriosa fundación de S. Ignacio".

69. En mi libro no especifiqué, ni ahora voy a entrar a detallar el alcance y los términos del fallo de la Santa Sede sobre este engorroso pleito que duró al menos siete años. *Vide* ASTRAIN, *o.c.* V, 407 ss.

70. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador... o.c.* 187.

chando el clavo del antijesuitismo de Palafox[71], y poniendo de relieve cómo algunos círculos políticos madrileños y romanos del setecientos consideraban a Palafox como "un paladín del antijesuitismo". En la presente Objeción voy a responder al citado profesor propalafoxista desde el ángulo del Regio Patronato.

Como no es esta la ocasión de explicar detalladamente los conceptos de "patronato" y de "vicariato", bastará decir que el Patronato Real arrancaba de la bula *Universalis Ecclesiae regiminis* (1508), de Julio II, y que en los mismos documentos pontificios de los siglos XV y XVI estaba ya en germen el fundamento del Regio Vicariato[72]. Si Portugal invocaba para su rey solamente el título de "patrono", en España creció juntamente la teoría del Regio Vicariato, según la cual el monarca español sería, además, una especie de Vicepapa o Delegado pontificio, con una serie de facultades suprapatronales que, un siglo después, reclamaría y se iría reservando para sí la Congregación de Propaganda Fide[73].

El rey de España fundaba y dotaba las iglesias del nuevo continente americano, lo que le constituía en *patrono*[74]. Tal prerrogativa le concedía no sólo el derecho de poner en ellas a sacerdotes idóneos que las atendieran, sino a percibir una parte de los bienes, o rentas, de las iglesias fundadas por él. Y quien dice "iglesias" puede referirse igualmente a la erección de diócesis y al nombramiento de los obispos que las administraran. Pero además, como *vicario*, creía poseer, al menos tácitamente, la delegación apostólica tocante a la evangelización y organización de las cristiandades de América, lo cual tampoco significaba una "supremacía", al modo anglicano, frente a la autoridad pontificia.

Tan compacta y ortodoxa era la organización del "gobierno eclesiástico bajo el Patronato Real", que tanto los Austrias como los Borbones no permitieron —hasta que llegó la emancipación de las Provincias Ultramarinas— la entrada en las Indias españolas de ningún nuncio del Papa, quien se limitaba a confirmar canónicamente a los candidatos presentados por el monarca español.

---

71. P. CHAUNU, *Pour un tableau triste du Méxique au milieu du XVII siècle.* En *Annales,* E.S.C. enero-marzo (1955) 84. Se refiere al *Diario* del mexicano Gregorio Martín de Guijo, en el cual éste analiza la Nueva España "du redoutable Palafox, évêque tout puissant de la Puebla, sur qui pourraient s'écrire des volumes entiers; il tient tête aux Jésuites, au Vice-roi, au monde entier". *Vide* M. ROMERO TERREROS, *Gregorio Martín de Guijo, 1648-1664* (2 vols.). México, Ed. Porrúa, 1953. *Vide supra* notas 37 y 68.

72. A. EGAÑA, *La teoría del Regio Vicariato Español en Indias.* Roma (1958) 24; A. HERA, *El Regio Vicariato de Indias en las Bulas de 1493.* En *Anuario Hist. Der. Esp.* Madrid, t. 29 (1959) 317-49.

73. P. LETURIA, *El Regio Vicariato de Indias y los comienzos de la Congregación de Propaganda Fide.* En *Span. Forsch. Görresgesell.* Münster, t. 2 (1929), 133-177; EGAÑA, *o.c.* 174-196.

74. El derecho de patronato era laical, no eclesiástico. *Vide* A. HERA, *El regalismo borbónico en su proyección indiana.* Madrid (1963) 112-31.

Bien es verdad que la expresión de "Vicario o Vicepapa", con todo lo que ella comportaba (que era nada menos que la total administración eclesiástica de Ultramar, controlada por el monarca español y su Consejo de Indias), siempre sonó mal en Roma, ya que ningún Papa había concedido este título *expressis verbis* a ningún rey de España, como había hecho en cambio Julio II con el Patronato Regio. Lo curioso es que la formulación inicial de la teoría vicarial nació en las Indias españolas entre los mismos teólogos misioneros, sobre todo franciscanos, y halló en Madrid un ancho eco que, andando el tiempo, iría adquiriendo resonancias netamente regalistas [75].

Este sistema continuó en vigor, y sin "contestación" alguna, hasta la creación de Propaganda Fide, en 1622. A través de este dicasterio, Roma comenzó a poner coto a la enorme extensión y poderío que el "Patronato-Vicariato" español tenía en las Indias, lo cual produjo, como reacción, otro movimiento de tipo centralizador, es a saber: que la Corona española fue obligando a los misioneros de las Ordenes religiosas a "devolver" paulatinamente al clero secular, los curatos y parroquias que aquéllos habían creado en las doctrinas misionales; y que trató de someter más y más a las Ordenes religiosas —sobre todo a las *exentas*— a la jurisdicción ordinaria de los Obispos [76].

Tal proceso de "secularización" (en la acepción que entonces tenía este vocablo: de que el clero "secular" fuera ocupando las misiones y parroquias regidas hasta entonces por los "regulares") no se consumaría jurídicamente hasta la publicación de la bula *Cum nuper*, dada por el papa Benedicto XIV el 14 de julio de 1751, y confirmada en sus dominios por el rey Fernando VI en 1757, pese a la resistencia de muchos religiosos regulares misioneros de las Indias españolas, que se negaban a dejar en manos de los sacerdotes seculares las parroquias y doctrinas que, con esfuerzos y sudores, habían cuidado y regido durante tantos años [77].

Al subir Carlos III al trono de España, la iglesia de la ciudad de México, regentada por canónigos y sacerdotes seculares, volvió a insistir sobre el cobro de los diezmos. En calidad de religiosos regulares, los jesuitas de Nueva España se defendieron presentando una Real Cédula de Fernando VI, obtenida en 1750 por los padres

---

75. LOPETEGUI - ZUBILLAGA, *Historia de la Iglesia en la América española*. Madrid, BAE (1955) 160-163.

76. J. BECKMANN, *La Congrégation de la Propagation de la Foi face à la politique internationale*. (Schöneck - Beckenried, 1963); M. DELUMEAU, *El catolicismo desde Lutero a Voltaire*. Barcelona, Labor (1973) 99-100. El informe de monseñor Francesco de Ingoli (1644) denunciaba los vicios y deploraba las corruptelas crecidas a la sombra del Patronato Regio y del escándalo del *placet* regio.

77. A. J. HERNANDEZ, *Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas* (2 vols.). Bruselas (1879) I, 500-503; EGUIA RUIZ, *o.c.* 102-104.

jesuitas Rávago y Altamirano, en la que se decía que los jesuitas estaban exentos de la obligación de pagar la *totalidad* de los diezmos (al igual que los demás religiosos mendicantes), porque se les rebajaba el *treinteno,* que venía a ser el 33 por ciento de la cuota total que debían satisfacer por este concepto, y se añadía además que no se daría decreto alguno contra ellos en este particular. Esto no obstante, en Madrid se falló a favor de la iglesia de México, y, como veremos más adelante, el debatido asunto de los diezmos mexicanos lo cancelaría Carlos III definitivamente por Real Cédula del 4 de diciembre del año 1766 [78].

La ocasión o motivo por el que Propaganda Fide se pronunció explícitamente en el asunto del Regio Vicariato se debió a la aparición, en 1629, del primer tomo de la obra titulada *De Indiarum iure,* de D. Juan de Solórzano y Pereira, verdadera manzana de discordia entre Roma y Madrid.

Recordemos de pasada que Solórzano y Palafox se conocían desde que ambos eran miembros del Consejo de Indias. Ambos respiraron el mismo ambiente "patriótico"; ambos colaboraron por mandato de Felipe IV en la recopilación de las Leyes de Indias [79], y Palafox cita en sus escritos a Solórzano con gran loa. Juntos formaron parte del tribunal designado en 1638 para dirimir las representaciones del jesuita misionero Ruiz de Montoya, justamente cuando estaba para salir a luz el segundo tomo de la obra de Solórzano, todo lo cual da pie para pensar al menos que Palafox podía tener algún conocimiento y noción del pensamiento y la mentalidad del ya "famoso oidor y docto canonista" [80].

La citada obra de Solórzano, que defendía el centralismo vicarial, con todas sus derivaciones y consecuencias prácticas, y que insinuaba fundamentalmente que los reyes de España, en calidad de "Vicarios del Romano Pontífice", adquirían potestad sobre los asuntos eclesiásticos de las Indias, fue tan calurosamente acogida por el Consejo de Indias, que la imprimió a su costa sufragando los gastos de la edición. Este libro denso y erudito significaba, en el fondo, un cambio de grado en la coloración regalista del pensamiento político centralizador, y al mismo tiempo la base ideológica sobre la cual el Gobierno de Madrid pasaría, insensiblemente, del *statu quo* de "Vicariato-privilegio", tácitamente vigente hasta entonces, a la nueva actitud de "Vicariato-regalía", como derecho de la Corona, con todo lo que esta concepción tenía —y tendría— de refuerzo del Patronato Regio, y de carga fiscalizadora de la autoridad pontificia, una vez convertida en "Regalía Soberana Patronal". De ahí el grito

78. Roda a Azara. Madrid, 18 de diciembre 1770. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234, I.
79. A. MURO OREJON, *El nuevo código de las Leyes de Indias.* (Madrid, 1929); BAE, t. 252, pág. XXXVIII.
80. ASTRAIN, *o.c.,* V, 571; BAE, t. 218, pág. 38; P. HERNANDEZ, *Un misionero jesuita del Paraguay en la Corte de Felipe IV.* En "Razón y Fe", t. 33 (Madrid, 1912) 216.

de "¡Viva el Rey, delegado pontificio en las Indias!", lanzado por algunos tratadistas [81].

Durante el decenio 1629-39, en que Solórzano preparaba el segundo tomo *De Indiarum iure*, el papa Urbano VIII, enfrentado con España por otras razones [82], se declaró repetidas veces contra la teoría del Regio Vicariato en las Indias, entendida e interpretada "a la española", y por eso Propaganda Fide consiguió que la obra de Solórzano, pese a la censura que previamente introdujo en ella el Consejo de Indias, fuera puesta en el Indice romano de libros prohibidos [83].

Precisamente en 1629, Felipe IV había ordenado a todos los Obispos de Indias hacer, ante escribano, un juramento "de no contravenir en tiempo alguno, ni por ninguna manera, a nuestro patronato real, y que lo guardarán y cumplirán en todo y por todo, como en él se entiende llanamente y sin impedimento alguno" [84].

La postura real se radicalizaba en unos momentos en que los roces entre Roma y el Consejo de Indias comenzaban a hacerse cada vez más rasposos y sensibles. El 9 de enero de 1634, es decir, cuando Palafox era oidor del Consejo de Indias, y nuevamente el 15 de junio de 1643, estando ya el Venerable en Nueva España, Propaganda Fide se pronunció contra la teoría vicarial [85], y sobre todo en abril de 1644 manifestó abiertamente que los reyes de España gozaban de las temporalidades de las mitras e iglesias vacantes de las Indias, es decir, seguían poseyendo y disfrutando del derecho de Patronato, pero no tenían delegación alguna espiritual en las Provincias de Ultramar.

Felipe IV, que ya en abril de 1643 había respondido implantando en las Indias el regio "exequatur" [86], ordenó a su Consejo que no diera el "pase" a las declaraciones de Propaganda Fide, ni al decreto

---

81. F. J. AYALA, *Ideas políticas de Juan de Solórzano*. Sevilla (1947) 37; M. GUTIERREZ ARCE, *Regio Patronato Indiano*. En "Anua. Est. Amer.", t. 11 (Sevilla, 1954) 15-16.
82. Q. ALDEA, *Iglesia y Estado en la España del siglo XVII*. En "Misc. Comillas", t. 36 (1961) 143-544.
83. P. LETURIA, *Antonio Lelio de Fermo, y la condenación del "De Indiarum iure" de Solórzano Pereira*. En *Hisp. Sacra*, I (1948) 351-85, II (1949); A. RODRIGUEZ VILLA, *La Corte y Monarquía de España en los años de 1636 y 1637*. Madrid (1886) 46. "A don Juan de Solórzano, que estaba imprimiendo su segundo tomo *De iure Indiarum* [sic], le han mandado quitar de él cuantas provisiones y cédulas reales iban en él a favor de los Indios".
84. LOPETEGUI - ZUBILLAGA, *o.c.* 721. Real Cédula del 15 de marzo 1629.
85. *Ibidem*, 153. Hubo otro documento de Propaganda Fide más explícito todavía, fechado el 19 de abril de 1644.
86. *Ibidem*, 721. Real Cédula del 25 de abril de 1643, intimando a todos los Obispos de Indias a que recogieran y no dejaran circular los breves del Papa y de los Nuncios, que hubieran pasado a Indias sin el "placet" del Consejo.

de condenación —"donec corrigatur" [87]— de la obra de Solórzano, que se propagó por España e Indias, con toda libertad, de suerte que, en la práctica, el "Patronato-Vicariato" se mantuvo firme en las Cédulas Reales, y bajo ese aspecto entraría, como veremos, en la nueva recopilación de las Leyes de Indias [88].

Es muy comprensible esta resistencia y este recelo del Gobierno de Madrid ante las injerencias de Propaganda Fide, si se tiene en cuenta que, durante más de un siglo, España había llevado ella sola todo el peso de la evangelización y organización de las misiones en sus provincias de Ultramar, y ahora se veía presionada y compelida a ceder el puesto a un organismo de creación reciente. Por otro lado, tampoco Roma se había manifestado hasta entonces de una manera oficial y explícita en este sentido, entre otras razones porque España era la nación que, "por diversos conceptos, más dinero enviaba a Roma" en aquellos tiempos [89]. Por otro lado estaba el hecho de que España, que de ordinario no invocaba para conservar y mantener sus privilegios indianos sino las concesiones pontificias, no buscaba con sus pretensiones la "supremacía" ni el aislamiento del Papa, al estilo anglicano, toda vez que el mismo Consejo de Indias estaba en contacto directo con Roma a través del embajador de España en la ciudad eterna. Pero todo esto tampoco era óbice para que la imposición del "exequatur", ordenada por Felipe IV en abril de 1643, dejara de ser una respuesta contundente a la tendencia de Roma a condenar cuantos libros se publicaran entonces en España, sobre puntos de controversia entre la jurisdicción civil y la eclesiástica [90].

Fue en este tiempo de enfrentamiento cada vez más aristado, entre Propaganda Fide y la teoría del "Patronato-Vicariato" (que comenzaba a afianzarse en España como *regalía de la Corona)*, cuando Palafox marchó a México y pasó allí casi un decenio.

---

87. Decreto de condenación de la obra de Pereira "mientras se corrija", del 20 de marzo de 1642. J. PEREZ TUDELA, *La política indiana y el político Solórzano.* Homenaje al Prof. C. Pérez Bustamante. Madrid (1970) III, 113. "Como se sabe, el *De Indiarum iure* fue incluido en el "Indice" romano, en razón del fervor regalista con que Solórzano allí defendiera el ejercicio del regio patronato indiano. Me guardaré mucho de considerar —añade— que ello sea una prueba contra la calidad ortodoxa de su fe, pues se trataba de una materia harto complicada con intereses y criterios ajenos en realidad al contenido del dogma. Sin embargo, espero que lo arriba expuesto ayudará a comprender esa sanción como algo no tan incidental y extraño, y sí por el contrario en cierta dependencia lógica con los cauces ideológicos por donde discurriera nuestro consejero". *Vide* también pág. 151, y sobre todo las páginas 155-159.

88. R. GOMEZ HOYOS, *La Iglesia de América en las Leyes de Indias.* (Madrid, 1916); M. GIMENEZ FERNANDEZ, *Las regalías mayestáticas en el Derecho Canónico indiano.* En *An. Est. Amer.* t. 6 (Sevilla, 1949) 799-812. *Vide supra* nota nº 79.

89. LOPETEGUI - ZUBILLAGA, *o.c.* 161 y 163; P. LETURIA, *El Regio Vicariato de Indias, o el apostolado seglar de los Reyes de España.* En *Rev. de la Expos. Misional.* Barcelona (1929) 625-630; Apud *El espíritu,* I, 308.

90. LETURIA, *Antonio Lelio... o.c.* 2 (1949), 61; OLAECHEA, *Las relaciones... o.c.* II, 632.

Señalo la conexión entre la partida y estancia del Venerable en Nueva España, sus relaciones personales con Solórzano, y las resonancias de la teoría patronal-vicarial, porque precisamente esta tesis, entendida como regalía (y no como concesión), se abriría un campo cada vez más ancho en la práctica forense y administrativa. Ello se pudo ver, sin ir más lejos, en el ruidoso pleito sobre las licencias surgido entre Palafox y los jesuitas de Puebla, en el cual, el abogado de aquél, don Fernando Ortiz de Valdés, esgrimió precisamente la teoría vicarial en defensa del obispo angelopolitano y de su actuación en Nueva España [91].

El "vicariato", era, pues, una especie de atributo que se arrogaba la Corona española, a cuya protección se acogían los Obispos que habían jurado guardar estrictamente el Real Patronato en sus diócesis indianas, a fin de obtener las "ejecutoriales". Como una consecuencia de esta legacía apostólica, que presumía poseer el monarca español, debe reputarse el que las determinaciones regias fueran equiparadas a las letras apostólicas, según sostenían varios Obispos de Indias, entre los cuales estaba Palafox [92].

Recuérdese que el cortesano Alvarez de Abreu no había estampado todavía la frase de que los reyes tienen, "por divino Instituto, el venerado carácter de Vice-Dioses en la tierra, no sólo en cuanto al gobierno temporal, sino también para el espiritual, por lo respectivo" a las Indias [93]; ni Carlos III había implantado en España la "Regalía Soberana Patronal". Esto no obstante, ya en pleno siglo XVII, el obispo Palafox, cuyo patriotismo no le permitía separar algunos cánones del Concilio de Trento (sobre todo aquellos que protegían la jurisdicción episcopal) de las ordenanzas contenidas en las Cédulas Reales, sostenía también que la mejor forma de ensalzar y dar prioridad a lo eclesiástico era protegiendo "el Real Patronato, cuyos derechos se deben conservar —decía— con gran cuidado, como la joya más inestimable" que tenían las provincias y diócesis indianas [94]. En 1647, dirigiéndose a Felipe IV escribía Palafox estas palabras que dan margen a la consideración:

> "Ministro soy, Señor, de Vuestra Majestad antes que obispo, [y] nunca por la jurisdicción espiritual lastimaré a la temporal... Lo que aquí a Vuestra Majestad escribo, Señor, no es por amor a la mitra, que ni la pedí ni la amo, ni me granjeó

91. EGAÑA, *o.c.* 165.
92. *Ibidem*, 243.
93. M. GIMENEZ FERNANDEZ, *Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispano-américa*. Sevilla (1947) 24. Antonio Alvarez de Abreu, marqués de la Regalía, había escrito la obra *Víctima real legal* (Madrid, 1726 —la frase citada en la página 26), con vistas a situar a sus familiares en las sedes episcopales indianas, y en ella lisonjeaba a Felipe V anteponiendo al título pontificio para la evangelización en Indias, su venerado carácter real, por institución divina, de vicedioses en la tierra. *Vide infra* nota nº 106.
94. BAE, t. 218, pág. 139.

comodidades, ni riquezas, ni descanso... La honra y la aprobación de Vuestra Majestad en hacerme esta merced, es joya inestimable..." [95].

Se hace comprensible que Palafox pudiera poner tal carga de convicción —o de adulación— en estas líneas escritas en unos momentos angustiosos, en que necesitaba perentoriamente la aprobación y el respaldo real para poder continuar en Nueva España. Sin embargo, parece que este modo de pensar era habitual en el prelado y formaba parte de su estructura mental, pues él mismo cuenta, refiriéndose a otro momento más reposado pero no menos serio, que estando en cierta ocasión orando ante un crucifijo, exclamaba: "¿Es posible que he de resistirme a cosas que ordena Dios? ¿No lo representa el Príncipe?" [96].

El promotor de la fe Mons. Erskine, comentando este último rasgo, y, a través de él, lo lejos que estaba el prelado de practicar las virtudes en grado heroico, se atrevió a escribir estas líneas en su alegato fiscal:

> "Más aún, no puede haber nadie, según esto, que no entienda lo siguiente: que el Ven. Palafox se propuso en todo el sistema o plan de su vida, no tanto la voluntad y el servicio de Dios, como el favor o la gracia del Rey" [97].

El pleito más estrepitoso de Palafox con los jesuitas mexicanos —el de las licencias— vendría, además de ciertas razones personales concretas, como consecuencia del choque de unas fuerzas muy poderosas. Y es que bajo el pretexto colorado de la denegación de unas licencias para confesar y predicar, latía otro problema político-religioso de mucho mayor calado: el antagonismo entre la "exención" de los Jesuitas, directamente vinculados a Roma, y la "jurisdicción" de un Obispo, dependiente y protegido por el Regio Patronato, cuya

---

95. *Ibidem*, 82. Ciertas frases de esta carta de Palafox recuerdan (sin comentario) estas otras que el cardenal Bernis escribió desde Roma al ministro Vergennes, el 21 de marzo de 1786: "J'ai deux maîtres, dont l'un est Dieu et l'autre le Roi, et je n'en aurai d'autre. Le Papa est le chef de notre religion; les cardinaux sont ses électeurs et son conseil", Apud F. MASSON, *o.c.*, 443, nº 2.

96. PALAFOX, *Obras* (15 vols.). Madrid (1762) VI, 196. Sobre el significado —y contexto— de la frase: "El rey, Vicario de Dios", *vide* L. IZAGA, *Evolución de la democracia en la España del XVII*. En Est. Deusto, Ene-jun. (Bilbao, 1957) 34 ss. J. Olóriz al P. Osma. París, 22 octubre 1769. AHN, *Estado*, legº 2872. "S. M. el Rey, como nuestro Vice-Dios, es el lugar teniente del Señor en la tierra"; A. Cubillas a F. Rivera. Madrid, 16 de setiembre de 1769. ACC, 37-24. "Esta obediencia al Soberano le viene al hombre por la religión, y por eso los enemigos del Rey son enemigos de Dios, y Dios se da por servido y obsequiado en el cielo de los que, a su nombre, sirven al Rey como a su Christo en la tierra".

97. ERSKINE, *o.c.* 62. "Quin immo, ex hoc nemo potest esse, qui et illud non intelligat, Ven. Palafoxium in omni vitae suae ratione non tam Dei voluntatem servitiumque, quam regis gratiam sibi proposuisse".

sede radicaba en Madrid [98]. Sin embargo, a ninguna de las dos partes litigantes dio tan triste fama el pleito surgido con anterioridad en torno a los *diezmos;* pleito de —aparente— menor cuantía, a juzgar por el corto espacio que le conceden los libros, en comparación con el de las "licencias", pero de contenido histórico igualmente significativo, porque en él se terciaban, de modo parejo, valores políticos importantes, e intereses de tipo económico-social, de dominio y de poderío por "derecho divino"; pleito que, en una perspectiva histórica, es inseparable del de las licencias, por tener igual foco de origen, idéntica dirección complementaria, y el mismo objetivo final, pues volvería a plantearse —como dijimos y volveremos a ver [99]— a mediados del siglo XVIII, pero esta vez henchido por el soplo de un regalismo concentrado, que vería en Palafox uno de los pioneros defensores del Regio Patronato-Vicariato indiano.

En los Austrias españoles no aparecía, como en los Borbones del siglo XVIII, la tendencia a incrementar, por motivos regalistas, la potestad originaria de los Obispos con detrimento de las prerrogativas del Papa; ni consideraban con tan exacerbada sensibilidad que la "exención" de las Ordenes religiosas, directamente vinculadas a Roma y no a los obispos Ordinarios, significara un fomento de las "regalías pontificias" como antagónicas a las "regalías de la Corona", y a la jurisdicción de los Obispos. Signo y viento de la época fue el ir buscando paulatina y sistemáticamente los medios de arrebatar a los religiosos regulares tales privilegios, ya sea dando más auge a los prelados, en orden a la creación —tácita— de una "Iglesia nacional", ya sea separando a las corporaciones religiosas del gobierno de Roma y dándoles superiores nacionales, o simplemente suprimiéndolos, como se hizo con la Compañía de Jesús [100]. El ministro Roda, comentando esta política con su colega Moñino, le decía:

> "Conozco lo que Vm me dice de que los religiosos regulares son las tropas auxiliares de Roma, y siente mucho esa Corte que se debiliten sus fuerzas. Por lo mismo, *los que piensan bien y a favor de la Religión y del Estado, desean mucho que se les contenga, y se reprima su demasiado poder e influjo* en la República Eclesiástica, donde no tienen carácter alguno, sino

98. M. HERNANDEZ, *Historia Universal de América* (2 vols.). Madrid (1963) II, 93-95.

99. *Vide infra* notas nº 153 y ss.

100. LOPETEGUI - ZUBILLAGA, *o.c.*, 921-922; V. RODRIGUEZ CASADO, *Notas sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado en Indias en el reinado de Carlos III.* En Rev. Indias, nº 43-44, t. 11 (1951) 89-110. Roda a Azpuru. Aranjuez, 11 de junio 1771. ARSI, *Hist. Soc.* lib. 234. "S.M. dice que no se le da nada que el Papa declare lo que mejor le parezca, pues así estará S.M. seguro de su conciencia, y sin los escrúpulos que le causan las disputas que continuamente se mueven sobre los derechos parroquiales. Pero que, *por su dictamen, todo lo restituiría al derecho nativo de los Obispos, que es lo que su Real ánimo siempre favorece*". El subrayado es mío.

el de *coadjutores de los curas y Obispos, a quienes oprimen con sus exenciones y privilegios.*

No necesito probarle este punto, sobre el que han escrito los varones más píos y celosos del bien de la Iglesia, pues *no es asunto sólo de los políticos y los regalistas*" [101].

Los jesuitas de Nueva España estaban, por constitución de su Instituto, no sólo exentos de la jurisdicción de los Ordinarios, sino que vivían un tanto despreocupados del Regio Patronato, cuyas cédulas y ordenaciones no solían estar demasiado vigentes en la organización de sus misiones, y por eso ponían cierta resistencia a las visitas de los Ordinarios eclesiásticos [102]. No es que negaran o rechazaran el Patronato; lo reconocían sí pero no fervorosamente, sino de una forma vaga y lejana, como si se tratara de una organización que poco o nada tuviera que ver con ellos, directamente dependientes de sus Superiores de Roma, aunque se aprovechaban en sus misiones apostólicas de las ventajas que les concedía el monarca español, dueño y señor del Patronato [103]. Por el contrario, la casi totalidad de los Obispos de Ultramar encontraban natural, y estaban cada vez más persuadidos de que el rey de España, al que debían la mitra, era un árbitro tan absoluto para quitar las doctrinas misionales a una Orden religiosa y dárselas a otra, como para secularizarlas cuando, a juicio de los Ordinarios, hubiera suficiente número de sacerdotes seculares capaces de atenderlas.

Tal persuasión, fomentada desde el tiempo de Palafox (y no por razones puramente tridentinas, sino más bien regio-patronales) [104], se había convertido en un hecho admitido, consuetudinario, que —pese a las resistencias de los religiosos— sería sancionado, como ya dijimos, por Benedicto XIV el año 1751, y confirmado por Fernando VI en 1757, de suerte que uno y otro dirimieron esta cuestión

---

101. Roda a Moñino. Pardo, 2 de marzo 1773. AEER, legº 436. Subrayado mío. Roda a Azpuru. Escorial, 19 noviembre 1771. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Si por el Rey fuera dejaría a todos sus súbditos sujetos a los Obispos y a los curas, porque ésta es su máxima favorita". Idem eidem. Escorial, 26 de noviembre de 1771. *Ibidem.* "Todo consiste en la máxima que, tengo dicho a Vm., lleva el Rey: de favorecer la jurisdicción de los Ordinarios diocesanos".
102. F. GAINZA, *Facultades de los Obispos de Ultramar.* Madrid, Aguado, 1877; B. RAMIREZ CAMACHO, *Privilegios de los Jesuitas en las visitas pastorales.* Bol. del Arch. Gen. de la Nación. México, D.F. 8 (1967) 47-108; ASTRAIN, *o.c.* V, 433 y VI, 388-389.
103. Roda a Azara. Madrid, 18 de diciembre de 1770. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Lo que quiso el Rey se escribiese a Azpuru, para que lo hiciese saber al Papa, es que sólo de los subsidios que daba S.M. a los Jesuitas para sus Misiones, consta haberle usurpado éstos dos millones y medio de pesos fuertes en México, sin contar los caudales de los Particulares, que también invertían en otros fines". *Vide infra* nota nº 159. Roda se refiere aquí, sin duda, a los atrasos, que el embajador danés Larrey hacía subir a 22 millones y medio. *Vide* nota nº 167.
104. EGAÑA, *o.c.* 234.

a favor de los Obispos de Indias [105], y de rechazo en beneficio del Patronato Regio.

Esto significa también que, para entonces, se habían introducido en la actuación del Gobierno español otras ideas y procedimientos declaradamente regalistas. Ya en 1726, Alvarez de Abreu, marqués de la Regalía, había escrito sobre la potestad que asistía al monarca hispano para percibir los diezmos, aun espirituales, y ello le parecía así, por la razón evidente de que S.M. el rey —argüía— "podía proceder con toda seguridad en la práctica y uso de la regalía de este Vicariato".A la objeción de que tal autoridad vicarial era inaudita, respondía que dejaba de serlo para quien considerara que los reyes "tenían, por divino Instituto, el venerado carácter de Vice-Dioses" [106].

En 1737, Pedro de Hontalva lanzó su *Manifiesto canónico-legal,* otra pieza más en defensa del vicarialismo regalista. El *Manual-compendio del Regio Patronato indiano,* publicado en 1755 por el poblano Antonio Joaquín de Rivadeneira, y dedicado a Fernando VI, constituyó otro paso firme en esta dirección, ya que después del Concordato de 1753 los reyes de España podían considerarse "dueños de los diezmos, y señores absolutos de la Iglesia de Indias" [107]. Dos años antes, Pedro Rodríguez Campomanes, todavía simple abogado meritorio, había publicado un *Tratado de la Regalía en la Iglesia de España* [108], con la particularidad de que este escrito iba dedicado al jesuita P. Rávago, confesor de Fernando VI, detalle éste que evidencia —como he indicado en otro lugar [109]— que el regalismo del equipo ministerial de este monarca era tan "genuino" y de tan buena aleación regalista, que no tenía nada que envidiar al regalismo de los colaboradores de Carlos III (únicos en practicar este tipo de política, según ha repetido erróneamente cierta clase de literatura), porque tan regalistas como Roda, Moñino y Campomanes eran Carvajal y el dúo Ensenada-Rávago.

Todos estos fermentos y tendencias fueron preparando la cristalización de la Regalía Soberana Patronal, y sobre este terreno se mani-

---

105. LOPETEGUI - ZUBILLAGA, *o.c.* 862. Real Cédula de Fernando VI del 23 de junio de 1757. *Vide supra* nota nº 77. Evidentemente cuando habían caído el marqués de la Ensenada y el P. Rávago.

106. A. HERA, *Alvarez de Abreu y la naturaleza jurídica de los diezmos en Indias.* Actas del III Congr. del Inst. Internacional Hist. del Derecho Indiano. Madrid (1973) 803-826. *Vide supra* nota nº 93.

107. OLAECHEA, *Las relaciones... o.c.,* I, 133-165; GIMENEZ FERNANDEZ, *Las doctrinas populistas... o.c.,* 27.

108. Campomanes a Rávago. Madrid, mayo de 1753. ACC, 60-68, 37 págs. Ofreciéndole y dedicándole la obra, cuyo texto manuscrito está en ACC 60-10. P. RODRIGUEZ CAMPOMANES, *Tratado de la regalía de España, o sea el derecho real de nombrar a los beneficios eclesiásticos de toda España, y guarda de sus iglesias vacantes, para mejor inteligencia del novísimo Concordato del 11 de enero de 1753.* París (1830) XXXI + 238 páginas.

109. R. OLAECHEA, *El anticolegialismo del Gobierno de Carlos III.* En Cuad. de Investig, 4 (1976) 35-60.

festaría decididamente "la conciencia vicarial que de sí mismo tenía Carlos III". Preocupado desde su llegada a España por la administración de las Indias, mandó formar, por Real Orden del 8 de marzo de 1765, un nuevo código de las Leyes de Indias, y poco después, por una Real Cédula del 14 de julio del mismo año se proclamó explícitamente, y por primera vez entre los monarcas españoles, "Vicario Delegado del Pontífice en las Indias" [110].

Durante los años que Roda estuvo de embajador en Roma, y también después, las ideas regalistas sobre la teoría vicarial corrían abiertamente por las esferas ministeriales de Madrid; y a esas ideas se sumaba el antiguo movimiento (engrosado ahora por los acontecimientos de las Reducciones jesuíticas del Paraguay) en favor de la secularización —e incorporación al Patronato Regio— de las misiones de los regulares, y concretamente de los jesuitas [111], cuya tenacidad en defender sus privilegios y exenciones, frente a la jurisdicción de los Ordinarios en ese sector, había denunciado enérgicamente el obispo Palafox, convertido en héroe por el aura antijesuítica reinante.

* * *

Por una serie de razones que no vienen al caso, este antagonismo secular se puso al rojo vivo a raíz del llamado "motín contra Esquilache". El 21 de abril de 1766 se decretó una *pesquisa secreta* para investigar las causas y descubrir los autores de dicho tumulto; y en junio del mismo año fue creada una Sala Especial, o Consejo Extraordinario, que entendiera exclusiva y secretamente de este asunto. Lo curioso del caso es que la tal pesquisa fue polarizando sus actividades en una doble dirección cada vez más concreta: en buscar pruebas acusatorias contra la Compañía de Jesús de España; y el debilitar y aniquilar conjuntamente la poderosa coligación de los colegiales mayores, aspecto éste que aquí no nos interesa [112].

Durante la primavera y el verano de 1766 se esparcieron por todo el país rumores de que los jesuitas habían sido los instigadores del motín de Madrid [113], y estaban en conexión con los cabecillas de los

110. EGAÑA, *o.c.* 256.
111. G. KRATZ, *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias.* Roma (1954) 197-213; F. MATTOS, *El tratado de límites con Portugal y las Misiones del Paraguay.* En Missionalia Hispanica, t. 6 (1949) 319-379; IDEM, *La Guerra Guaranítica y las Misiones del Paraguay. Ibidem,* 9 (1952) 75-121; IDEM, *Pedro Cevallos, Gobernador de Buenos Aires, y las Misiones del Paraguay. Ibidem,* 10 (1953) 313-375; IDEM, *La anulación del Tratado de límites con Portugal de 1750 y las Misiones del Paraguay. Ibidem,* 11 (1954) 523-564.
112. *Vide supra* nota nº 109.
113. BLANCO WHITE, *o.c.* 340-341; EGUIA RUIZ, *o.c.* 46, 134, 159-160, 371-373; M. DANVILA, *Reinado de Carlos III* (6 vols.) Madrid (1891) II, 599.

motines que casi simultáneamente habían estallado en provincias. Tampoco cesaron de aparecer cartas ciegas, pasquines y papeles anónimos, dirigidos a personas influyentes, en los cuales se pedía el pronto extrañamiento de los jesuitas. En uno de estos anónimos se decía:

> "Si al presente no se aplica el remedio que Francia ha empleado, *y [que] Palafox ya aconsejó*, no acabarán en España las grandes revueltas; y al fin propuesto no se llegará sino por un golpe dado con mano maestra" [114].

Otro de estos papeles, dirigido a monseñor Climent, obispo de Barcelona, le instaba a que elevara al rey una moción contra los jesuitas. El anónimo opinaba que, en dicha instancia, el prelado no tendría nada nuevo que añadir

> "*que no estuviera ya expresado por Palafox* en su carta dirigida a Inocencio X, es a saber: que los jesuitas fueron siempre los mismos, es decir, siempre malvados; que la Compañía es una sociedad la cual, en virtud de sus constituciones, es perjudicial a la religión, nefasta para el Estado, y *esencialmente* incorregible" [115].

Blanco White, que en este punto hablaba por boca de Jovellanos (confidente a su vez de Campomanes) realza la escrupulosidad y religión de Carlos III [116]. Antes de tomar cualquier medida que afectara a los intereses de la Iglesia en sus dominios, necesitaba contar con la aprobación de su confesor, a quien había concedido la superintendencia de "todos los beneficios [eclesiásticos] vacantes en las Indias" [117], importante facultad que le permitía colocar en

---

114. AGS, *Gracia y Justicia*, legº 1009. Copia. El subrayado es mío.
115. PASTOR, *o.c.* t. 36, pág. 402. "¿No será —añadía el anónimo— un estricto deber de los prelados elevar esta demanda? Mas ni Atanasio, ni Palafox encontraron entre sus colegas episcopales quienes les secundasen. Con su vergonzoso silencio han fomentado los prelados la malicia de esta perversa Sociedad". El primer subrayado es mío, no el segundo. Hace falta estar bastante ayuno de Historia Eclesiástica, pero muy lleno de mala retórica, para comparar sólo la materialidad —y no la causa— de las persecuciones de san Atanasio (Roda parangonaba además de las persecuciones, también la doctrina de san Juan Crisóstomo) con las de Palafox. Roda a Wall. Roma, 26 de febrero de 1761. AHN, *Estado*, legº 2843, 1. "Pero ninguna persecución más sobresaliente que la de nuestro Venerable, de quien no duda el sabio cardenal Aguirre afirmar que padeció, por especial providencia y permisión de Dios, un incruento martirio, como san Juan Crisóstomo, a quien —dice— fue semejantísimo en la doctrina, celo, elocuencia, vida apostólica y heroicas virtudes...".
116. BLANCO WHITE, *o.c.* 337-340.
117. Larrey a Bernstorff. Madrid, 13 enero 1766. RTKUA, *Spanien*, B, 25. Cifra. "Le P. Confesseur du Roi vient d'obtenir de ce Prince la faculté de nommer à tous les bénéfices vacants aux Indes. C'est un nouveau pas qui ne laisse pas d'être assez signifiant. Je suis qu'il n'influe guères sur la machine générale

dichos puestos a clérigos seculares no demasiado "afectos" a los jesuitas. Es evidente que Carlos III consultó con el P. Osma el proyecto de la expulsión de éstos [118]; y por otro lado, este fraile influyente, animado por el ministro Roda, había tomado con mucho calor el asunto de la beatificación de Palafox. de suerte que "instó y apremió" al rey para que la apoyara con todo el peso de su autoridad e influencia [119].

A raíz de los motines de 1766, Roda, Campomanes, el P. Osma y otros personajes influyentes fueron extendiendo por toda España rumores de que los jesuitas habían sido los instigadores de tales tumultos, y, con el pretexto de la "pesquisa secreta", se las arreglaron "para reunir todas las informaciones que pudieran excitar la ira real contra la Institución" de los jesuitas, que ellos habían determinado exterminar. Volvieron a sacar a la luz pública "la polémica sobre la conducta del venerable Palafox" con los jesuitas, y llamaron "la atención del rey y del pueblo sobre la célebre carta [Inocenciana], en la que el prelado describía las maquinaciones de los jesuitas en Sudamérica, y que el partido de éstos había condenado" a las llamas en 1759, siendo rehabilitada al año siguiente [120]. También se persuadió al P. Osma, "que jamás lograría la beatificación del venerable Palafox, tan deseada de él, mientras existiese la Compañía de Jesús" [121]. Los carmelitas descalzos, postuladores natos de la causa del Venerable, que acababan de conseguir en Roma la aprobación de nuevos escritos de dicho prelado, y trabajaban denodadamente para poner en los altares a este "enemigo ostensible de la Compañía

---

et politique, mais il relève le crédit de ce moine et de son Ordre, et semble annoncer le panchant du monarque espagnol pour finir par la dévotion.
Si depuis la retraite de Mr. Wall je n'ai plus fait mention de ce Confesseur c'est que heureusement pour l'Espagne, il n'a point aspiré à se mêler des affaires d'Etat. Personne ne l'a poussé à se mêler, et comme il n'a ni beaucoup de capacité ni beaucoup de genie, il ne se sert de son crédit et du pouvoir de son poste que pour les affaires de l'eglise. Lors de mon arrivée en Espagne, on connoissoit à peine le P. Osma; il marchoit la tête baissée et personne ne le recherchoit, mais maintenant tout le monde lui fait sa cour, et je ne garantirai point qu'il ne devienne sur la fin du règne de Charles III ce qu'étoit le P. La Chaise dans les derniers temps de celui de Louis XIV".

118. *Idem eidem.* Madrid, 20 de abril 1767. *Ibidem,* 26. Cifra. "Ce Prince ne reçoît qu'avec amertume une paréille représentation, soit mouvement de piété ou simple compassion, soit cette pusillanimité qui s'est déjà plus d'une fois opposé à sa vraie gloire, et il combat long temps le parti qu'on lui propose et *est sur le point de le rejetter sans* les persuasions du P. Osma, son confesseur"; Roda a Tanucci. Aranjuez, 23 de junio de 1767. Apud. DANVILA, *o.c.* III, 637. "La justicia, equidad, moderación y el respeto a los eclesiásticos (virtudes características en el Rey) *le infundieron posar y repugnancia* a la providencia que el Consejo Extraordinario, después de un maduro y serio examen [...] consultó a S.M. para que la aprobase, confirmase y mandase llevar a debido efecto, extrañando a los Jesuitas de los Dominios de S.M. y ocupando sus temporalidades". Los subrayados son míos.

119. BLANCO WHITE, *o.c.,* 337-340; COXE, *o.c.,* V, 66.

120. BLANCO WHITE, *o.c.,* 338-341.

121. *Ibidem,* 336-341; PASTOR, *o.c.,* t. 36, págs. 367 y 376.

de Jesús" [122], presentaron a los pies del trono acerbas acusaciones contra los jesuitas, y el 23 de noviembre de 1766 el conde de Aranda exigió a Roda, en calidad de juez de imprentas, que se le enviara la traducción de *la Inocenciana* de Palafox, hecha por un canónigo llamado Pérez, para que se le pudiera conceder la debida licencia antes de ser publicada [123].

Por aquellas mismas fechas, el P. Vázquez, General de los Agustinos, apremiaba desde Roma a su amigo Roda a que acelerara la expulsión de los jesuitas. A su juicio, uno de los mejores medios para ganarse la opinión pública, y preparar el terreno a fin de que dicha medida fuera bien recibida por todos, consistía en dar a conocer la célebre *Inocenciana.*

> "La carta de Palafox —le decía— es uno de aquellos documentos que habría de ser difundido en cantidad ilimitada, para ilustrar a los ciegos europeos y americanos, y disponerlos a acatar como justificada cualquier medida que el Gobierno adopte para con aquellos que, con disfraz de piedad, han infringido hasta el presente todas las leyes divinas y humanas... De esta guisa se abrirá paso por doquier la luz de la verdad" [124].

Tales planes y designios serían corroborados, más tarde, por el testimonio del jesuita napolitano Sánchez de Luna, el cual, escribiendo desde Roma al P. Idiáquez, le decía:

> "La causa de la Compañía y la del Oxomense *[Palafox]* son tan opuestas entre sí, que para destruir la primera se hizo entrar, en el empeño de la segunda, al grande y pío Rey de España Carlos III, el cual jamás quiso firmar la célebre Pragmática de extrañamiento de los Jesuitas de España, hasta que se le hizo ver, con la carta de Palafox al Papa Inocencio X, el proyecto de la destrucción de la Compañía" [125].

Confirmando las palabras de su cofrade napolitano, anotaba por su lado el diarista Luengo en 1789: "El Ilmo. fray Juaquín [sic] de Osma, o Eleta, confesor del Rey, era, sin la menor duda, uno de los hombres más encaprichados en canonizar a Palafox, por hacer mal a los jesuitas, y a instigación suya principalmente entró con fuerza en este empeño el mismo monarca Carlos III" [126]. Todavía en 1807, es decir, a los cuarenta años de haber sido expulsado de España, escribía el mismo Luengo al hilo del recuerdo:

---

122. DANVILA, *o.c.*, II, 224; III, 673.
123. PASTOR, *o.c.*, t. 36, pág. 367, nº 5. *Vide infra* nota nº 165.
124. *Ibidem.*
125. G. Sánchez de Luna a F. X. Idiáquez. Roma, 13 de octubre de 1786. Apud LUENGO, *Papeles Varios*, AL, t. 16, págs. 125-126.
126. LUENGO, *Diario*, 23 (1789) 279; BLANCO WHITE, *o.c.*, 335-336.

"Llegó el caso de que se pensase en España en abatir a los jesuitas, y al instante se pensó en ensalzar a Palafox. Se le inspiró una devoción muy grande hacia él al sencillo monarca Carlos III, se reimprimieron sus obras, aun las que habían estado condenadas, y todo se puso en movimiento para llevar a cabo su causa de beatificación.

En suma, se hizo mirar como una cosa de sumo honor para España la beatificación de este obispo; se suponía que no se llegaría a conseguir dicha beatificación mientras tuviese algún poder la Compañía, y se concluyó que era forzoso abatirla y arruinarla" [127].

Ya sabemos cómo el Consejo Extraordinario fue preparando, con secreto pitagórico, el decreto de expulsión de los jesuitas de todos los dominios de la Corona de España, cuya ejecución se llevó a cabo a partir del 1º de abril de 1767. Pues bien, durante los últimos meses de 1766 y los primeros de 1767, ocurrieron al menos *tres hechos* que atañen directamente al punto que estamos tratando en esta Objeción, es a saber: Patronato Regio, Palafox y Jesuitas.

* * *

Mientras se preparaba en Madrid la pragmática de extrañamiento de los jesuitas, el ministro Roda buscó el respaldo de la Jerarquía eclesiástica, y dirigió a los Obispos de España una circular pidiendo su dictamen acerca de la proyectada expulsión y —claro está— la consiguiente "aprehensión de sus temporalidades". Parece que sólo nueve prelados respondieron al requerimiento de Roda, con la particularidad de que su parecer era plenamente favorable a la expulsión [128]. Pero hay tres respuestas que se distinguen de las restantes por un rasgo específico, y este rasgo común consiste en que esta terna de prelados apela, cada uno por su lado, al testimonio de Palafox para respaldar su dictamen favorable a la expulsión.
En la respuesta de don Felipe Bertrán, obispo de Salamanca, encontramos, entre otros, el siguiente párrafo:

"El espíritu de los Regulares de la Compañía es, a juicio de todo el mundo, contenciosísimo, inflexible, e incapaz de ceder ni interior ni exteriormente. Todo lo quieren atraer hacia sí, hasta la misma Iglesia, pretendiendo que resida en ellos solos. Hacen frente y oposición a los Obispos y Vicarios Apostólicos. Están infamados de gravísimos excesos, y no por personas ma-

127. LUENGO, *Diario*, 41 (1807) 234.
128. R. OLAECHEA, *En torno al exjesuita Gregorio de Iriarte, hermano del conde de Aranda*. En *Arch. Hist. Soc. Iesu*, t. 33 (Roma, 1964) 183-184. Sólo me ha sido dado el encontrar las respuestas de los obispos de Lugo, Vich, Barcelona, Palencia, Salamanca, Avila y Tarazona. AHER, legº 216. Copias.

lévolas o impías, sino por sujetos los más autorizados, y dignos de ser colocados sobre los Altares, como por ejemplo don Juan de Palafox" [129].

El obispo de Barcelona, don José Climent, no dirigió su respuesta al ministro Roda, sino directamente al mismo Carlos III, y en ella le decía:

"Por lo que toca a los Jesuitas, están tan llenos o armados de privilegios y exenciones, que se contemplan y obran como exentos de la jurisdicción episcopal, y aun presumen y se glorían de tener en la Iglesia más facultades que los mismos Obispos. Tampoco ignoro que, en semejantes casos, el Ven. Obispo de Puebla, don Juan de Palafox, y otros prelados recurrieron al Papa, pero fuera de que consta haber sido aquellos recursos muy costosos y ruidosos, atendidas las circunstancias del presente tiempo, entiendo que el paso sería infructuoso. Así he estado algunos días indeciso y acongojado hasta decidirme a representar a V.M. lo que pasa, para que se digne tomar aquella providencia que se juzgue más eficaz y oportuna" [130].

Don José Cayetano de Luaces, que a imitación de Palafox solía firmar sus Pastorales llamándose a sí mismo "indigno Obispo de Palencia", dirigió asimismo su respuesta a Carlos III, y en ella manifestaba que, ya sin el requerimiento del ministro Roda, "las obligaciones de su ministerio pastoral, y las de un fiel vasallo, le precisaban recurrir al trono" por un asunto de sumo interés para la Iglesia y la Monarquía española. Y este recurso suyo al monarca era tanto más natural y obligado, cuanto que no era fácil ni posible recurrir al presente, como en tiempos de Inocencio X, a la Curia de Roma, que estaba "más que nunca a favor de la Compañía"; pero si, por un lado, estaban cerradas las puertas del santuario, por el otro, en cambio, les quedaba a los Obispos de España "el imponderable consuelo de hallar muy abiertas las del Trono", tan gloriosamente ocupado por el soberano Carlos III.

Por eso, trasladando "de su puño al papel" aquellos sentimientos que tenía en lo más íntimo de su corazón, solicitaba del monarca "el más pronto remedio de los daños que la Religión de la Compañía (llamada de Jesús) causa en estos Reinos. El pensamiento mío, para expresarme de este modo —añadía—, es el mismo que, para el bien universal de la Iglesia, expuso inimitablemente a la Silla Apostólica el celo tan distinguido del Ven. Dn. Juan de Palafox, como muy digno autor del soberano afecto y patrocinio de Vuestra Majestad".

A juicio del prelado palentino, no había *cuerpo* alguno que más hubiera necesitado y estuviera al presente tan menesteroso de re-

129. F. Bertrán a Roda. Salamanca, 10 de abril de 1767. AEER, legº 216. Copia.
130. Climent a Carlos III. Barcelona, 31 de marzo de 1767. *Ibidem*. Copia.

forma, pero tampoco había existido, ni podía haber, cuerpo que más la hubiese resistido y se resistiera a ella que la Compañía de Jesús, la cual —escribía Luaces—, "siendo un cuerpo religioso, debe considerársele como muerto, por hallarse enteramente separado del espíritu de su Instituto".

> "Ya se cumplió, como otras —añadía—, aquella gran profecía del Ven. Palafox en su admirable carta a Inocencio X: "Los jesuitas, que en su propia estimación se reputan por los primeros de los religiosos, vendrán a ser los últimos". Esta sentencia de un profeta como el Ven. Palafox, que por serlo de verdad no podía vivir sin persecución, y ésta, para distinguirle, había de llegar mucho más allá de su muerte, como monumento el más escandaloso de la venganza y del odio de la Compañía.
> No lo ignora Roma, y aunque preocupada hace justicia a su causa, con todo niega a la Iglesia Universal el consuelo de reformar o extinguir a esta Religión de la Compañía, como lo pedía ya el Ven. Palafox" [131].

Mientras llegara esta reforma —o la extinción— de la Compañía, el señor Luaces se contentaba con refugiarse en el silencio y la esperanza; desde ellos pedía al soberano Carlos III el remedio que éste tenía en su poderosa y real mano, y a modo de peroración cerraba su escrito con esta frase de entusiasmo: "¡Salgan, Señor, los jesuitas de todos estos dominios, como han salido ya de los de Francia y los de Portugal!"

Realmente, resulta interesante constatar la importancia que al menos estos tres distinguidos prelados españoles daban, para emitir y dar base a su dictamen, a la actitud antijesuítica adoptada otrora por el venerable Palafox, cuya figura histórica había adquirido, en aquellos momentos de tensión, un relieve extraordinario.

* * *

El segundo hecho, ocurrido en Roma, tiene dos vertientes a cuál más interesante, a juzgar por las resonancias que produjeron entonces en España.

Durante los meses en que la mencionada "pesquisa secreta" hacía en Madrid sus investigaciones antijesuíticas [132], en otras partes de España se estaba llevando a cabo otra clase de pesquisa, que debía completar —y complementar— la concluida en Puebla de los Angeles, al efecto de que el proceso de beatificación de Palafox pudiera seguir adelante.

---

131. Luaces a Carlos III. Palencia, 27 de marzo de 1767. *Ibidem*. Copia.
132. Roda a Azara. Pardo, 27 de enero de 1767. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. DANVILA, *o.c.*, II, 599.

Desde que Carlos III había interpuesto en 1760 su real predilección por la causa palafoxiana, en Roma se activaba el proceso a velas desplegadas, y en aquellos momentos se debatía, en la ciudad eterna, el problema o duda de la ortodoxia de los escritos del Venerable. Aprobada la doctrina de algunas de sus obras en diciembre de 1760, la Congregación de Ritos dispuso en 1764 que se buscaran nuevos escritos del prelado, tanto en España como en México. La búsqueda de tales papeles fue encomendada, por un lado, al obispo de Puebla, y las pesquisas que debían efectuarse en España, con el mismo objeto, al obispo de Batres, auxiliar de Toledo.

Los mexicanos se adelantaron en el cometido, y en marzo de 1766 llegaron a Roma dos carmelitas descalzos portadores de 253 escritos de Palafox, para que fueran examinados, y la Congregación de Ritos diera la calificación teológica de la doctrina contenida en ellos. Mientras en España se continuaba, entre tanto, la búsqueda de nuevas obras de Palafox, para enviarlas a Roma con el mismo objeto [133]; y mientras en Osma se procedía a la constatación de un milagro atribuido a la intercesión del Venerable, por la que doña Josefa Galán había quedado curada de una epilepsia "prolija e inveterada", el sábado 23 de agosto de 1766 la Congregación de Ritos declaró, por unanimidad, que los escritos de Palafox remitidos desde Puebla no contenían nada en contrario al dogma y a las buenas costumbres, y Clemente XIII confirmó este dictamen por decreto del 27 del mismo mes y año [134].

Por tan fausto motivo, Carlos III, lleno de jubilosa gratitud, escribió sendas cartas al Papa y al cardenal Galli, ponente de la causa palafoxiana, manifestando su gozo y su esperanza de que el Venerable fuera elevado prontamente al honor de los altares. Ni se le ocurría pensar que pudiera ser denegada tal petición, tratándose de un monarca tan piadoso como él que, en aquellos momentos, estaba empeñado en impetrar de la Congregación de Ritos la gracia de que los vasallos de sus dominios pudieran añadir la invocación de "Mater inmaculata" a las letanías lauretanas del rosario [135].

Lo que tal vez ignoraba Carlos III era las resistencias que había encontrado en Roma la confirmación del decreto pontificio apro-

133. Mariotti a Roda. Roma, 3 de julio de 1766. AEER, legº 423. Minuta. Anunciando que habían llegado a Roma perfectamente los escritos de Palafox remitidos desde España. Clemente XIII aprobaría la ortodoxia de la doctrina contenida en ellos por decreto del 21 de febrero de 1767. Azpuru al P. Osma. Roma, 26 de febrero de 1767. AHN, *Estado*, legº 2843, 1.

134. Osma, 13 de agosto de 1766; 2 de diciembre de 1766; 20 de mayo de 1767. Actas del Cabildo de la Catedral de Osma [ACCO], fols. 54, 76v, 102v.

135. Azpuru al P. Osma. Roma, 22 de enero de 1767. AHN, *Estado*, legº 2843, 1. Después de bien considerada la petición, Clemente XIII concedió el 26 de febrero de 1767 la gracia de introducirse en las letanías la advocación de "Mater inmaculata", y el 19 de marzo de 1767, Azpuru envió los breves de concesión. Azpuru al P. Osma. Roma, 26 de febrero, y 19 de marzo de 1767. *Ibidem*.

batorio del 27 de agosto de 1766. El franciscano P. Lutre, corresponsal y amigo de Roda, escribiéndole desde Roma sobre el particular, le decía estas palabras:

> "Volviendo a la causa de nuestro Venerable, ¡válgame Dios y cuánta diferencia va de tiempos a tiempos, y cómo han conocido aquí la flaqueza del Ministro [de España] Azpuru! ...bien que el Papa no se atreve a matar una mosca sin el dictamen de la Congregación [de Ritos], ni apartarse jamás de su parecer.
> Y ahora vemos que un decreto, hecho con todos los votos de los consultores, no acaba de salir confirmado. El Papa es el mismo, y por la edad y accidentes está más flaco; los Jesuitas no son más poderosos; el decreto no les puede dar tanto fastidio como les dieron los anteriores, y con todo, vemos esto en tal estado que, si la Corte de España no muestra su resentimiento, creo que todos los días nos darán de palos, durando este Gobierno pontificio, o no mudando de marro" [136].

Según el buen franciscano, "el poder terciario y jesuito [sic]" era en Roma parecido al poder de las tinieblas, ya que, a su juicio, dichos religiosos buscaban la ruptura de relaciones entre Roma y Madrid, para suspender de ese modo la causa de beatificación de Palafox, "atrasar otras muchas que les tenía conveniencia, y quedarse señores del campo de batalla".

Si la "pesquisa secreta" tenía unos objetivos marcadamente antijesuíticos, las actividades policiales del conde de Aranda, en calidad de Presidente del Consejo de Castilla, se dirigían principalmente a reprimir las secuelas del "motín contra Esquilache", cuya fase de *clamoreo* seguía manifestándose en Madrid en forma de anónimos y papeles sediciosos. Precisamente por aquellos mismos días habían salido a la calle algunos pasquines contra Palafox. En uno de ellos volvían a copiarse ciertos versos infamantes, que habían corrido por Madrid en mayo de 1761, y que decían así:

> "¿Quién es el Papa? Un fiero hereje.
> ¿Y el rey Carlos? Un Farmasón [sic].
> Pues aquesta es la razón
> porque a Palafox proteje.
>
> Quéjese, pues, quien se queje,
> se le ha de hacer lugar
> a gusto de su paladar,
> porque así van los gobiernos:
> Palafox en los infiernos,
> y venerado en el altar" [137].

136. Lutre a Roda. Roma, 3 de setiembre de 1766. BN, Ms. 20122, fols. 33-33v. *Vide infra* nota nº 140.
137. BN, Ms. 17795. Copia; Chindurza a Roda. Madrid, 21 de abril de 1761. BN, Ms. 7215; ACC, 43-47, I, fol. 24.

En otro pasquín, que era original, pero tan infame de fondo y forma como el anterior, podía leerse lo siguiente:

"Que a Palafox declaren por Beato
enloquece a los frayles alpargatas.
A España saldrá nada varato [sic]
el apoyo de tantos disparates.
¿"Qué demonio desatado, o garabato,
tendrá con los frayles sus dislates?
¿Si será Palafox algún retoño
de los frayles y monjas de Logroño?" [138].

El decreto pontificio aprobatorio de las obras mexicanas de Palafox había producido más conmoción en Madrid que en la misma Roma, y es comprensible que así fuera, dada la nacionalidad del Venerable y el significado polémico que el proceso de su beatificación tenía para no pocos españoles. Así lo creía el mismo P. Lutre, quien escribiendo a Roda en julio de 1766 le decía:

"Aquí ha venido de España una sátira diabólica que no perdona a V.S., al P. Confesor, al Rey, al Venerable Palafox y a San Agustín...

Lo cierto es que estas sátiras no son despreciables en las coyunturas presentes, en que tenemos a la vista tantas inquietudes, y estamos tratando con una especie de gentes que, o hemos de hacer cuanto ellos nos manden, bueno o malo, tuerto o ciego, o con el pretexto de religión han de alborotar todo el Reino, cuya mayor parte ignora que *estos enemigos del Estado,* son también los más atroces contrarios de la fe de Jesu Christo y de su Santo Evangelio" [139].

Como en este mundo no hay dicha perfecta ni felicidad duradera, una noticia llegada de Roma acibaró las exultación producida en la Corte por el decreto pontificio aprobatorio de los escritos mexicanos de Palafox. ¿Qué había sucedido en la ciudad eterna? Sencillamente, una "mala partida" que, a juicio de Roda, había jugado al Gobierno de Madrid el papa Clemente XIII, cuyo "fetal Pontificado" se caracterizaba por una parcialidad manifiesta y "escandalosa en favor de la Compañía de Jesús" [140].

---

138. *Gemidos de España.* ACC, 43-47, II, fol. 1v.
139. Lutre a Roda. Roma, 3 de julio de 1766. BN, Ms. 20122, fol. 18.
140. Roda a Azara. Pardo, 7 de abril de 1767. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Este fetal Pontificado, por defender a los Jesuitas, ha de romper con todas las Cortes, y ha de precipitar a la Corte de Roma, y con ella la Religión, la doctrina y las buenas costumbres".
Lutre a Roda. Roma, 10 de setiembre de 1766. BN, Ms. 20122, fol. 36. "Como esta Corte es una especie de encina, que solamente a palos suele dar la bellota, me dejé caer en este Convento [de Santiquaranta] la proposición de que aquí buscaban la rotura con España, en vista de lo que se hace con

La "mala partida" consistía en una prueba más de "jesuitismo" dada por el Romano Pontífice, quien por el breve *Animarum saluti*, del 10 de setiembre de 1766, había concedido a los jesuitas misioneros de las Indias españolas ciertas gracias y exenciones de tipo espiritual, todas o casi todas las cuales "estaban —según el propio agente Azara— impresas y reimpresas en seis u ocho Breves de otros tantos Papas", y por tanto examinadas y aprobadas por el Consejo de Indias que les había dado el "pase" para América [141].

¿Dónde estaban, pues, la novedad y la —repentina— peligrosidad del breve del 10 de setiembre de 1766, que tanto alarmó al Ministerio español, siendo así que era una mera renovación de otros breves similares que la Silla Apostólica concedía, cada veinte años, a la Compañía de Jesús desde hacía más de un siglo?

Las críticas circunstancias del momento (los motines no se habían apagado todavía) eran muy propicias para desorbitar las cosas, y el Ministerio de Madrid, ocupado intensamente en la preparación del decreto de expulsión de los jesuitas, encontraba extremadamente irritante cualquier muestra de benevolencia por parte del Sumo Pontífice en favor de la Compañía de Jesús (recuérdese la irritación que produjo el año anterior, en los medios ministeriales, la bula *Apostolicum pascendi*), y la última que acababa de otorgar Clemente XIII se le antojaba especialmente molesta, porque concedía a los misioneros jesuitas de las Indias españolas unos privilegios y exenciones que el criterio patronal-vicarial del Gobierno de Carlos III encontraba lesivos de la *regalía* [142]. Poco después, en una consulta del Consejo, declararía desorbitadamente el fiscal Campomanes que, por este breve pontificio, 'venía a quedar ofuscada la autoridad Episcopal y hechos los jesuitas unos Vicarios Apostólicos, *destru-*

---

el decreto de nuestro Ven. Palafox [*Vide supra* nota nº 136]... Como estos valencianos son [una] especie de italianos, presto llevaron la noticia a Monserrate [sic] y a Santiago, de modo que nuestro Azpuru se ha irritado que echa pestes contra mí, porque soy pronóstico de mal agüero.
Por lo mismo que los Jesuitas quieren la rotura, para suspender la causa de nº Ven., atrasar otras muchas que les tienen conveniencia, y quedarse Señores del campo de batalla, por lo mismo, jamás la hiciera mientras tuviera guerra con la Compañía, pero usaría de estas inocentes amenazas cuando no alcanza la razón y la justicia, y retirar[ía] de aquí todos los postuladores españoles para que pueda caminar la causa de nuestro Venerable".
Du Tillot a Azara. Parma, 6 de marzo de 1767. AEER, legº 425. "La furia jesuítica quiere que se diga que subvirtiendo la Compañía de Jesús se ha subvertido todo el edificio de la Religión y de la S. Sede. Y empiezo a creer que su triunfo sería el ver un schisma [sic] en la Iglesia".

141. Azara a Grimaldi. Roma, 18 de diciembre de 1766. AEER, legº 424; L. FRIAS, *Centenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús en España*. en Raz. y Fe. t. 43 (Madrid, 1915) 50. Lista de las facultades que produjeron tamaño recelo.

142. DANVILA, *o.c.*, II, 594-595, y ROUSSEAU, *o.c.*, I, 174, refieren las protestas contra la bula *Apostolicum pascendi;* L. FRIAS, *o.c.*, 51-52, Dictamen del P. Osma sobre el carácter atentatorio de este Breve pontificio contra las Regalías de la Corona española. Pardo, 10 de enero de 1767.

yendo de esta suerte el presente Pontificado lo que Inocencio X, con conocimiento de causa, determinó en términos de justicia a favor de todo el Orden Episcopal en Indias" [143].

Lo más curioso es que, desde los tiempos de Inocencio X, esta misma "destrucción" habían venido causando varios Pontífices posteriores, y no se ve muy bien qué le quedaba ya a Clemente XIII por destruir, pues por el breve del 10 de setiembre concedía lo mismo que Benedicto XIV (que pasaba por ser poco "amigo" de los jesuitas) había concedido en 1746, y lo que el propio Inocencio X otorgó el 14 de mayo de 1648 en favor de "todo el Orden Episcopal" de las Indias españolas, y el 1º de marzo de 1649 a la Compañía de Jesús en particular, al renovar en esa fecha las facultades y exenciones referentes a sus misiones en las Indias [144].

Pero vengamos ya a los hechos ocurridos a fines de 1766 y principios de 1767 sobre este asunto. La reserva con que se había concedido, e impreso en Roma, el referido breve pontificio del 10 de setiembre, acució la curiosidad del agente Azara, al que faltó tiempo para "buscar la pieza con más eficacia" y enviar una copia de ella a Madrid, al tiempo que daba la voz de alarma. Escribiendo a su jefe ministerial el marqués de Grimaldi le decía textualmente: "VE. podrá ver que el Breve dice no ser más que una renovación por veinte años de otras gracias semejantes, pero en ellas se me hacen a mí reparables muchas cosas". Y a continuación añadía insidiosamente:

> "Veo la desigualdad con que esta Corte trata a nuestros Obispos de Indias respecto a los Jesuitas, pues lo que a aquéllos dificulta tanto conceder, dispensa a éstos con una franqueza sin ejemplar, y lo que cuesta muchas instancias al Rey N.S., lo hace por una insinuación del General de la Compañía... Tengo bastantes recelos de que, además de las gracias de este indulto, haya concedido el Papa a los Jesuitas algunos otros privilegios, que tocan directamente a sus cosas en España y América" [145].

Azara se expresaba así movido por unas razones tan "objetivas" como eran la —falsa— conjetura y unos —patrióticos— celos injustificados. Esto no obstante, como efecto del toque de atención del ducho agente, el P. Osma se descolgó con un dictamen digno de sus luces, en el que sostenía sin titubeos que "no sería muy violento

143. DANVILA, *o.c.*, III, 654; Pallavicini a Torrigiani. Madrid, 31 de marzo de 1767. AGS, *Estado*, leg. 5072. Cifra. "Las sospechas sobre el Breve dado por el Papa a favor de los Misioneros jesuitas, se destruyen por la serie de Breves anteriores, y por el tenor del último, por lo cual me persuado que la expedición de éste deberá verse libre de una desagradable animadversión por parte del Consejo de Indias. Pero esto no bastará, sin embargo, para eximir de toda censura la conducta de los Padres [jesuitas], quienes han hecho varias veces uso de las pasadas renovaciones sin procurarse en el Consejo de Indias el pase acostumbrado".

144. L. FRIAS, *o.c.*, 55.

145. Azara a Grimaldi. Roma, 18 de diciembre de 1766, AEER, legº 424.

recelar" que los jesuitas hubieran "obtenido esta Bula [sic] obrepticia y subrepticiamente", ya que con tales gracias y exenciones se disminuía el Regio Patronato que con tanto tesón había defendido el Ven. Palafox contra dichos religiosos; en consecuencia de lo cual, Carlos III mandó que dicho breve fuera examinado por el Consejo de Indias para darle —o no darle— el "pase" regio, y que se despacharan órdenes a los Virreyes, Gobernadores y Obispos de América intimándoles "a que no se permitiera publicar ni poner en uso en aquellas tierras este breve de privilegios de Clemente XIII a la Compañía de Jesús" [146].

El 16 de enero de 1767, los padres jesuitas Jaime de Torres, Ignacio González y Joaquín Mesquida, procuradores de Indias en Madrid, presentaron sendos ejemplares del breve pontificio para su aprobación, antes de enviarlos a las Indias, y declararon sorprendidos que si no los habían mostrado antes al Consejo (como cosa inusitada, aunque ahora se les ordenaba desde Roma a hacerlo), se debía a que hasta el día anterior no habían recibido la aprobación del Consejo de la Cruzada, tribunal a cuya inspección estaban sometidos esta clase de documentos para recibir el "pase" antes de dirigirlos a América [147].

Haciéndose eco del revuelo producido "por este torillo" en el Consejo de Indias, el ministro Roda escribía a Azara estos renglones:

> "El negocio del Breve que Vm remitió, de facultades a los jesuitas de Indias, se va siguiendo y encrespando en el Consejo de Indias. Los Fiscales [Moñino y Campomanes] traen a mal traer a los PP. Procuradores del Colegio Imperial, a quienes les van pidiendo declaraciones, y han de salir mil bellas cosas más de las que sabíamos. Vea Vm la 'Geografía' del P. Murillo (t. IX, pág. 46), donde dice que los Obispos pueden dispensar en Indias los impedimentos con el parecer de los jesuitas como asesores, y que así lo practican cada día" [148].

No es que el Ministerio de Madrid necesitara entonces de acicate para proceder de este modo, pero para que no decayera su vigilante celo antijesuítico, el agente Azara animaba a su jefe Grimaldi con estas significativas palabras:

---

146. FRIAS, *o.c.*, 51.

147. *Ibidem*, 53-54; Azara a Grimaldi. Roma, 5 de febrero de 1767. AEER, leg^{o} 424. "Hace más de un siglo que los PP. Jesuitas están ejecutando en Indias estos privilegios, y hasta ahora no se han cuidado de presentar uno de ellos en el Consejo de Indias, al menos que yo sepa. Ni vale decir que estas gracias son puramente espirituales, y que no hablan con ellas nuestras Leyes, pues el Auto acordado 161, tomo II, lib^{o} I de la Recopilación de Indias manda expresamente que también los Breves de indulgencias para las Indias, no solamente deben pasarse por este Consejo, sino por el de la Cruzada".

148. Roda a Azara. Pardo, 27 de enero de 1767. ARSI, *Hist. Soc.* lib^{o} 234. Sobre el P. Pedro Murillo Velarde, *vide* Ch. SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (9 vols.). Bruselas-París (1890-1900), V, col. 1455-1459. Ad rem, col. 1458.

"Creo que acabaría de apurar la paciencia de VE. si hubiera de poner en esta carta todas las reflexiones que se me ocurren ahora sobre esta clase de Breves; pero una vez que S.M. ha mandado que sus Fiscales y el Consejo los examinen, puede descansar VE.

Solamente añadiría lo incompatibles que me parecen tantos privilegios con el ejercicio del orden jerárquico de la Iglesia, y que, *como decía el Ven. Palafox*, sólo les falta a los Jesuitas el cargar con la mitra y el báculo de los Obispos" [149].

Sin que lo insinuaran Roda y Azara, ya se vislumbra que la disposición del Consejo de Indias y la actitud de los Fiscales eran las más apropiadas para una cacería, en la que se disparaba a matar todo aquello que oliera a exención y privilegio, crímenes atentatorios contra el Patronato Regio, que habían sido denunciados por el obispo Palafox, quien ya en su tiempo había señalado a los jesuitas de Nueva España, con sus dichosas exenciones (concedidas expresamente por la Silla Apostólica) como los más tenaces, indomables y poderosos opositores de la *regalía* del Regio Patronato, punto que interesaba mucho al Consejo Extraordinario, y por eso no es de extrañar que uno de los cargos que este tribunal hizo entonces al *cuerpo* de los jesuitas españoles fue: que *atentaban contra la soberanía real y sus legítimos derechos* [150]. Nada tiene, pues, de casual —y sí mucho de subentendido— que Roda, escribiendo a Tanucci el 24 de febrero de 1767 le dijera de pasada:

"En el Consejo de Indias se sigue el negocio del Breve de los jesuitas. Grimaldi nada me ha dicho; pero yo he hablado mucho sobre eso con el P. Confesor [Osma], y lo que me habéis escrito me será muy útil. Espero que llegará un día en que se puede quitar la máscara a esta clase de gentes" [151].

El solapado Roda sabía perfectamente que esa fecha estaba a punto de llegar, pues sólo tres días más tarde, el 27 de febrero de 1767, el rey Carlos III, empujado por las razones de su confesor el P. Osma [152], firmó en El Pardo la pragmática de extrañamiento de los jesuitas, a la cual revistió de todos los aditamentos y requisitos que la hicieran inviolable.

---

149. Azara a Grimaldi. Roma, 5 de febrero de 1767. AEER, legº 424. El subrayado es mío.
150. DANVILA, *o.c.*, III, 637.
151. Roda a Tanucci. Pardo, 24 de febrero de 1767. Apud A. GALLERANI, *Jesuitas expulsos de España*. Salamanca (1897) 149. Roda a Azara. Pardo, 24 de febrero de 1767. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "En el Consejo de Indias se sigue la caza que movió Vm sobre el Breve jesuítico de facultades. Grimaldi nada me ha dicho de esta última carta de Vm., pero sí el P. Confesor, y hemos hablado largamente. Servirá mucho todo lo que Vm escribe, y espero que algún día se iluminen estas gentes". En un mismo día, Roda decía lo mismo a Tanucci y a Azara.
152. *Vide supra* nota nº 118.

El tercer hecho que vamos a analizar a continuación, y que también ocurrió durante los meses de actividad de la "pesquisa secreta", fue como la gran lanzada que se da al moro muerto; moro que, en este caso, eran los dichosos *diezmos* que los jesuitas de México seguían sin satisfacer en su totalidad (sólo satisfacían el 67 por ciento), pero que difícilmente los pagarían nunca más, por estar inminente su extrañamiento perpetuo de Nueva España.

Aunque páginas antes tocamos este punto muy de pasada, el diarista Luengo traza, con perspectiva de años, una síntesis bastante exacta del estado de la cuestión a finales de 1766. Dice así textualmente:

> "Poco antes de nuestro extrañamiento de España, los canónigos de la ciudad de México suscitaron a la Provincia jesuítica de Nueva España un pleito, por adular a los Ministros de Madrid, y darles a éstos otro motivo más con que perseguir a la Compañía.
> Entre la Iglesia de México y los Jesuitas de aquella Provincia había, como generalmente en todas partes, un convenio en fuerza del cual los Jesuitas debían pagar de diezmo una parte de cada 25 o 30 partes.
> Hacia 1766, el Cabildo de la ciudad de México salió con nuevas pretensiones, en punto a diezmos, contra los Jesuitas. El pleito vino a Madrid, pero no se trató en la Nunciatura, o en el Consejo de Indias, sino que se formó un Tribunal mixto compuesto de togados y religiosos.
> Se dictó sentencia contra los Jesuitas de Nueva España, y entre líneas se les trataba de ladrones. Era una medida pedagógica, o como se dice ahora una vacuna preventiva, para que el pueblo no se asombrara al verlos camino del destierro" [153].

Aquí tenemos en almendra las razones, los cargos y la sentencia con que se dirimió este pleito el 4 de diciembre de 1766. Sin embargo, la primera acusación que se les hizo de entrada a los jesuitas mexicanos fue: que eran unos *usurpadores*, por no haber querido pagar —y negarse a pagar— los diezmos en su totalidad, tanto al Cabildo como —por ende— a la Corona, que percibía la tercera parte de ellos [154].

Pero vayamos por partes. Este litigio sobre el pago íntegro (es decir, no el 67 sino el 100 por ciento) de los diezmos de frutos correspondientes a sus haciendas y propiedades, entablado entre algunas Iglesias de Nueva España y algunas Ordenes religiosas (entre ellas la Compañía), venía arrastrándose desde hacía más de un siglo, y

153. LUENGO, *Diario*, 15 (1781) 834-35. "Por entonces mismo se hacía la pesquisa del Breve de indultos de Clemente XIII a los jesuitas de Indias", y como apunta DANVILA (*o.c.*, III, 43), el mismo Roda escribió el 10 de febrero de 1767 al marqués de San Juan, presidente del Consejo de Indias, que no diera el "pase" al breve pontificio del 10 de setiembre de 1766.

154. *Vide* al final: Apéndice I.

en este pleito estuvo metido en su tiempo el venerable Palafox. Por lo que respecta a los jesuitas mexicanos, ante las reclamaciones de las Iglesias acudieron a Fernando VI, solicitando que las cosas continuaran en el mismo *statu quo*. A consulta de una junta especial, el monarca declaró el 25 de febrero de 1749 que daba el pleito por fenecido, y, a petición de los PP. Rávago y Altamirano, el 9 de enero de 1750 mandó que, en adelante, la Compañía de México quedase obligada a pagar los diezmos o frutos decimales, con reducción del *treinteno*, a las Iglesias que tuvieran derecho a percibirlos. Es decir, que los jesuitas mexicanos, al igual que los demás religiosos mendicantes, sólo estaban obligados a satisfacer el 67 por ciento de los frutos decimales de sus haciendas. Publicada esta resolución, fue aprobada por Fernando VI y se insertó a la letra en la Real Cédula expedida con fuerza de ley el 24 de febrero de 1751 [155].

Más de diez años transcurrieron sin que las partes hicieran reclamación alguna, hasta que el cabildo de la ciudad de México renovó sus quejas y elevó una instancia pidiendo la anulación del decreto de febrero de 1751 exigiendo al Consejo de Indias que en el término de dos meses diera su dictamen sobre este punto. Según la *Gazeta de Londres*, fue Roda quien suscitó este asunto que estaba dormido. "Mientras hacía en Roma gestiones para insistir en la beatificación del Sr. Palafox, obispo de Puebla, el citado Ministro remitió al Rey un Memorial referido a la provincia jesuítica de México, en el que ponía de relieve su inaudita opulencia y riqueza, pese a lo cual dichos regulares se negaban a pagar los Diezmos, con gran detrimento del Erario de S.M." [156]. En el escrito que los canónigos mexicanos presentaron al monarca en 1760 sostenían que los jesuitas de Nueva España, por no pagar en su integridad total el censo decimal o dezmero, defraudaban al real erario cada quinquenio la cantidad de 33.824 pesos, sin contar otros devengos que sumaban la cifra anual de 328.851 pesos [157].

Pese a las prisas y exigencias de los canónigos mexicanos, el Consejo de Indias no se pronunció hasta el 15 de julio de 1765, y entonces lo hizo manifestando de una manera oficiosa: que de once consejeros, seis eran del sentir que el pleito debía ventilarse y decidirse con audiencia de las dos partes litigantes; y los otros cinco se pronunciaron, con los fiscales, por la nulidad de la transacción de 1751 [158].

---

155. *Vide supra* nota nº 78.
156. *Gazeta de Londres*, 21 de setiembre de 1760.
157. Roda a Azara. Madrid, 18 de diciembre de 1770. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234; EGUIA RUIZ, *o.c.*, 102-104.
158. A. Bisquerra a M. Lorieri (sobrino de Roda). Madrid, 5 de octubre de 1765. BN, Ms. 20218/6. "...Ellos [los jesuitas] son Demonios que todo lo enredan. Para determinar el pleito de Diezmos mandó S.M. formar una Junta que se compone de Monsoriú, Ric y Ejea, Valle Salazar y Nava, todos Consejeros de Castilla; el marqués de San Juan de Easo, de Hacienda, Cerdoya del Consejo

Fue por setiembre de 1766 cuando las partes litigantes se personaron en Madrid para rematar la causa (que los jesuitas podían darla por perdida), y refiriéndose a esta situación escribía Roda, años después, estas líneas a su amigo Azara:

> "El Rey no se ha conmovido tanto de las demás especies de que se le ha dado cuenta, como de ésta de las Misiones de México, que tanto cacareaban los Jesuitas, como Vm sabe, pues en su tiempo [de covachuelista] empezaron a llegar aquí las quejas de las Iglesias de México, a las que los Jesuitas satisfacían con la alegación de sus grandes gastos de Doctrinas y de su Apostólico Ministerio, y por este motivo se renovó y decidió el pleito de los Diezmos de Indias" [159].

Roda rememoraba —con verdadera insidia y falsedad— lo sucedido hasta entonces en el pleito de los diezmos, pero lo que en modo alguno se descubre a través de lo expuesto es: que los jesuitas de Nueva España fueran unos *usurpadores*, pues habían satisfecho puntualmente el pago de los diezmos con reducción del *treinteno*, como estaba estipulado por una legislación todavía vigente. Esto no obstante, con el sambenito de usurpadores comparecieron ante la junta especial que mandó formar Carlos III para dirimir el pleito.

Tal junta, integrada por miembros del Consejo de Castilla, de la Inquisición, de Hacienda, y por teólogos, no se reunió en la Nunciatura, ni en el Consejo de Indias, sino aparte. Actuaba como fiscal el famoso Campomanes, a quien el P. Isidro López, procurador de la Compañía en Madrid, pretendió en vano recusar, dado el notorio antijesuitismo del jurista asturiano, y su intervención en la "pesquisa secreta", de la que era el alma. El modo de pensar de Campomanes en este pleito era igual que el de Roda, y con rabia sorda se hacía eco de "las adquisiciones raíces y de la exorbitante opulencia de los jesuitas de Nueva España", cuyas rentas —decía— quedaban bastantemente calificadas sólo por el capítulo de "las gruesas sumas, de más de trece mil pesos, que habían enviado en 1766 para socorro de los jesuitas portugueses [expulsados por Pombal] residentes en Italia, siendo correlativas las sumas remitidas otros años con el mismo fin". Todos estos caudales —añadía— en vez de quedarse en los dominios de S.M., como estaba repetidamente ordenado, salían al extranjero, y por si este perjuicio no fuera ya grande,

---

de Ordenes, y Merino de Inquisición. Cuatro teólogos, que son: el P. Pinillo[s], agustino, el Mtro. Berlanga, trinitario, el cura de San Justo, y un Franciscano. Los Padres jesuitas se quejan y dicen que los nombrados son escogidos, y sus mayores contrarios, y yo discurro que de esta no se escaparán. Ya se han juntado dos veces". Había dos marqueses de San Juan, uno el citado, y el otro era el marqués de San Juan de Piedras Albas, que fue excluido de la junta, aunque era presidente del Consejo de Castilla, por ser muy "afecto" a los jesuitas.

159. Roda a Azara. Madrid, 18 de diciembre de 1770. ARSI, *Hist. Soc.* 11bº 234.

todavía se negaban a satisfacer los diezmos que reclamaban las iglesias de México [160]. La postura del fiscal era bien definida.

Tampoco le fue dado al P. Isidro López suplir algunos miembros de la junta por otros consultores más benévolos. Ante tales crujidos escribía el P. Isla desde su rincón de Pontevedra:

> "¿A cuántos estamos de esa Junta magna sobre diezmos Americanos? Huéleme perversamente el tal asunto, y más en vista de la elección de algunos jueces y teólogos, que estudian en Concina para nosotros [los jesuitas], y en Diana para sí. Nada me cogerá de susto, porque mucho tiempo ha que estoy temiendo todo cuanto se puede temer" [161].

No le faltaba razón al autor del famoso *Fray Gerundio,* pues todo auguraba la ruina de los jesuitas, considerados por el Gobierno en funciones como perjudiciales a la Monarquía y enemigos del Estado, por su política y sus doctrinas teológico-morales [162]. Los *Mercurios* hablaban contra ellos de una forma cada vez más insolente, y por aquellos días un anónimo escribía que "el año 1765 se empezó a tratar en Madrid del célebre pleito de los Diezmos de Indias, y de los manejos de los jesuitas para eximirse del pago de ellos, como asimismo de otras providencias y causas que ellos, por su prepotencia, tenían sofocadas; y con esta ocasión vieron que los secuaces de su doctrina no eran, como antes, los únicos depositarios de los premios y empleos" [163].

La "pesquisa secreta" buscaba por todas partes testimonios con que poder cohonestar y dar visos de legitimidad a la expulsión del *cuerpo* jesuítico, para lo cual recurrió tanto a la violencia como a la calumnia y al falso testimonio. La situación era propicia para quienes querían ganar dinero y favor hablando mal de los jesuitas,

---

160. CAMPOMANES, *Dictamen fiscal.* Madrid, 31 de diciembre de 1766. ACC, 45-4, fol. 32v, nº 147. "El pleito de los Diezmos de los Jesuitas de México, terminado por un dictamen que presentaron lleno de imposturas y falsedades, que se estiman lícitas cuando de ellas resulta provecho a la Compañía de Jesús".

161. Isla de Gaztelu. *Pontevedra,* 8 de noviembre de 1766. Apud L. FERNANDEZ, *Cartas inéditas del P. Isla.* Madrid (1957) 269 y 369. El oratoriano Antonio DIANA (1585-1663), que en los 12 volúmenes de sus "Resoluciones morales" dio solución a treinta mil casos morales, adolecía de tendencias laxistas; mientras que el dominico Daniel CONCINA (1686-1765) se hizo célebre como fautor de las tendencias rígidas, pues tendía a confundir el probabilismo con el laxismo. Isla a N. Pontevedra, 29 de setiembre de 1766. Apud *Cartas familiares* (6 vols.). Madrid (1789) VI, 206. Dice que la teoría moral de Concina era tan opuesta al probabilismo "como inclinada a éste su práctica, no menos que glotonoso su goloso apetito"; LUENGO, *Diario,* 3 (1769) 85. Señala al agustino P. Pinillos, miembro de la junta, como amigo del P. Vázquez, enemigo declarado de los jesuitas.

162. DANVILA, *o.c.,* III, 637.

163. ANONIMO, *Preliminares de la expulsión de España de los Jesuitas en 1767.* APJT, legº 466, Ms. 1767, pág. 4.

y al decir de Leandro Fernández de Moratín, una turba de escritores no necesariamente famélicos —como eran los periodistas Nipho y Clavijo—, pero siempre dispuestos a vender su pluma a quien la quisiera comprar, sació la curiosidad común con esa clase de opúsculos difamatorios, si bien los mismos que los protegían y estimulaban, se hallaban poco satisfechos de que la causa del Gobierno de Carlos III hubiera de encomendarse a tan ruines autores [164]. Por eso resulta muy significativo que en aquellos momentos salieran a luz algunas biografías de Palafox, y que se hiciera otra edición más de su carta *Inocenciana,* traducida esta vez por el carmelita descalzo fray Alonso de los Mártires, como muestra de una literatura que podía herir hondamente a los jesuitas, por venir de un prelado con fama de santidad [165]. Haciéndose eco de este último lance, escribía desde Roma el citado P. Lutre:

> "Luego que vi públicamente impresa en Madrid la carta Inocenciana, con notas, de nuestro Ven. Palafox, creí que ya era tiempo oportuno de imprimir en Madrid el tratadillo que tengo hecho con el título de *Exposición, de los Principios generales que defiende la Compañía de Jesús, y breve insinuación de los errores que los Jesuitas infieren de ellos*" [166].

En Madrid todo eran cábalas y rumores, pero un mes antes de que Carlos III dirimiera, en última instancia, el famoso pleito de los diezmos, el embajador danés Larrey informaba a su jefe ministerial Bernstorff de la siguiente manera:

> "Los jesuitas tienen poderosos enemigos en la Corte, y si se continúa persiguiéndolos, la escena seguirá haciéndose cada vez más interesante. Pero no sólo se detesta a los jesuitas que viven extendidos por España, sino que sus cofrades de Indias acaban de recibir un rudo golpe.

---

164. V. LAFUENTE, *Historia de las Universidades, Colegios y demás centros de enseñanza en España* (4 vols.). Madrid (1884-1889) IV, 48.

165. Abbé DINOART, *Vie du Ven. Palafox* (2 vols.). (París, 1766), con láminas. Obra dedicada a Carlos III por el autor que trabajó mucho por la beatificación del Venerable, según J. LOPERRAEZ, *Descripción histórica del Obispado de Osma* (3 vols.). Madrid (1788) I, 502, 2; VALERIO DE SAN LORENZO, O.C.D., *Vita del Ven. Palafox.* (Florencia, 1766). Este carmelita toscano, que tradujo al italiano la biografía de González Rosende en 1766, vertió asimismo al italiano la "Defensa Canónica" y la "Satisfacción" de Palafox.
En cuanto a la carta *Inocenciana* del propio Palafox, la traducción al español hecha por fray Alonso de los Mártires en BN, Ms. 2315; de la versión hecha por Nipho en 1766 hay un ejemplar en la Biblioteca del Seminario de San Carlos (85-4-24), de Zaragoza, donada por Roda a este centro. Además de la traducción del canónigo Pérez en 1766 (*Vide supra* nota nº 123), la *Inocenciana* fue traducida asimismo aquel año por D. Salvador González, Madrid (1766) XLIV + 171 páginas. APJT, legº 1645.

166. Lutre a Roda. Roma, 5 de febrero de 1767. BN, Ms. 20122, fol. 61. El mismo Azara disuadió a Lutre que enviara su "Exposición" a Madrid.

Ellos poseen allí una considerable extensión de terrenos, cuyos diezmos no pagaban, porque mediaba un concordato que los eximía del pago de su totalidad, pero un decreto del Consejo de Castilla, anulando no sólo dicho concordato sino las inmunidades que de él se derivaban, ha puesto a los jesuitas en el mismo nivel fiscal que los demás súbditos y propietarios civiles, e incluso los ha condenado a pagar en calidad de atrasos [arrierage] la suma de *veinte y dos millones y medio de reales*, cuya tercera parte será reintegrada al erario real"[167].

Como muchos temían —y otros lo esperaban—, Carlos III se conformó con el dictamen de la junta especial, y el 4 de diciembre de 1766 (dos meses antes de firmar la pragmática del extrañamiento) expidió una Real Cédula por la que declaraba "insubsistente y sin efecto la transacción del treinteno", y mandaba cobrar por *entero* "el diezmo de los frutos de las haciendas, ranchos e ingenios de las casas y colegios de los jesuitas de Nueva España, declarando nulo el Real Decreto de transacción del 9 de febrero de 1751" [168].

La decisión del monarca español significaba otro paso más en el afianzamiento regalista del Real Patronato-Vicariato, pero este triunfo sobre las exenciones de los jesuitas de México era más teórico que efectivo —y crematístico—, porque con la expulsión de la Compañía de todos los dominios de la Corona española, ésta pagaría durante casi medio siglo una pensión vitalicia a los jesuitas mexicanos, que nunca más satisfarían al erario real ni un cequín en calidad de diezmos.

Después de todo lo dicho, reflexionemos un momento y hagámonos cargo de la frecuencia con que ha salido a colación el nombre de Palafox, ya como símbolo regalístico, ya como bastión frente a las exenciones jesuíticas, o como defensor de los diezmos y de la jurisdicción de los Obispos de las Indias españolas. Pues bien, mientras se debatía en Madrid el pleito de los diezmos mexicanos, el citado P. Isidro López, que estaba dispuesto a recurrir incluso al rey en busca de favor, se valió de algunas personas influyentes, y "afectas" a los jesuitas, para que intercedieran en aquel grave asunto. Una de ellas fue el marqués de San Juan, presidente del Consejo de Indias, y muy amigo del marqués de la Ensenada [169].

---

167. Larrey a Bernstorff. Escorial, 3 noviembre 1766. RTKUA, *Spanien* B, 25. Cfra. *Vide supra* nota nº 103.

168. *Novísima Recopilación*, lib. I, tit. VI, ley 4; LUENGO, *Diario*, 39 (1805) 302. "En estos últimos cuarenta años, España no ha sido más que un canal por el cual pasan a países extranjeros todos los millones que le vienen de América. Sólo con el pago de la pensión de los jesuitas [españoles] desterrados en Italia, han echado los Ministros fuera de España más de cien millones de pesos duros. Increible bestialidad, pero cierta y nada exagerada."

169. Rosemberg a Kaunitz. Madrid, 10 de febrero de 1763. Apud *Berichte*, *o.c.*, II, 286. Don Juan Pizarro y Piccolomini, marqués de San Juan de Piedras Albas, camarero mayor de Felipe V, criatura de la reina madre Isabel de Farnesio, amigo del marqués de la Ensenada, y muy "afecto" a los jesuitas, como reco-

Aleccionado, sin duda, por el mismo P. López, el marqués se puso en contacto con Campomanes, figura clave en aquella escena, a fin de interponer sus oficios como mediador en el asunto. Pero el intento salió fallido, porque, a los pocos días, el propio marqués recibió un papel del fiscal en el que, no sin cierta arrogancia, le decía que prefería responder por escrito a su mediación; de ese modo quedaría, de rechazo, más clarificado su modo de pensar y más definida su postura, y así en uno de los párrafos que aquí nos interesa le decía textualmente:

> "¿Es posible que siendo obligación mía, y cosa de mi oficio, defender las Regalías de la Corona, he de ver con tranquilidad que éstas se arruinen? No es nuestra política tal que pueda concordar con los regiros de la Corte de Roma, a la que con tanto empeño defienden estos Padres [jesuitas], recibiendo de ella el premio de indultos, exenciones y otras gracias que van en contra de la jurisdicción de nuestros Obispos de Ultramar; ni es tiempo de seguir curando con emplastos y ungüentos las llagas que nos hace dicha Corte de un modo o de otro.
>
> Fuera de esto, mi deber de Fiscal es buscar medios de engrandecer la Corona; y *para la escena del presente pleito* [de los diezmos] *he tenido en cuenta, entre otros subsidios, el ejemplo y la doctrina del Ven. Sr. D. Juan de Palafox,* obispo de Puebla de los Angeles, al que en día no lejano *esperamos ver en los altares como protector de las Provincias de Ultramar,* donde tanto sufrió y fue perseguido en exceso" [170].

Ignoro en absoluto si Campomanes era o no devoto del venerable Palafox, pero tampoco hace al caso. Lo que sí importa —y me interesa sobremanera dejar bien claro— es que, después de todo lo dicho, y teniendo en cuenta la tensión del ambiente madrileño, nada tiene de extraño que a mediados del siglo XVIII se atribuyera abusivamente a Palafox, como una "calumnia laudatoria", el mérito de haber luchado casi él solo contra las exenciones y los privilegios de los jesuitas, en defensa del Patronato Regio, "la más preciosa regalía de la Corona española", según decía el propio Venerable [171];

---

noce el mismo LUENGO (*Diario,* 5 (1771) 46), fue elegido presidente del Consejo de Indias, cargo que estaba vacante desde la muerte de Felipe V en 1746.

170. Campomanes al marqués de San Juan. Madrid, 29 de octubre de 1766. AL, *Pap. Palafox,* legº 55. Copia. El subrayado es mío.

171. EGAÑA, *o.c.,* 291; Roda a Wall. Roma, 26 de febrero de 1761. AHN, *Estado,* legº 2843/1. "Pudieran reflexionar los Obispos, especialmente los de las Indias, la justicia de la causa de Palafox, y *la utilidad que los trae su defensa,* para evitar los contrastes y oposiciones que nuestro Venerable padeció... Los Tribunales debieran interesarse igualmente que los Obispos, pues tienen el honor de haber sido el Venerable de su gremio, y servido la plaza de Consejero de Guerra y después de Indias, donde llegó a ser Decano, con-

ni es demasiado absurdo —por desgracia— que, debido a esa castiza costumbre —tan católicamente española— de hipostasiar lo político con lo religioso, o viceversa cuando hace falta y viene al caso, hubiera gentes (no yo) que consideraran a tan Venerable siervo de Dios "como uno de los protectores del Real Patronato de Indias".

Pero tampoco debe producir asombro —ni desgarramiento de vestiduras— el que yo no intercalara en una obra de conjunto, como la mía, todo este contexto, a veces tedioso, con el único fin de arropar y respaldar una sola frase —al parecer intolerable—, ya que hubiera estado fuera de lugar haberlo hecho. Así es que, después de todo lo dicho en estas dos últimas Objeciones, creo que está suficientemente claro lo que quise expresar, nada tendenciosamente por cierto, al escribir que "la causa de Palafox, que acabaría por extinguirse, fue introducida como bandera contra los jesuitas"; y cuando, sin ninguna intención antipalafoxista, señalé que "el obispo de Puebla de los Angeles había sido un enemigo acérrimo de los jesuitas"; que fue considerado como "un paladín del antijesuitismo"; y que, en algunos círculos del Madrid de mediados del XVIII, "se la estimaba como uno de los protectores del real patronato en las Indias".

OBJECION CUARTA

Según el "modesto juicio" del citado profesor propalafoxista, "de todas las frases no felices" que estampé en mi libro, sobre este punto, tal vez "la más grave" sea la siguiente: "La causa de Palafox, que seguía adelante con empeños, sobornos y fraudes..." [172]; frase que, aunque entrecomillada en el texto, la dejé sin el apoyo de la cita correspondiente a pie de página, y que de no estar yo de acuerdo con ella (que lo estoy, y más que nunca) exigiría, "en justicia y caridad, dada la importancia del juicio, un comentario propio", que no hice entonces, pero que voy a hacer ahora con mucho gusto.

A propósito de esta frase mía sobre los "empeños, sobornos y fraudes", el citado profesor se expresa con dignidad diciendo que: "Ante ella, las intemperancias de Azara y otros diplomáticos españoles del XVIII, al enjuiciar la posición adversa jesuítica al proceso de Palafox, quedarían justificadas, si fuera aplicable la ley del talión. *Pero hacer verdadera Historia es otra cosa mucho más seria y bien distinta*" [173].

---

curriendo en el Consejo de Indias muchos más títulos para con este Venerable que para ningún otro de los varios cuyas Canonizaciones ha solicitado y solicita, sólo por haber residido o tenido empleos en América". *Vide infra* nota nº 94.

172. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador... o.c.*, 187-188.

173. *Ibidem*, 188. Subrayo la frase por lo que diré de ella en la nota nº 216 y ss.

Por grave que pueda parecer el juicio emitido por mí, convengamos ante todo en que el honor y la fama del venerable Palafox, como persona, continúan intactos e ilibados. Si esto queda a salvo (que es lo importante y capital), entonces ya podemos seguir adelante. Porque una cosa es la persona del siervo de Dios (que es intangible); otra es la actitud que gentes de distintas aceras pudieron adoptar ante su fama póstuma; y otra muy distinta, que no hay causa de beatificación barata [174]. Sólo con las protestas y comentarios de Azara y Luengo a este respecto, podría componerse una crestomatía bien elocuente.

Pero convengamos también en que, a juicio de Azara, la causa de Palafox se había convertido en objeto de "expectación de toda la cristiandad", y que para seguirla se habían consumido "un siglo de tiempo, *caudales inmensos*, y las recomendaciones más augustas" [175].

Dice un refrán armenio que "dondequiera que haya hombres habrá hombradas, porque sólo se puede abusar de las cosas prácticas". Efectivamente; y nadie que se sepa ha abusado todavía de la Vía Láctea. Pero como corre por ahí una opinión bastante generalizada de que el dinero —*money, money*— ha sido, es y será una cosa como muy práctica, resulta que también se abusó (sin culpa de Palafox, por supuesto) del sacrosanto dinero destinado a llevar adelante el proceso de su beatificación [176].

Pero vayamos por partes, y comencemos por establecer un hecho. En algunos círculos romanos se comentaba entonces, como cosa admitida y pública, que los postuladores de la causa de Palafox contaban con abundancia de subsidios económicos para llevarla ade-

---

174. BENEDICTO XIV, *De servorum Dei... o.c.* t. I, cap. 46, págs. 278-292. De lo largas y caras que son las causas de beatificación. LUENGO, *Diario*, 41 (1807) 28. "Sólo los gastos de esta fiesta solemne de beatificación [del jesuita italiano Francisco de Jerónimo], según comúnmente se habla, no serán menos de cien mil pesos duros, o dos millones de reales de vellón. Una partida del gasto de que ya se habla, y es la cera, indica mucho, pues suponen que se han encargado quince mil libras; y yendo a este talle las demás cosas, no bajará el gasto de ochenta mil duros o un millón seiscientos mil reales de vellón". Este gasto de un día nada más, era pequeño en comparación con las sumas que, durante los decenios y más decenios que solían durar los procesos de beatificación, se invertían en el pago de los abogados consistoriales, en la búsqueda de pruebas, impresión de las escrituras y animadversiones, y otros gastos más. J. B. LABAT, *La comédie eclésiastique*. París, Grasset (1927) 251. "Mais il en coute bien cher pour être déclaré Saint. Cela est exhorbitant et donne lieu de croire que tout le mérite du monde n'y ferait pas arriver sans argent".

175. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador... o.c.*, 196. El subrayado es mío.

176. LUENGO, *Diario*, 19 (1785) 539. "Tratándose de atraer dinero a Roma, no hay allí no digo generosidad, pero ni aun poder y libertad para negar cosa alguna. Por otra parte, se ve que con esta causa de Palafox entrará mucho dinero en Roma, y servirá en alguna manera para remediar la presente escasez de moneda que se experimenta en aquella ciudad. Y tratándose de atraer..." *Vide supra* nota nº 35.

lante. "Esta es —decía el cardenal Valenti Gonzaga— una de aquellas causas de beatificación que llegará hasta donde pueda llevarla el dinero; es riquísima" [177]. De forma parecida se expresaba el diarista Luengo, quien ya en 1769 escribía: "La causa de Palafox es riquísima, y no hay en ella otra cosa que sobre que dinero. Así que, por esta parte, que no es la de menor importancia para el caso, no ha habido jamás causa alguna de Venerable tan bien provista, y por lo que toca a este punto no puede Palafox dejar de ser santo" [178].

Tan abastecida de caudales debía de estar dicha causa que, en cierta ocasión, para pagarles a los jesuitas españoles, desterrados en Italia, la pensión del primer trimestre del año 1781, el Ministro de España en Roma, duque de Grimaldi, tuvo que echar mano —¡ya es ironía!— del dinero de la causa de Palafox [179], porque no habían llegado a tiempo los caudales que enviaba el Gobierno español, a través del Giro, con este objeto.

Establecida la riqueza de la causa con testimonios coetáneos, avancemos un paso más. El citado profesor propalafoxista opina, muy dignamente, que yo, por justicia y por caridad (supongo que no a la buena fama de Palafox, ya se entiende, sino a la de los bandos enfrentados por su causa, que es lo que aquí se tercia), debo dar una explicación aclaratoria sobre el punto concreto de los "empeños, sobornos y fraudes". Y voy a darla con sumo agrado.

Cúmpleme declarar, ante todo, que la desdichada y escandalosa frase, sobre los "empeños, sobornos y fraudes" con que se llevaba adelante la causa palafoxiana, no es una frase mía, ni inventada por mí. *Deus hoc omen avertat!* Me limité a entrecomillarla, y, por un mal entendido pudor (lo reconozco), que hoy no tendría en modo alguno (lo confieso también), me pareció mejor no poner la cita correspondiente a pie de página, porque el autor de ella era —es— nada menos que el P. Ricci, General de la Compañía de Jesús, y

177. ANONIMO, *Vita di Clemente XIV*, *o.c.*, 15. "Questa è —diceva il cardinale Valenti Gonzaga— una delle Cause di beatificazione ch'arriverà fin dove possa portarla il danaro; è richissima".

178. LUENGO, *Diario*, 3 (1769) 112; *Ibidem*, 6 (1772) 408-409. "El empeño, furor y violencia que hay al presente en Roma, en esta causa de beatificación [de Palafox], es tan grande, tan impetuosa y tan increíble a los venideros como el oro y la plata que se derrama al mismo tiempo con tanta prodigalidad...".

179. *Ibidem*, 15 (1781) 112. "Que la causa de Palafox es rica y tiene dinero se ve del hecho de que, para pagarnos a los Jesuitas la pensión del primer trimestre en abril, el Sr. Grimaldi ha tomado el arbitrio de pedir dinero de los caudales de dicha causa, traídos a Roma por los carmelitas españoles, si bien se dice que este dinero sólo se toma en empréstito"; Roda a Azpuru. Madrid, 2 de julio de 1771. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Vino al P. Confesor una carta del P. Idiáquez, Provincial que fue de [la provincia jesuítica de] Castilla, y hermano del duque de Granada de Ega, con mil resentimientos del atraso que padecían los Jesuitas en el cobro de las pensiones, y las mil necesidades en que se hallan".

me figuro que algún conocimiento de causa tendría para escribirla —o cuando la escribió— en unas *Memorias* privadas, no destinadas a la publicidad.

Rememorando el extrañamiento de los jesuitas de España por Carlos III, cuenta el P. Ricci cómo los jesuitas expulsados de México trajeron consigo copia de una carta escrita en Roma por el embajador español Mons. Azpuru, y enviada por éste a Puebla de los Angeles, donde se hizo de dominio público. En dicha carta se ponderaba como un gran triunfo el que hubiera pasado adelante, en la Congregación de Ritos, cierta duda relativa a la causa del Venerable, y añadía que los jesuitas de Roma habían tratado de impedir el buen éxito de esta causa con sus manejos acostumbrados. El P. Ricci anotaba en sus *Memorias* cómo el cardenal Ferroni, prefecto de la Congregación de Ritos, se había opuesto a las irregularidades cometidas por Mons. Pisani, promotor de la fe, en su alegato fiscal, y a continuación decía:

> "Verdaderamente, *esta causa seguía adelante con empeños, con fraudes, con violencias, con sobornos,* lo cual no es ciertamente el modo de promover a los siervos de Dios al honor de los altares, cuando en cosa tan santa debe prevalecer la simple verdad" [180].

Si mis palabras —quiero decir, las del P. Ricci— pudieron parecer poco felices al citado profesor propalafoxista, todavía son más drásticas las de Luengo. Se esté o no de acuerdo con su habitual acrimonia y su irritante megalomanía jesuítica, debe reconocerse al menos que solía estar bien informado, y así, señalando estas irregularidades, anotaba en su *Diario* clandestino el año 1777:

> "En la causa de Palafox no ha habido un paso que no haya sido un privilegio o dispensa sacada o con engaño o por fuerza; que en ella ha habido mentiras groserísimas, fraudes, mala fe, regalos, sobornos, promesas, amenazas y aun castigos a quien no se rendía, furores y prepotencias; y en suma, que sin tanto dinero la causa no hubiese tenido un voto.
>
> Se dirá que todo esto es por culpa de las astucias, arterías y tretas de los exjesuitas, y no es extraño que algunos se manifiesten de ese modo, pues por abatir a aquéllos es por lo que se desea poner al Sr. Palafox en los altares" [181].

Tres años después, tocando el mismo tema, estampaba las siguientes líneas: "Sobornos, colusiones, prepotencias, promesas y amenazas, propalación de los votos favorables y de los votos contrarios, sátiras, insultos y persecuciones contra los últimos, son todas cosas

180. L. RICCI, *Espulsione della Spagna.* Apud PASTOR, *o.c.*, t. 36, pág. 647.
181. LUENGO, *Diario,* 11 (1777) 337.

que Roma ha visto en la causa de Palafox, y no ha podido dejar de mirar como abusos enormes y escandalosos" [182].

Según el testimonio de Luengo, la causa de Palafox era riquísima [183], y los postuladores carmelitas que la atendían —y cuyos caudales administraban— "lo pasaban como obispos", de suerte que hacían todo lo posible para continuar viviendo en Roma y se resistían a dejar este cargo y volverse a España [184]. Pero más que este aspecto, lo que aquí nos interesa saber es el uso que hacían de dichos caudales.

Poco antes de que se celebrara la Congregación General (28 de enero de 1777), encaminada a resolver la duda sobre la heroicidad de las virtudes del Venerable, "en Roma había una bulla increíble en torno a este negocio, y los Padres Carmelitas españoles, postuladores de la causa, se mostraban muy alegres y alborozados, y hablaban de esta Congregación como si no fuera más que una pura formalidad, pero sin temer oposición, dificultad, ni embarazo alguno que pudiera impedir su feliz éxito". Esto no obstante, y "a pesar de la gran confianza que mostraban dichos Padres Carmelitas, no se descuidaron en derramar, en gran abundancia, pesos duros, tabaco de Sevilla y chocolate de Caracas por arrobas, entre los consultores de la Congregación de Ritos. Cómo se haga esto —concluía Luengo—, con qué conciencia y con qué justicia, lo decidirá cada uno a su modo" [185].

Parece que tal tipo de rasgos entraban en el estilo y modo de llevar adelante esta causa, al menos durante su período postrero, en que se echó el resto para conseguir el decreto pontificio aprobatorio de virtudes en grado heroico [186]. Es sabido que, en 1785, Carlos III escribió al papa Pío VI una carta "acompañada de centenares de cartas de Obispos, Cabildos, Universidades y Ciudades de voto en Cortes, renovando las instancias en favor de la causa de

182. IDEM, 14 (1780) 101.
183. IDEM, 21 (1787) 197.
184. IDEM, 22 (1788) 297. "Qué mucho que estos religiosos anden después casi a palos, sobre quién ha de ocupar el honorífico y comodísimo empleo de postulador de la causa, y que tengan empeño en que se trate por segunda vez, manejando entretanto ellos los caudales que se recogen para seguirla".
185. IDEM, 10 (1776) 673-674; IDEM, 21 (1787) 197-198. "Los Carmelitas han conseguido de la Corte que se eche en todo el Obispado de Osma un tributo de un ochavo, o un cuarto, por cántara de vino y por fanega de trigo; el cual tributo tiene un producto tan grande que él solo basta para que la causa de Palafox sea riquísima y superior en riqueza a todas las causas de Santos que hay en España. Esto sin contar lo que se saca de la diócesis de Puebla de los Angeles".
186. IDEM, 10 (1776) 675. "En estos doce o catorce años en que se ha tratado esta causa, sólo se ha pensado en la santidad y virtudes del Ven. Palafox, para lo que no hay necesidad alguna de milagros obrados por el Venerable; pero si se lograra el decreto pontificio aprobatorio de virtudes en grado heroico, sería necesario presentar algunos milagros para llevar adelante la causa".

Palafox" [187]. El Gobierno de Madrid estaba decidido a dar la batalla en toda regla. Para salir con su intento empezó por cambiar el equipo de postuladores carmelitas, y nombró otro con la esperanza de que su actuación fuera más eficaz y tuviera más éxito.

En primavera de 1787 llegó a Roma el nuevo postulador, acompañado de otros tres cofrades. Se llamaba fray Antonio de los Reyes, y venía autorizado no sólo por el General de su Orden, sino por la Corte española (léase, el ministro Floridablanca y el confesor real, P. Osma). Este carmelita burgalés, que venía muy instruido en la causa, por haber estado anteriormente en Roma, y que daría muestras de ser un hombre "activo, intrépido y fogoso", manifestó desde su llegada que "el no haber salido bien la causa del Venerable se debía a [la] falta de pericia de los postuladores anteriores" [188]. Tampoco él tendría mayor éxito en la empresa, y, para curarse en salud del fracaso de sus gestiones, ya en febrero de 1788 dirigió al P. Osma un alegato, en el que destacaba las insuperables dificultades que se oponían al progreso de la causa palafoxiana. De todos modos, al llegar a Roma encontró muy bien provista y abastada la "despensa" de la postuladuría; y por lo que respecta a él mismo,

> "además de su ardor para manejar este negocio [189], trajo consigo a Roma relojes de faltriquera, cajas de oro, anillos, gargantillas y pendientes, abanicos de Flandes y otros adornos y alhajas propias de mujeres, y todo tan precioso y tan exquisito que se podía presentar a la misma sobrina del Papa, ... porque en este país —decía Luengo— *se usa mucho y disuena poco* que un Cardenal, un Monseñor y un Reverendísimo Padre consultor de [la Congregación de] Ritos tenga su dama o su cortejo; y regalando bien a éstas se pueden ganar algunos votos para la causa del Venerable" [190].

Aquí tenemos algunas muestras del uso que se hacía con una parte de los gruesos caudales de la causa palafoxiana. Pero como alguno podrá pensar tal vez que, siendo dos jesuitas —Ricci y Luengo—

187. Floridablanca a Azara. S. Lorenzo, 1º de noviembre de 1785. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234, II. *Vide supra* nota nº 35.

188. LUENGO, *Diario*, 21 (1787) 199, 26 de abril. El postulador saliente, fray Antonio de San José, dejó en Roma a su sucesor "cuarenta moliendas de exquisito y precioso chocolate, y algunas arrobas de tabaco de Sevilla". Enviado por el nuevo postulador, arribó a Civita-Vecchia el mes de febrero de 1787 un navío con vino de Málaga, "y ello en tan gran cantidad que el impuesto o gabela de la aduana costó doce doblones de a ocho, y se trasladó en carretas al Hospicio de Santa Ana [residencia del postulador carmelita], previniendo para evitar el escándalo que aquel vino era para regalarse y no para regalar, aunque bien pensado no se sabe qué pueda ser más escandaloso: el que unos religiosos tan austeros y penitentes como los carmelitas se regalen con tanta cantidad de vino, o el que un vino tan precioso como el de Málaga sirva para ganar votos para la causa de Palafox".

189. IDEM, 21 (1787) 23 y ss.

190. IDEM, 21 (1787) 199. El subrayado es mío.

quienes así se expresan, sus testimonios no podían ser de otra manera, y que los manejos que denunciaban se referían, indudablemente, a los tramados por el bando propalafoxiano, vamos a cambiar de campo, dejando que sean Roda y Azara quienes nos den su testimonio desde el lado opuesto.

El 17 de setiembre de 1771 se reunió, bajo la presidencia del papa Clemente XIV, la Congregación Antepreparatoria. No obstante el secreto prescrito sobre los escrutinios, el embajador español Azpuru pudo notificar triunfalmente en Madrid el 26 de dicho mes que ningún voto de los consultores había sido desfavorable a Palafox, pues 24 de ellos eran favorables, y sólo diez —suspensivos— demandaban que se difiriera la decisión [191]. En los despachos siguientes, Mons. Azpuru fue quitando virutas al bloque generoso de esta noticia triunfalista. En primer lugar, porque a Madrid habían llegado, por otros conductos, noticias contradictorias sobre el número de votos favorables a la causa del Venerable; y en segundo lugar, porque el mismo embajador hubo de reconocer que, entre los votos suspensivos de los consultores, había al menos dos (el del jesuita italiano Asquasciati y el del trinitario español Pérez) que eran desfavorables a dicha causa [192].

Carlos III se aferraba a la insólita —y desorbitada— promesa hecha, en un momento de agobio, por el asediado Clemente XIV, de suprimir la siguiente Congregación Preparatoria [193], para imprimir así mayor fluidez a la causa palafoxiana, cuyo éxito había dado a entender el propio Pontífice que sería como la prenda o señal de la extinción total del Instituto jesuítico. Ahora bien, como el jesuita Asquasciati y el trinitario Pérez podían ser una grave rémora, y,

---

191. Azpuru a Grimaldi. Roma, 26 de setiembre de 1771. AEER, legº 139; Roda a Azpuru. S. Lorenzo, 8 de octubre de 1771. ARSI. *Hist. Soc.* libº 234. "Ha sido aquí aplaudida la noticia que Vm participa del feliz éxito de la Congregación Antepreparatoria del día 17, y conforme a las esperanzas que se habían concebido... El Rey ha celebrado mucho este paso tan favorable a la causa, y *espera que S.Sd. dispense la Congregación Preparatoria, como tiene ofrecido,* y se concluya cuanto antes el punto de la declaración de las virtudes en grado heroico, como también, que con la mayor brevedad proceda a la deseada extinción de la Compañía, sobre lo cual está S.M. impaciente". *Idem eidem.* Escorial, 19 de noviembre de 1771. *Ibidem.* "Me alegro de que la causa de nuestro Ven. camine con la brevedad que Vm dice, y que el Papa haya dado todas las órdenes y providencias convenientes, pues sobre el gusto que ha de tener el Rey *con la declaración de las virtudes de este insigne Prelado, será el término en que se verifique la palabra de S.Sd. sobre la extinción".* Los subrayados son míos.

192. PASTOR, *o.c.* t. 37, pág. 172; Roda a Azpuru. S. Lorenzo, 15 de octubre de 1771. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Veo confirmado el éxito favorable de la Congregación Antepreparatoria de nuestro Venerable, pero en cuanto al número de votos, no vienen conformes las relaciones, pues otros escriben que los votos afirmativos fueron sólo 18, y Vm dice 24. Yo creo a Vm, y que estará bien informado; pero todos convienen en que no hubo voto alguno contrario, sino sólo suspensivos, y que el del P. Asquasciati no concluía nada".

193. *Vide supra* nota nº 191.

dado su modo de pensar, podían dificultar en el futuro la realización de tan lisonjero plan, se optó por eliminarlos [194]. Pero la circunstancia de que el italiano Asquasciati no fuera "vasallo" de Carlos III hizo que el Papa actuara de forma que el poder real sólo cayera con todo su peso sobre el trinitario español, que se vio forzado a dejar la ciudad eterna y a restituirse rápidamente a España, donde recibió una severa reprimenda por haber tenido la osadía de oponerse a una causa protegida de consuno por el Romano Pontífice y el monarca español.

Pero antes de seguir adelante, permítaseme insistir un poco sobre este punto, a fin de captar —en lo posible— tanto las justificaciones políticas del solapado Roda, como las insinuaciones que hizo *por separado* a sus paisanos Azara y Azpuru, con objeto de darles a entender las razones que asistían a Carlos III para aceptar la eliminación de tan enojoso estorbo a la causa palafoxiana como era el consultor Pérez.

Con este telón de fondo se hace más fácil entender que Roda, comentando sus impresiones con el embajador Azpuru, le dijera el 20 de noviembre de 1771:

> "Es muy extraño (*según Vm pinta,* y se ve por los efectos) el voto del Padre trinitario Pérez. Todos los de esta Religión son y serán fanáticos terciarios de los jesuitas [195]... Le leí [al P. Osma] la confidencial de Vm, y justamente se indignó contra la irregular y maligna conducta del P. Pérez, a quien no conocemos.
>
> Dimos luego cuenta al Rey, quien me mandó escribir a Vm de oficio, lo que verá Vm por las dos cartas adjuntas: la una, para que le sirva a Vm de fundamento para ejecutar la resolución de Su Majestad; y la otra, para que Vm pueda satisfacer al Papa, y vea Su Santidad *la gratitud con que el Rey ha estimado, y puesto en ejecución, su pensamiento*" [196].

Clemente XIV se resistía todo lo posible a decretar la supresión de la Compañía de Jesús, y echaba mano de todos los recursos imaginables con tal de no verse obligado a dar este paso, que al fin tuvo que darlo fatalmente. Por eso excogitó el arbitrio de sacrificar, como un peoncillo, al consultor Pérez para complacer al monarca español,

---

194. *Vide supra* nota nº 182, donde LUENGO habla de los *procedimientos* empleados por los propalafoxistas para llevar adelante la causa del Venerable. La eliminación de los consultores molestos era uno de ellos.

195. *El espíritu, o.c.*, I, 150; III, 292. Los trinitarios calzados tenían su residencia en el Corso de Roma. Según Azara, este convento era el "receptáculo y sentina de todo el jesuitismo y antiregalismo", y "todo trinitario calzado jura[ba] fidelidad a la Compañía de Jesús". Los trinitarios descalzos eran, en cambio, más "gubernamentales" y residían en el Real Convento de San Carlino de los Españoles en Roma.

196. Véase al final Apéndice II.

y para demostrarle, con este gambito, el interés que tenía por el adelantamiento de la causa palafoxiana, trámite previo a la extinción de la Compañía de Jesús.

En la orden de intimación Roda omitía intencionadamente las razones por las que se mandaba a Pérez salir de Roma, a fin de que el sorprendido trinitario quedara perplejo, y sin saber si se le llamaba a España" por bien o por mal", aunque bien pude suponerse que Pérez —que tampoco era nada lerdo— se olió al momento, como se lo dijo a Azara, que no era para premiarlo, sino para castigarlo por un delito que no había cometido, por lo que se le sacaba injustamente de la ciudad eterna. "Yo creo —añadía Roda, sin embargo— que el P. Pérez obedecerá como debe. El Rey me encargó que previniese a Vm que lo hiciese salir al instante sin darle tiempo, pero yo he omitido la estrechez en las voces, usando de la de *inmediatamente*, porque esto basta, y la prudencia de Vm sabrá impedir que, tomándose el fraile algún corto tiempo para disponer tan largo viaje, no abuse de esta benignidad y vaya a conferir sus cuitas con los Jesuitas y a entregarles sus apuntamientos y papeles que tenga recogidos, y con ellos puedan hacernos mayor daño. Sobre esto puede Vm tomar providencia y hacer responsable al Superior del convento" de los trinitarios [197].

Azpuru, que había dado cuenta a Madrid de los designios del Papa, fue también quien notificó al trinitario la real orden expedida por Roda, "para que en [el] término de 24 horas" saliera de Roma [198]. Pese a su desbordante regalismo, el agente Azara introducía sin embargo un curioso matiz en este incidente, pues escribiendo a Roda el 19 de diciembre le decía: "Yo no sé nada del negocio, ni he hablado nunca con el tal fraile [Pérez]; y sólo con este nombre tiene ya mala recomendación para conmigo... Después he sabido

197. *Ibidem*. Véase al final Apéndice III.

198. Azara a Roda. Roma, 19 de diciembre de 1771. *El espíritu, o.c.*, II, 241. LUENGO, *Diario*, 5 (1771) 315-316. "Todo el delito de este religioso, para recibir un orden tan ejecutivo, y en este tiempo [del año], ha sido que, siendo consultor de Ritos, negó su voto a Palafox en la Congregación del 17 de setiembre. ¿Puede haber prepotencia y tiranía más bárbara que ésta, por sólo no haber dado el voto al gusto de los Ministros de Madrid? Por un lado, regalan, sobornan y corrompen a todos cuantos pueden a favor de la causa de Palafox; y por otro, oprimen a los que son contrarios a ella si alcanza su poder para ello. Nada de esto menciona el orden de Madrid, pues sería descaro, desvergüenza e injusticia; sino dice que el Mtro. Pérez ha hablado con desacato de la sagrada persona del Rey.
Pero la verdad en este asunto es que, apretado una vez en una conversación, por haber negado su voto a Palafox, algo acalorado dijo algo así como "que él no quería perder su alma por dar gusto, contra su conciencia, al Rey de España". Los religiosos españoles en Roma están conturbados con esta desgracia del trinitario descalzo Pérez, porque ven que no se hallan seguros. Su mismo compañero [*El espíritu, o.c.*, II, 241] dice que los frailes son los peores de todos; que entre ellos tienen los Ministros de Madrid los espías más finos; y que él no puede fiarse ni aun de los de su misma casa".

la causa, *que es por el voto de Palafox*, y no quisiera que a ud. lo hubieran sorprendido con algún informe maligno; porque debe ud. saber que dicho fraile estaba en guerra abierta con Azpuru, y como sé que éste no perdona nunca, temo no le haya jugado alguna de las suyas. Cuando fue la congregación de Palafox supe el voto de este fraile, que fue suspensivo, y por consiguiente favorable; supe además que había tocado el punto de retención de bulas, y me enfadó como ud. puede conocer, pero me aseguraron que se había contenido en términos moderados. Hasta aquí sé, y si hay más lo ignoro". A continuación, poniendo un granito —teórico— de cordura y sensatez a las líneas anteriores, hacía esta reflexión:

> "Mi dictamen es que, en estas cosas, se debe dejar a cada uno libertad de dar su voto según su conciencia, y no apremiar a nadie, porque si no, *parecerá que se quiere hacer santo a Palafox por vía de fuerza, lo cual haría poco honor al Rey*. Esto se entiende mientras no toquen la retención [de bulas] ni las demás regalías, porque el vasallo, no sólo que las ataque, sino que no las defienda, merece ser rigurosamente castigado" [199].

Esta carta del agente (cuyo análisis se presta a sabrosos comentarios) se debió de cruzar con otra que le escribía Roda, en la cual el Ministro lanzaba un nuevo cargo contra el fraile trinitario pues, recogiendo una especie sembrada por Azpuru, atribuía a Pérez haber sido él quien, con sus informes, había impulsado al promotor de la fe a pedir a España una serie de papeles y documentos relativos a Palafox, cuya búsqueda produjo muchos quebraderos y causó muy mal humor en Madrid [200].

De nuevo fue Azara (acaso por su enemistad con Azpuru, y por el recelo y la desconfianza que sentía ante el juego no muy limpio que, a su juicio, se traía Clemente XIV en la causa palafoxiana) por lo que se atrevió a salir otra vez en defensa del trinitario español,

---

199. Azara a Roda. Roma, 19 de diciembre de 1771. *El espíritu, o.c.*, II, 241-242. *Idem eidem*. Roma, 26 de diciembre de 1771. *Ibidem*, 245-246. "Estoy persuadido de que la desgracia de este fraile trinitario se ha fraguado para armar un nuevo estorbo a la causa [de Palafox]; y lo bueno es que hacen creer ahí, que es para adelantarla. Ahora tendremos por consultor de Ritos, en vez del trinitario, al general de los clérigos menores, por mano de Azpuru. *Sardi venales, alius alio nequior*".

200. Roda a Azara. Madrid, 19 de diciembre de 1771. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "De ahí nos piden un millón de documentos que el ponente de la causa del Venerable quiere que se exhiban para satisfacer a las Animadversiones últimas del promotor de la fe. Unos no existen *in rerum natura;* otros, por mera relación o noticia, y ninguno es necesario, ni aun conducente. Si no es juicio temerario, que no creo tal, es un arbitrio sugerido por los mismos que se jactan de protectores de la causa, para arenarla, y que se sepulte en un eterno olvido. Por consiguiente, tendrá igual suerte la instancia nuestra sobre la extinción de la Compañía, que debía seguirse a la declaración de las virtudes en grado heroico de nuestro Venerable. Veo que así va todo, y que se vuelve al juego antiguo de nuestros abuelos que llamaban *pasa, pasa*". Véase al final Apéndices IV y V.

porque, según afirmaba con toda llaneza, tenía "razones fuertes para no creer al Pérez jesuita" [201]. Es verdad que Azara no tuvo necesidad de reunir mucho coraje para salir por los fueros del fraile trinitario, porque la morigerada carta que le había escrito el astuto Roda el 7 de enero de 1772 [202], le daba un margen de confianza suficiente como para que el agente cerrara su parte semanal con las siguientes palabras: "Confírmese ud. en que con el destierro del P. Pérez y [la] pedidura de los papeles del colegio imperial, *requiescat in pace* Palafox por muchos años. No hablemos de ello, porque me da vergüenza la figura que hacemos por el mundo" [203].

Como puede verse, Azara se expresaba confiadamente, pero no podemos asegurar cómo hubiera respondido o reaccionado de haber sabido lo que Roda había escrito a Azpuru la misma fecha del 7 de enero de 1772, porque el tenor de la carta era asaz distinto. Con el agente Azara, que le tenía por paño de lágrimas, Roda usaba un tono contemporizador y amablemente concesivo, pero sin excesivas intimidades ni mucho menos, porque desconfiaba de las imprudencias y las bruscas salidas de tono del agente, aunque le interesaba mucho conservar su correspondencia, por la que se enteraba reservadamente de mil datos preciosos, pues Azara le informaba sin reservas y se le confiaba de corazón. En cambio con Azpuru adoptaba Roda un tono muy distinto, aunque nada familiar e igualmente discreto que con el agente. Como conocía la irrevocable enemistad entre Azpuru y Azara (que Roda jamás atizó) estaba bien seguro que nunca sabría uno lo que había escrito al otro. Si con frecuencia usaba el freno para templar los ímpetus regalistas de Azara (cuya valía personal y celo por el servicio del rey reconocía de buen grado), tenía que valerse de la espuela para aguijonear la inoperan-

---

201. Azara a Roda. Roma, 16 de enero de 1772. Apud *El espíritu. o.c.*, II, 253-254. *Vide supra* nota nº 26.

202. Roda a Azara. Pardo, 7 de enero 1772. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Tiene Vm razón en lo que discurre sobre la llamada a España del trinitario P. Pérez, pero sepa Vm que *Azpuru escribió que el Papa le encargaba*, con mucha eficacia, *cuánto convenía que S.M. hiciese salir de Roma a este Fraile, y ponderando su mala conducta y abuso de su oficio de consultor en la causa de Palafox.* Ahora escribe el gusto y satisfacción que ha tenido el Papa.
El Rey, que desea ver el éxito de la causa de Palafox y su secuela, que ha de ser la extinción de la Compañía, según ha prometido el Papa, no quiere dar pretexto alguno a S.Sd. para que dilate más el cumplimiento de sus palabras, pues ya está cansado de tantas tranquillas y excusas para dilatarlo, que dos años y medio ha que está ofreciendo continuamente.
Ahora piden para [el proceso de] la causa un millón de papeles inútiles, ridículos y perjudiciales. Yo temo que nos moriremos antes de ver nada de lo que esperamos. Si entre Príncipes seculares *se faltase así, a las palabras dadas, como falta el Papa*, se hubieran encendido ya muchas guerras". Los subrayados son míos.

203. Azara a Roda. Roma, 23 de enero de 1772. Apud *El Espíritu... o.c.*, II, 257. *Idem eidem.* Roma, 26 de setiembre de 1771. *Ibidem*, II, 215 y 237. "Yo que sé que Su Santidad se divierte en burlar a los que le oyen, digo que es tiempo perdido el que se emplee en interpretar sus logogrifos; su lema es: *si inveneris gentem cucabilem, cuca eam*".

cia y la tibieza regalista de Azpuru, a quien procuraba tenerlo propicio, pues al fin y al cabo el embajador era el representante oficial de España cabe la Corte pontificia, y por su canal corrían y se resolvían los negocios más importantes y los problemas planteados por las relaciones entre Roma y Madrid.

Por eso, en la carta del 7 de enero [204] le decía a Azpuru que el rey estaba satisfecho de la puntualidad con que había ejecutado la orden de enviar a España al trinitario Pérez, y de la presteza con que había dado cuenta de este negocio al Papa, por cuya insinuación se dio tal orden desde Madrid. Asimismo le hacía saber que S.M. había sentido mucha satisfacción al tener noticia de las demostraciones de gratitud y reconocimiento que el mismo Azpuru decía haber hecho a Clemente XIV, así como del deseo que manifestaba el Papa "de adelantar la causa de nuestro Ven. Palafox" conduciéndola al éxito que S.M. deseaba, para extinguir a continuación la Compañía de Jesús".

Después de halagar la vanidad de Azpuru con esta introducción, Roda pasaba a tocar el punto de la incautación de los papeles del trinitario español. "En cuanto a los papeles del P. Pérez —le comunicaba—, nada ha resuelto S.M. por ahora pues, como he dicho, no ha habido tiempo para conferir sobre este asunto, pero Vm hará muy bien en ejecutar lo que piensa: de entregar al Papa, si se los pide, los que sean relativos a la causa del Venerable, pues Su Santidad tiene derecho a ellos, y, como pertenecientes al oficio de consultor de Ritus, deben recogerse para guardar el secreto que corresponde a esta Congregación; y yo añado que convendría que se reconociesen, por ver los antecedentes que tuvo el P. Pérez para formar el voto tan maligno que Vm dijo haber dado en la causa, y motivado las terribles animadversiones del Promotor de la Fe" [205].

Aunque está claro que fue por iniciativa e insinuación de Clemente XIV por lo que el Gobierno de Madrid dispuso el traslado del P. Pérez a España y la incautación de sus papeles de consultor de Ritos, el ministro Roda, tan mirado y escrupuloso en que se guardara el secreto con que procedía en sus deliberaciones este tribunal (siempre que favoreciera a la causa palafoxiana), se atrevía a escribir estas líneas contradictorias a la par que delatoras:

---

204. Véase al final el Apéndice V.

205. *Ibidem;* Roda a Azpuru. Aranjuez, 9 de abril de 1771. ARSI, *Hist. Soc.* lib: 234. "S.M. ha estimado las seguridades que Vm da de que la causa de nuestro Venerable se adelante, y con ella la de la extinción de los Jesuitas, que es la que S.M. desea sobre todo negocio. Me ha dicho S.M. las preguntas que, por medio del Sr. Grimaldi, ha mandado hacer a Vm, y sus respuestas sobre los términos que tendrá la causa del Venerable Palafox, porque es tanto lo que *anhela que llegue el término de la extinción promotida por S.Sd.*, que cada mes de dilación le parece un siglo, y yo sentiría que la viveza [?] de S.M. se hallase defraudada por las razones que tantas veces he repetido a Vm.". El subrayado es mío.

"Siento que el mismo P. Pérez creyese que el golpe le venía por su voto contrario en la causa, como Vm dice, y al mismo tiempo he visto cartas de Roma en que suponen lo mismo. El P. Pérez me escribe una muy atenta, en que sólo refiere la orden que se le comunicó y su pronta obediencia.
Los émulos de la causa dirán que se quieren violentar los dictámenes, y que se canonice por fuerza y no por razón a Palafox, porque ignoran la malignidad del voto y la coligación [de este fraile] con los Jesuitas, que en un español es más culpable que en otro alguno" [206].

Roda debió de encontrar acertado el comentario que hacía Azara el 23 de enero de 1772, al insinuar en su carta que con el destierro del P. Pérez y la petición de los papeles del Colegio Imperial, la causa de Palafox se resolvería en las calendas griegas; y en tal sentido comentaba esta opinión en su carta al agente del 11 de febrero de 1772 [207], aunque debe decirse que el Ministro cargaba las tintas sobre el Papa, al hacerle responsable único de que España se hubiera visto obligada poco menos que a beber el cáliz del intolerable sufrimiento que suponía el hecho de recibir al trinitario en el patrio solar. ¡Como si el Gobierno de Madrid hubiera sido siempre tan sumiso para cumplir cualquier insinuación pontificia, y no le agradara la decisión de eliminar al P. Pérez, que Clemente XIV le ofrecía en bandeja!

Esto no obstante, en la carta que Roda escribió a Azpuru desde el Pardo, manifestaba otra faceta que ocultaba en la que dirigió el mismo día 11 de febrero al agente Azara. Después de poner de relieve la importancia del acto realizado por el celo vigilante de Azpuru al denunciar que el P. Pérez "había desazonado al Papa con su voto", el ministro Roda añadía:

---

206. Véase al final el Apéndice V.

207. Roda a Azara. Pardo, 11 de febrero de 1772. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234. "Soy del mismo dictamen de Vm, de que *la causa de Palafox se ha echado a las calendas griegas, con las nuevas ideas que se han inventado de afectar que el voto del P. Pérez la había embrollado*, y obligado al Promotor a formar unas terribles Animadversiones, y que pidiese una infinidad de Papeles.
El destierro de este miserable Fraile, que ha sugerido el Papa, sirve de fomento para persuadirnos a que S.Sd. desea con ansia el progreso y feliz éxito de esta causa, y que por este motivo ha sentido infinito el ver un voto tan maligno y contrario a la causa del Venerable. *Así se cubre la dilación de la causa, y la falta de cumplimiento a la palabra redonda* de que en el año [17]71 habían de estar declaradas las virtudes en grado heroico de este Venerable". *Vide supra* nota nº 203. El subrayado es mío. Nótese cuán distinta es —una vez más— la actitud de Roda ante Azara (al que concede francamente que la eliminación del consultor P. Pérez ha sido una falsa componenda de Clemente XIV) y la que adopta ante Azpuru (*Vide* Apéndice VI) al que habla en estilo puramente político, y se guarda muy mucho decirle que el Papa, por listo que se crea, no les ha engañado con este nuevo mal truco, que lo único que hace es ganar tiempo a su favor, atrasando la declaración de las virtudes en grado heroico de Palafox, y consecuentemente la supresión de la Compañía de Jesús.

"Al Rey se le ha ocurrido que se debían reconocer todos los papeles que Vm hizo secuestrarle [al P. Pérez] y quedaban asegurados, para ver de qué noticias se había valido para las especies vertidas en su voto, y si le habían venido de manos de los Jesuitas. *Aunque Vm no ha visto su voto y sólo sabe lo que el Papa le envió a decir,* por los mismos papeles de su autor se reconocerá todo lo que expuso, y se hallará entre ellos el borrador de su voto, y tal vez el que le dieron para que lo copiase.

En lo demás sobre la providencia de hacerle salir de Roma, *bien sabemos que no ha tenido Vm más parte que escribir aquí lo que Su Santidad quería, y el Rey por complacer al Papa condescendió desde luego,* y se le comunicó a Vm la orden para la ejecución.

Lo que no se puede evitar es el decir de las gentes, y que cada uno discurra y hable a su arbitrio" [208].

Una vez aquí, queda documentalmente claro que Azpuru ni siquiera había visto el "maligno voto" del P. Pérez; que sólo lo conocía de oídas, porque "el Papa le envió a decir"; y finalmente, que en Madrid sabían bien —y así lo recalcaba Roda— que el embajador Azpuru no había tenido en todo este lamentable asunto más parte que escribir al Gobierno avisando "lo que su Santidad quería, y el Rey por complacer al Papa condescendió" al instante. De estos hechos se deduce, por lo tanto, que no partió de Carlos III sino del propio Clemente XIV el arbitrio de denunciar el voto del P. Pérez, y de pedir al monarca español que sacara de Roma a dicho consultor, so pretexto de que éste entorpecía el progreso de la causa palafoxiana, por la que el papa Ganganelli no sólo sentía tan altísimo interés, sino que procuraba que sus paternales desvelos y cuidados por ella fueran conocidos donde pudiera hacer falta. ¡Triste destino y figura la de tantos "tigres de papel", obligados a columpiarse de mala manera para cohonestar la injusticia de sus combinaciones políticas!

Con el acto de eliminar —arbitrariamente— al P. Pérez, lo único que realmente y de verdad pretendía Clemente XIV era ganar tiempo y conseguir un respiro. Asediado por las Cortes borbónicas para que decretara cuanto antes la supresión de la Compañía de Jesús, había puesto como condición y regla de juego que el éxito de la causa de Palafox debía preceder a la extinción de los jesuitas. Por eso sacrificó al consultor antipalafoxista, para dar la impresión de que seguía muy interesado por la causa del Venerable. Contemporizando de ese modo, esperaba amansar, e incluso engañar a Carlos III; pero a quienes no engañaba era a unos felinos discretos como Roda o Azara, los cuales habían descubierto su juego y se percataban de que con tales regiros lo único que hacía era dar largas al

208. Véase al final Apéndice VI.

asunto, hacer como que hacía, y relegar el éxito de la causa a las calendas griegas.

Ya anteriormente toqué el punto de la operancia de Clemente XIV en la causa de Palafox. Lo que aquí quería recalcar y destacar es que los procedimientos usados por el Papa y el Gobierno español para eliminar a un consultor molesto —es decir, no propalafoxiano— fueron tan despóticos y arbitrarios que cualquiera podría decir, ante este lance, que se quería hacer santo a Palafox "por vía de fuerza" [209], o como decían algunos contemporáneos: con fraudes, sobornos, persecuciones, violencias, prepotencias y colusiones.

No quisiera concluir esta Objeción sin mencionar de modo particular al agente Azara, que va a darnos su testimonio lo mismo que Ricci y Luengo, sólo que desde el campo opuesto.

Azara era un hombre de temperamento sanguíneo, que no siempre lograba embridar el galope de su pluma. Incluso en los despachos y cartas de oficio, que exigían ciertas fórmulas protocolarias, intercalaba expresiones confidenciales, y su vocabulario, poco peinado, como decía su amigo Llaguno, resultaba a veces de lo más pirotécnico [210].

En octubre de 1776 escribió a Madrid una carta de oficio, informando acerca del "*embrollo* ejecutado en la causa de la madre Agreda" por el cardenal Marefoschi, ponente de la misma. En Madrid sentó muy mal la forma inconveniente de dicho despacho, que para colmo fue leído por el mismo Carlos III. Por tal motivo, Azara recibió una reprimenda del confesor real P. Osma, interesadísimo por la causa agredana [211], y en concreto por haber utilizado la palabra "embrollo" [212]. Meses más tarde, recordando este pequeño incidente y la rociada que le había granjeado el ominoso vocablo, escribía a Roda estas líneas:

> "Recuerdo la granizada que un tiempo ha me vino de ese gran Muftí [213], por haber hablado yo del *embrollo* de la causa de la

209. *Vide supra* nota nº 199, y también 182, sobre los "procedimientos".

210. Floridablanca a Azara. Aranjuez, 29 de abril de 1777. ARSI, *Hist. Soc.* libº 234, II. "Sus cartas de Vm vienen como una colmena, y no hay tiempo para tocar todas las especies; pero no tema Vm que nos dé fastidio lo largo de ellas, antes bien nos divierten con lo mismo que debe hacer rabiar". *Idem eidem*. Aranjuez, 5 de mayo de 1778. *Ibidem*. "Con la amistad y franqueza que acostumbro diré a Vm que su carta es demostrativa, pero tiene una dosis de pimienta capaz de abrasar a todas las Indias".

211. J. POU MARTI, *El arzobispo Eleta y el término de la causa de la Venerable M. Agreda*. En Arch. Ibero-Amer. t. 10, nº 40 (1950), 425-460; t. 11, nº 44 (1951) 455-473; t. 12, nº 47 (1952) 347-365.

212. Azara a Roda. San Pastor, 18 de octubre de 1776. Apud *El espíritu*, III, 47-48.

213. La gama de calificativos que Azara aplicaba al confesor real P. Osma era variadísima y de lo más pintoresca: "alpargata" (*vide supra* nota nº 138), "fray pernetas", "gran Muftí", "Osman I", "idiota tonsurado y huntado", "Júpiter el del cordón", "sutil Escoto", "protector de las sogas de esparto", etc.

> Madre Agreda. Si ahora me desabrochara, y hablara a ud. con toda ingenuidad de la [causa] de nuestro Venerable, tendría que contarle que se está como se estaba sin avanzar un palmo, después de haberse consumido caudales inmensos en averiguaciones, y *en intrigas y sobornos de toda clase*" [214].

Supongo que cuando Azara hablaba de "intrigas y sobornos" aludía, sin duda, a los que practicaba el bando antipalafoxista; lo mismo y en igual proporción que cuando Ricci y Luengo, al hacer mención de este punto, se referían a los practicados por el bando propalafoxista, con lo cual queda patente que la causa de beatificación de Palafox (no la persona del Venerable), manchada por las salpicaduras de uno y otro lado, *seguía adelante* —como dije al principio— *con empeños, sobornos y fraudes...*

Ignoro si con toda esta explicación queda aclarado y debidamente justificado el grave error que cometí al escribir tan irreverente frase; o si después de este largo periplo he quedado al mismo nivel que Ricci, Luengo, Roda y Azara. En cualquier caso, he tratado de recoger, como frutos de un ambiente histórico determinado, algunos testimonios procedentes de uno y otro bando, y los ofrezco sin deseo de aplicar "la ley del talión" a ninguno de los "contendientes", ni de hacer —todavía menos— sugerencias anacrónicas [215], o dengues paternalistas de lástima.

ESCOLIO FINAL

Antes de cerrar estas páginas desearía restañar una grieta que, a mi juicio, todavía sigue abierta, aunque esta vez no sé si es por causa de otro "craso error" mío, o simplemente por una presunción del citado profesor propalafoxista.

El lector recordará, tal vez, cómo a propósito de mi desdichada frase sobre los "empeños, sobornos y fraudes" con que seguía adelante la causa de Palafox, el mencionado profesor hacía constar su alta decisión de no aplicar la ley del talión al bando antipalafoxista (como hacía yo, por lo visto, con el propalafoxista), porque "hacer verdadera Historia es otra cosa mucho más seria y bien distinta" [216]. Parece, pues, que gracias a la asepsia desapasionada —y científica— de no aplicar la ley del talión, tenemos la inmensa fortuna de que el citado profesor propalafoxista nos muestre prácticamente, en este su artículo, cómo se hace Historia seria y verdadera. Veámoslo.

---

214. Azara a Roda. Roma, 12 de julio de 1777. AL, *Pap. Palafox*, legº 54. Copia. El subrayado es mío.
215. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador... o.c.*, 199-200.
216. *Ibidem*, 188. *Vide supra* nota nº 173.

Dicho artículo consta de dos partes bien diferenciadas. La primera está dedicada a corregir masoréticamente (el lector ha visto con qué acierto) algunas frases "tendenciosas" y *poco propalafoxistas* que yo estampé en mi libro; y la segunda, a "colocar" el texto nudo de dos documentos (uno de ellos ni siquiera inédito), cual si se tratara de dos ladrillos compactos. Por lo visto, este sistema de albañilería debe de ser, ya de por sí, una técnica nueva en orden a hacer Historia seria y verdadera, o eso parece al menos que es lo que da a entender el citado profesor, al valerse de semejante procedimiento para alcanzar tan alta cima. Pero continuemos.

El mencionado profesor propalafoxista declara que en otras publicaciones suyas [217] se refirió ya "a las gestiones y opiniones" que, en relación al proceso de Palafox, emitió el agente Azara. Así es, en efecto, si el citado profesor entiende que *el mero hecho de citar,* a pie de página, el título mudo de un escrito de Azara, equivale ya a *referirse* a sus "gestiones y opiniones". Sólo que yo creía (tal vez equivocadamente) que eso de "referirse" a un punto histórico concreto, tenía —y creo que sigue teniendo— otra acepción muy distinta a la hora de escribir Historia seria, y significaba asimismo otra cosa que copiar, en nota, el título escueto de un informe.

Por si esto fuera poco, el citado profesor propalafoxista asevera que, en este artículo, pretende estudiar "más por extenso" las gestiones y opiniones de Azara (suponemos que será iniciar su estudio desde cero), para lo cual se ciñe esta vez a transcribir el texto nudo de las *Reflexiones* escritas por Azara en 1777 [218], pues estima que "ello puede ofrecer bastante novedad", ya que así se esclarece un importante punto histórico, relacionado con Palafox, al reproducirse "un texto impreso de Azara, muy raro" [219].

En mi libro (que está para salir) dedico un largo capítulo a este "importante punto histórico" relacionado con el proceso de Palafox, y por eso me remito, sin más, a lo que allí digo no sólo sobre

---

217. IDEM, *Don Juan de Palafox... o.c.*, 157, nota nº 307; BAE, t. 217 (1968) pág. LXXVII, nota nº 245. El ilustre especialista en cuestiones propalafoxianas, al referirse "a las gestiones y opiniones" emitidas por Azara en relación con el proceso del Venerable, se limita, en este caso, a citar de forma idéntica, en ambas notas de pie de página, el título escueto de las *Reflexiones* del agente.

218. Para "estudiar más por extenso" el texto de las *Reflexiones* de Azara, el citado profesor coloca, a continuación, otro bloque copiado al pie de la letra de un *Apéndice* "muy curioso, interesante" y sobre todo "documentadísimo" (*El embajador... o.c.* 186-187, nº 15, 198-199), propiedad del Dr. S-C, y cuyo autor parece ser, a su juicio, el postulador fray Antonio de los Reyes, que lo compuso para complementar la *Historia de la Vida del Venerable Señor Don Juan de Palafox y Mendoza,* escrita en toscano por el P. Fray Guillermo Bartoli, dominico florentino, y "traducida novísimamente al castellano" por el P. Fray Antonio de los Reyes, "Postulador de la Causa en esta Corte". Madrid (1782) CIII + 1414 págs. Prólogo del traductor. BN, Ms. 19633. La obra del P. Bartoli salió a luz en Florencia en 1773, año de la supresión de la Compañía de Jesús.

219. SANCHEZ CASTAÑER, *El embajador... o.c.*, 183.

el contenido polémico y regalista de las *Reflexiones*, que escribió Azara en un momento de tensión, sino sobre la exigua —y meramente anecdótica— luz que arroja dicha "filípica" en orden a "esclarecer" una importante situación histórica —la Congregación General— relacionada con la causa del Venerable [220].

Deslindado este aspecto (que aquí no nos incumbe), baste decir de momento que el texto —impreso o manuscrito; en español o en italiano— de dichas *Reflexiones* no es, ni mucho menos, tan raro como afirma el citado profesor propalafoxista, ni el publicarlo una vez más constituye la menor novedad documental [221]. Ya en vida del mismo Azara tuvo una enorme difusión. Lo publicó primero un librero de Suiza [222], y luego lo reimprimió otro librero de Florencia,

---

220. ERSKINE, *Riflessioni sulle* Reflexiones *del Sign. J. N. de Azara.* AL, *Pap. Palafox,* legº 55. Copia. "L'Autore, mal informato in fatto e in jure, ed acciecato dalla passione, non poteva scribere diferentemente; onde sarebbe ben facile il dimostrare la falsità e l'imprudenza de' quali ridonda lo scrito. Io però credo che debba esserli stato di non piccola confussione il non esser estata accettata dal Papa questa sua Memoria, e la disaprobazione de' più intimi palafoxiani. L'ha sbagliata, e convien compatirlo". Azara a Roda. Roma, 6 de febrero de 1777. Apud *El espíritu... o.c.,* III, 69-70. "Yo por mi parte cargo la escopeta para la primera audiencia [con el Papa], y estoy acabando *un papel de reflexiones* contra los votantes jesuitas de la última congregación, en que pruebo claramente que ninguno de sus votos se debe contar, porque el derecho los reprueba"; *Idem eidem,* Roma, 27 de marzo de 1777. *Ibidem,* 84. "Su carta de ud., como ya dije, me dio la vida, por la aprobación que veo ha merecido mi filípica palafoxiana. *También yo conozco que está fuerte,* pero soy amigo de la verdad, e irritado, la suelo decir un poco ásperamente". LUENGO, *Diario,* 11 (1777) 323-324. "En suma, esta Representación del Sr. Azara es un papel groseramente escrito, zafio, pedantesco, propio de un fraile rústico que jamás ha compuesto otra cosa que algún mal sermón de cofradía, y que sólo puede tener semejante en el andrajoso y desaliñado papelucho de Reflexiones [de las Cortes Borbónicas] del grande e iluminado Moñino, al que respondió el P. Benvenuti [*vide supra* nota nº 67] con las *Irreflexiones.* En este escrito, descortés e insolente, no faltan expresiones poco decentes y preñadas de amenazas y fieros contra el mismo Pontífice; pero las notas más destacadas de esta obrilla son: el descaro del autor y el fanatismo de su contenido. El fanatismo y el furor corren por toda ella, desde la primera palabra hasta la última. Trátese del Papa; háblese de los Consultores, Monseñores y Cardenales, favorables o contrarios a la causa, venga a la pluma el nombre del héroe Palafox, en todo hay exceso; pero sobre todo le hay cuando se habla (y se hace muchas veces) de los Jesuitas y la Compañía de Jesús. Aquí se pierde aún el sentido común y la racionalidad misma, y se delira, por así decirlo, a rienda suelta, sin términos ni límites algunos".

221. Para no hablar de otros numerosísimos lugares y referencias, sería muy engorroso citar sólo aquéllos en que yo, sin ser ningún especialista en cuestiones propalafoxianas, he encontrado dichas *Reflexiones.* Estoy por decir, sin exageración alguna, que no ha habido archivo público (y a veces privado) o biblioteca de alguna entidad donde no haya encontrado algún ejemplar del Informe de Azara.
En cuanto al texto impreso de las *Reflexiones* traducido al italiano por el exjesuita A. Eximeno, véase LUENGO, *Diario,* 13 (1779) 288-290, 300-304; N. OTAÑO, *El P. Antonio Eximeno.* Madrid (1943) Apéndice nº 4, págs. XXIV-XXVI.

222. Azara a Roda. Roma, 16 de julio de 1778. Apud *El espíritu, o.c.,* III, 172.

llamado Pisoni, que vendió seis mil ejemplares, cuando, ya para entonces, el director de la "Gazeta de Lugano" había despachado diez y ocho mil [223]. Esto, sin contar las innumerables copias particulares que se hicieron de dicho papel, y se extendieron profusamente por España y las Indias.

Pero aun en el supuesto de que dicho texto fuera raro —que ya es suponer—, el volver a publicar, como cosa novedosa, las *Reflexiones* de Azara, por muy microfilmadas que estén en el archivo de la catedral de Osma, y por mucho —o poco— que se haya modernizado su ortografía, será todo lo más un trabajo material de copista (y en el mejor de los casos, de copista minucioso), pero no dejará de ser una ilusión —engañosa— el creer que basta con transcribir fielmente un documento requeteimpreso (al que se le eslabona otro inédito), para que ya por eso el artículo que lo reproduce tenga valor científico, y pase por ser un modelo de Historia seria y verdadera.

Porque —sin poner los ojos en blanco— cada cual puede tener también una vaga idea de la gran diferencia que hay entre volver a reproducir, sin más, un texto archiestampado (rodrigonado por otro inédito, pero igualmente mondo), y el analizar ese mismo texto "más por extenso" y con detalle, para sacarle jugo histórico y —en este caso— aclarar, a su luz, las gestiones de Azara en el proceso de beatificación de Palafox.

Y es que, según lo que sentencia —pero no practica *en este artículo*— el citado profesor propalafoxista, cada cual puede pensar (al menos *a pari*, y con el mismísimo derecho) que, realmente, "hacer Historia es otra cosa mucho más seria y bien distinta".

Apéndice I

PERCEPCION DE LAS RENTAS DE LOS OBISPADOS DE INDIAS POR LA CORONA

Roda a Grimaldi.
Roma, 19 de julio de 1764. Original.

Exmo. Sr.
Recibo la apreciable del VE. del 3, en que me avisa que pase en nombre del Rey los debidos oficios con S.Sd., a fin de obtener la

223. Azara a Roda. Roma, 11 de noviembre de 1779. *Ibidem*, III, 290-291; LUENGO, *Diario*, 11 (1777) 133-134, 379, y 14 (1780) 14. El diarista indica en estos lugares que el editor Pisoni era un acérrimo enemigo de los jesuitas, y su Gazeta era mercenaria del ministro portugués Pombal, y difusora de "infundios y calumnias contra la Compañía de Jesús"; Azara a Roda. Roma, 26 de mayo de 1768. Apud *El espíritu... o.c.*, I, 68-69. "Los cardenales Buffalini y Paracciani han prohibido en sus diócesis de Ancona y Fermo la lectura de la Gaceta de Lugano, bajo pena de excomunión. Ud. sabe qué Gazeta es ésta contra los beneméritos [jesuitas]"; *Ibidem*, I, 134.

gracia que S.M. ha resuelto se solicite para obtener *la tercera parte* del producto líquido de la cuarta decimal de los Obispados de Indias, de la Puebla de los Angeles, Guadalajara, Mechoacán, Durango, Lima y Charcas, del mismo modo que dispone S.M. de los de España.

Yo estoy pronto, con el respeto y veneración que debo, a obedecer y practicar lo que S.M. me manda, pero deseando el mayor acierto en la ejecución de esta Real Orden, desearía que VE se sirviese mandar se formase y se me remitiese alguna instrucción para mi gobierno, a fin de arreglar las preces a la mente de S.M. y fundar, según ella, los motivos de la súplica, pues, como asunto nuevo y que no es de las ordinarias expediciones, necesito de luz para no errar la instancia, y para dar a entender a estos Ministros Pontificios las circunstancias de la gracia y las razones que mueven el ánimo de S.M. a pedirla.

S.M., por indulto del Papa Alejandro VI (1501) confirmado por otros Sumos Pontífices, es dueño de todos los diezmos eclesiásticos de las Indias, y la cuarta decimal que suele adjudicarse al Obispo; y las demás partes que se aplican al Cabildo, fábrica de la Iglesia, curas, doctrineros y otros usos píos, dependen de donaciones reales y gracias de S.M. que ha querido dotar las mismas Iglesias y los ministros de ellas, conforme ha creído conveniente al culto divino y fin espiritual a que atendieron y en que se fundaron las concesiones Pontificias.

Pero una vez secularizados los diezmos, y unidos a la Corona, creo que jamás se ha recurrido a la S. Sede para que ésta autorice la distribución de ellos, hecha al arbitrio del Rey, pues aun las controversias y pleitos suscitados sobre la pertenencia a los interesados, y sobre su recolección y cobranza, se han ventilado siempre en Tribunales reales, del mismo modo que se practica en España con las tercias reales de los diezmos.

La facultad que se pide a la Silla Apostólica para [poder] disponer de la tercera parte del producto líquido de la cuarta decimal de los Obispados de Indias, del mismo modo que dispone S.M. de los de España, creo será relativa al nombramiento que S.M. acostumbra a hacer, de las Personas que le parece, para el goce de pensiones que se reservan en las provisiones de los Obispados, y regularmente es la tercera parte del valor líquido de sus frutos y rentas.

Para usar S.M. de esta Regalía en todas las mitras de España, como [en las] de su Real Patronato, no ha necesitado de Bula pontificia, y desde tiempo inmemorial a esta parte ejerce este derecho, en cuya virtud señala S.M. las cantidades de las pensiones y las Personas que han de gozarlas, y se acude a Roma en demanda de las Bulas de su aplicación, que [aquí] nunca se han negado.

Lo mismo, y aun con mucho más fundamento y derecho hubiera podido S.M. practicar esto en las Indias, pero no se ha hecho hasta ahora, porque desde la erección de los Obispados se estableció por

S.M. a cada Obispo la congrua dotación que le señaló de los mismos diezmos pertenecientes a la Corona, y como tal congrua quiso dejarla libre de toda carga...

Esto es lo que se me ocurre del asunto, que no sé si he entendido, por ignorar los términos de la gracia que se solicita y el fin a que se dirige, para hacer con la debida formalidad la súplica, esperando que VE. se sirva instruirme a efecto que asegurar el éxito en la forma que sea más del agrado y servicio de S.M.

(A.G.S., *Estado,* leg^{o} 4971).

Apéndice II

SOBRE LA ELIMINACION Y ENVIO A ESPAÑA DEL CONSULTOR DE RITOS P. PEREZ

Roda a Azpuru.
S. Lorenzo, 26 noviembre 1771. Original.

Amigo y Señor: Celebro que Vm. prosiga con su mejoría, aunque siento que no se le aumenten las fuerzas.

Es mui estraño (según Vm. pinta y se ve por los efectos) el voto del P. trinitario Pérez. Todos los de esta Religión son y serán fanáticos terciarios. Aquí disimulan, pero siempre les queda reservada su pasión a favor de los expulsos y de su doctrina.

Con lo que Vm. insinuaba sobre este asunto al P. Confesor, diciéndole que le faltaba tiempo, y que yo se lo explicaría, y que por la misma razón no me remitía Vm. copia de la Lista de documentos que ahora se piden para la causa de nuestro Ven[erable Palafox], y que Vm. la remitía al P. Confesor, me buscó su Ilma. [Osma] al instante con deseo de saber lo ocurrido, temeroso de que la causa se embrollase o difiriese, y sentido de esto por el grande amor que la tiene y ansia de ver su feliz éxito. Me leyó lo que Vm. le escribía y me confió la lista de los documentos. Se admiró de que se pidan tantos, tan difíciles y casi imposible de hallarse muchos de ellos, especialmente los que debían parar en el Consejo de Yndias, de donde faltan todos los que perjudicaban a los Jesuitas, por el manejo y autoridad que éstos siempre han tenido con todo el Ministerio y oficinas reales. Pero en este particular me encargué yo de hacer las diligencias convenientes.

Le leí la confidencial de Vm., y justamente se indignó contra la irregular conducta del P. Pérez, a quien no conocemos. Dimos luego cuenta al Rey, quien mandó escribir a Vm. de oficio lo que verá Vm. por las dos adjuntas, la una para que le sirva a Vm. de fundamento para executar la resolución de S.M., y la otra para que Vm. pueda satisfacer al Papa, y vea S. Sd. la gratitud con que el Rey ha estimado y puesto en execución su pensamiento.

La orden va sin explicar motivos y de modo que si su conciencia no acusa al interesado pueda quedar dudoso de si es por bien o por mal el llamarlo. Yo creo que obedecerá como debe. El Rey me encargó que previniese a Vm. que lo hiciese salir al instante, sin darle tiempo, pero yo he omitido la estrechez en las voces, usando de la de *inmediatamente*, porque esto basta y la prudencia de Vm. sabrá impedir que tomándose el Fraile algún corto tiempo para disponer tan largo viage, no abuse de esta benignidad y vaia a conferir sus cuitas con los Jesuitas, y a entregarles sus apuntamientos y papeles que tenga recogidos, y con ellos pueda hacernos maior daño. Sobre esto puede Vm. tomar providencia, y hacer responsable al Superior del convento...

Mande Vm. a su más seg[ur]o y obligado serv[id]or.

(ARSI, *Hist. Soc.* lib^{o} 234, I).

Apéndice III

SOBRE EL MISMO ASUNTO DEL TRINITARIO ESPAÑOL

Roda a Azpuru.
Madrid, 10 diciembre 1771. Original.

Amigo y Señor: Celebro mucho que Vm. se halle en estado de poder salir mañana y tarde en coche sin que le causen la menor lesión los tiempos excesivamente fríos que se padecen en ese País...

Ya vería Vm. por mi respuesta confidencial, y por la de oficio, que contesté a Vm. sobre la mala conducta del P. Consultor Trinitario [Pérez] en la causa de nuestro Ven[enerable Palafox], pero en lo demás que tocaba al estado actual por razón de las Animadversiones y documentos que se pedían para satisfacerlas, no me escribía Vm. sino que se remitía a lo que avisaba al P. Confesor.

Su Ilma. [Osma] me dio la lista de los documentos que me dixo pedía el Postulador, y no me instruyó de otra cosa. Tomé luego la lista y di orden de que se buscasen en el Colegio Imperial los Papeles que se citan como existentes en él. Los que se dice deber para en el Consejo de Yndias ya sabemos que no los hai, pues parte de ellos pedí yo desde Roma, por el mes de diciembre de 1760 y principios de 1761 a D. Ricardo Walle [sic], y me respondió que hechas las más activas diligencias no [a]parecían y en sustancia que se havían extrahido del archivo muchos legajos que perjudicaban a los Jesuitas en ésta y otras causas. No obstante, he mandado de nuevo practicar diligencias.

Entre los papeles que me entregó la Viuda del famoso Peregrini, y dejé yo en el Archivo de ese Ministerio [de Roma], hai muchos de los que se buscan, y varias respuestas prevenidas de antemano a las obgeciones y calumnias de los Jesuitas. De estos papeles di

yo copia al Postulador que era entonces Fr. Alexandro de la Concepción, y las puso en el Archivo de Santa Ana.

Yo, como no sé el fin para que ahora se piden, ni tenemos las Animadversiones, no puedo satisfacer desde aquí y es difícil hallar los documentos auténticos, pues ni aun los del Colegio Imperial no son sino copias y apuntamientos simples. No obstante, yo responderé y remitiré lo que se pueda y encuentre.

Con este motivo se ha acordado el Rey de la pobre Viuda de Peregrini, y del beneficio que hizo y yo avisé de haver voluntariamente dado noticia y entregado los Papeles que tenía. Yo la dí cinquenta ducados, y no fue por paga. La ofrecí asistirla y se me aprobó de la Corte, y aún hace memoria el Rey y me ha encargado se lo prevenga a Vm., para que no padezca trabajos haviendo hecho este servicio. Quien informará a Vm. de todo esto es D. Francisco Preciado, que fue el conductor y vecino suio...

Mañana se va el Rey a la caza de Chochas a Aranjuez, como todos los años, por ocho días...

Mande Vm. a su más seg[ur]o af[ectisim]o serv[id]or.

(ARSI, *Hist. Soc.* lib^{o} 234, I).

Apéndice IV

SOBRE EL MISMO ASUNTO

Roda a Azara.
Madrid, 24 diciembre 1771. Original.

Amigo y Señor: Escribo la noche de Navidad cerrado en mi casa y dejando que los demás se huelguen.. .

La causa de Palafox se va embrollando por la ignorancia de los defensores y la malignidad de los contrarios. Ahora piden un millón de papeles para satisfacer a las últimas Animadversiones. Están reducidos a tres clases. Unos que se dice debían parar en el Consejo de Yndias, y se sabe ya que ha mil años que se robaron. Yo desde Roma los pedí y el Sr. Dn. Ricardo [Wall] me respondió entonces que se havían hecho, de orden del Rey, las más activas diligencias, y la resulta havía sido convencerse de la fraudulenta extracción de ellos, y que los Escribanos de Cámara, Secretarios y Archivero del Consejo se defendían diciendo que no havía sido en su tiempo.

Otros se piden que ni existen, ni han existido jamás "in rerum natura", y sólo por discurso se fingen que puede haberlos. Y otros, por fin, son sacados de un extracto que los Carmelitas tuvieron del P. Confesor, y embiaron a Roma de los Papeles que se hallaron en el Colegio Imperial relativos a Dn. Juan de Palafox, todos forjados por

los mismos Jesuitas contra su fama y buena memoria. Estos, ¿de qué servirán a la causa sino para poner en necesidad a los Defensores de probar con otra infinidad de papeles la falsedad y cavilaciones de estos astutos Emulos, que en todas partes hacían almacenes de escritos contra este Prelado, para que nunca llegase a canonizarse ni tenerse por santo, sino por réprobo, herege y maldiciente?

Pero yo quisiera saber el uso que ha hecho el buen Postulador del extracto que se le remitió para su gobierno; pues si no lo huviera comunicado no huvieran llegado las especies al Promotor para pedir estos Papeles. Se atribuie todo a un P. Pérez Trinitario, que parece ha hecho un voto maligno y ha levantado esta caza, y ahora se quiere que lo pague. Pero la que paga es la causa y el Papa, que la puso por término para la extinción de la Compañía, tendrá este pretexto más para dilatar el cumplimiento de sus repetidas palabras...

Hoi se han puesto los toisones los que tuvieron esta gracia por el nacimiento del Ynfante. Y el amigo [Eugenio] Llaguno se ha estrenado en su nuevo oficio de Rey de Armas...

No hai cosa de provecho que avisar.

Mande Vm. a su am[ig]o y serv[id]or.

(ARSI, *Hist. Soc.* lib^{o} 234, I).

Apéndice V

SOBRE EL MISMO ASUNTO

Roda a Azpuru.
Pardo, 7 enero 1772. Original.

Amigo y Señor: Celebro infinito que Vm. prosiga sin novedad en su salud. El correo de esta semana ha tardado más que nunca, y no he tenido tiempo de informar al Rey con puntualidad todo lo que Vm. escribe de oficio. Lo que haré el Viernes en el despacho.

No obstante dixe a S.M. desde luego lo que Vm. avisaba de haver participado al Papa la orden (que se comunicó a Vm.) de sacar de Roma al P. Pérez, y hacerlo venir a Madrid, como S.Sd. mismo lo havía aprobado, a propuesta de Vm. y celebrado. La orden de S.M. embiándolo a Nápoles y escribiendo al Sr. Tanucci para que lo hiciese embarcar para España no fue necesaria, pues el P. Pérez, apenas se le intimó la orden del Rey por D. Joseph de Ygareda, se mostró tan pronto y obediente a su cumplimiento, que no faltó en un ápice a los deberes de fidelidad y sumisión de un buen Vasallo, y partió de Roma con toda celeridad, sin reparar en los crueles tiempos que se experimentan y sin haverse resistido a la entrega de todos

sus escritos y Papeles en manos del mismo Ygareda que los tiene bien asegurados.

El Rey ha quedado satisfecho de la puntualidad con que Vm. dio cuenta desde luego al Papa, y del reconocimiento y gratitud de S.Sd., y del deseo que manifiesta de adelantar la causa de nuestro Ven[erable] Palafox y conducirla al éxito favorable que S.M. desea.

En quanto a los papeles del P. Pérez, nada ha resuelto S.M., pero Vm. hará mui bien en executar lo que piensa de entregar al Papa, si se los pide, los que sean relativos a la causa del Ven[erable], pues tiene derecho S.Sd. a ellos, y como pertenecientes al oficio de consultor [de la Congregación] de Ritus deberán cogerse para guardar el secreto que corresponde a esta Congregación, y yo añado que convendría se reconociesen por ver los antecedentes que tuvo para formar el voto tan maligno que Vm. dixo haver dado en la causa, y motivado las terribles Animadversiones del Promotor de la Fe. Entre estos antecedentes se hallarán, *sin duda,* las calumnias que le haian sugerido los Jesuitas, y serán las mismas que siempre han inventado contra la virtud y doctrina del Ven[erable], fingiendo hechos y acciones que no ha havido, e interpretando sus escritos en el más erróneo sentido. Sería también mui del caso si entre sus Papeles se encontrasen algunos de los mismos Jesuitas, como es verosímil, pues sobre poderse presumir que a no ser por la influencia de éstos era difícil que supiese las especies que haia vertido en su voto, ni atrevídose a proferirlas, es constante que por regla general de su Religión siguen todos los terciarios la esquela y los empeños de la Compañía, y hacen gala de ser sus tropas auxiliares.

Siento que el mismo P. Pérez creiese que el golpe le venía por su voto contrario en la causa, como Vm. dice, y al mismo tiempo he visto cartas de Roma en que se dice lo mismo. El P. Pérez me escribe una mui atenta, en que sólo refiere la orden que se le comunicó y su pronta obediencia. Los Emulos de la causa dirán que se quieren violentar los dictámenes, y que se canonice por fuerza y no por razón a Palafox, porque ignoran la malignidad del voto negativo, y la coligación con los Jesuitas, que en un español es más culpable que en otro alguno.

Los papeles que pidió el Postulador se empezaron a buscar luego, y los más se han hallado, aunque no todos los del Colegio Imperial por no estar ordenados. Los del Consejo de Yndias es imposible; pero lo malo que advierten los que hacen el reconocimiento en el Colegio Imperial es que si se presentan en Roma han de embarazar y alargar mucho más la causa, porque todos son contra ella, y es menester escribir y buscar muchos materiales para satisfacer a las grandes ficciones que han discurrido y tenían recogidas los Jesuitas. En todos los colegios de España se han hallado infinitos escritos contra el Ven[erable Palafox].. .

Demasiado he escrito para día de viage.

(ARSI, *Hist. Soc.* lib 234, I).

Apéndice VI

SOBRE EL MISMO ASUNTO

Roda a Azpuru.
Pardo, 11 febrero 1772. Original.

Amigo y Señor: Celebro infinito que Vm. en este correo me confiese experimentar algún género de mejoría.

Con el motivo de hablarme Vm. del P. Trinitario Pérez, me ocurre decirle a Vm. que he visto aquí un Papel impreso, anónimo y sin fecha, en italiano, de ciertas conclusiones hasta en número de 17, que se suponen defendidas en Lucca, contra el Ven[erable] Palafox, haciéndolo Jansenista y herege contumaz, y prometiendo probarlo con sus propios escritos, y con noticias auténticas de sus viages, su trato y correspondencia con los más famosos Jansenistas de su tiempo; y todo es un texido de calumnias, las mismas que se hallan entre los Papeles de los Colegios de la Compañía, y que ya Peregrini, en el siglo pasado, tenía anotadas y satisfechas en sus manuscritos.

Y bolviendo al P. Pérez, digo que por decir Vm. que este Religioso havía dasazonado al Papa con su voto, el qual havía producido las terribles Animadversiones del Promotor, y su instancia para que se presenten los muchos Papeles que se buscan, le ocurrió al Rey que se debían reconocer todos los que Vm. hizo sequestrarle, y quedaban asegurados, para ver de qué noticias se havía valido para las especies vertidas en su voto, y si le havían venido de mano de los Jesuitas. Aunque Vm. no ha visto su voto, y sólo sabe lo que el Papa le embió a decir, por los mismos Papeles se reconocerá todo lo que su Autor espuso y se hallará entre ellos el borrador de su voto, y tal vez el que le dieron para que lo copiase.

Lo que no se puede evitar es, a propósito de la salida del P. Pérez de Roma, el decir de las Gentes, y que cada uno discurra y hable a su arbitrio. Desde que salió de Roma no hemos sabido de su paradero, y naturalmente no lo sabremos hasta que se presente en la Corte...

(ARSI, *Hist. Soc.* lib° 234, I).